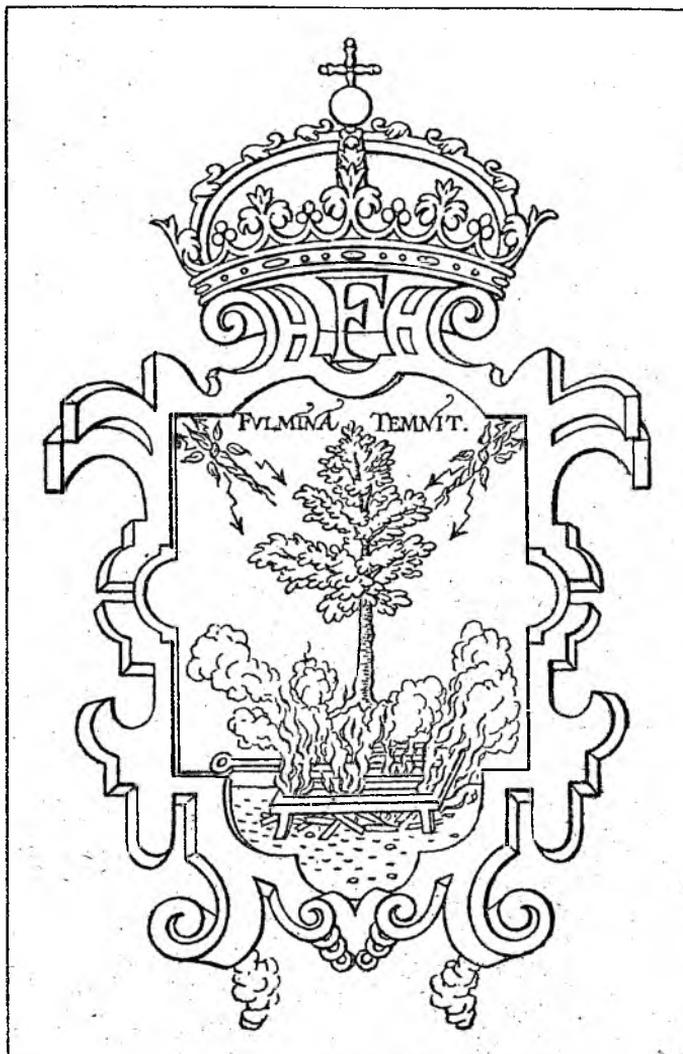


ESCORIAL



SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Editorial.....	315
ESTUDIOS	
LORENZO RIBER: España en la opinión romana...	323
PETER WUST: El Cristiano y la Filosofía.....	347
POESIA	
JOSÉ MARÍA ALFARO: Versos de un invierno.....	375
BONAVENTURA TECCHI: Los Mulos.....	383
JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI: La vida y sus sor- presas.....	389
NOTAS	
Hechos de la Falange.....	405
El español en Filipinas, por Julio Palacios.....	407
El poeta P. de la Tour du Pin, por Antonio Ma- richalar.....	419
Un drama político, por Emiliano Aguado.....	423
Sobre Leopoldo Lugones, por Leopoldo Panero.	427
Peripezia poética de lo heroico español, por Ma- nuel Muñoz Cortés.....	434
Vida cultural.....	439
LIBROS	
La poesía de Gerardo Diego, por J. M. ^a de Cossío.....	440
El problema de la tierra en la España de los si- glos XVI-XVII, de Carmelo Viñas y Mey.....	451
Eduardo VII, de Andrés Maurois.....	461
La valoración del Greco por los románticos, de Xavier de Salas.....	462
Los Muertos, de James Joyce.....	463
Las Quintaesencias, de Chesterton.....	464
Arte y Vida.....	465
L'Eminence grise, de Mgr. Grente.....	465

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION Y ADMINISTRACION:
ALFONSO XII, 26
TELEFONO 14491**

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid

AVISO FRATERO A LOS JOVENES AMERICANOS

HÁBLASE aquí —nada más, nada menos— a los mozos americanos de uno y otro hemisferio que hayan sido fieles al mandato de su lengua española y de su fe católica; o, por lo menos, no hayan renegado de entrambas. Nos une a ellos, con atadura de urgente y alertado amor, doble vínculo: el latín, litúrgico verbo universo de nuestra misma fe, y el español, heroico verbo cuasiuniverso de nuestra misma sangre. Nos entendemos hablando, la mejor manera que los hombres tienen de entenderse; hablando de una misma eternidad y de una misma historia. La única diferencia está en que a nosotros, los españoles —hispánicos de la ribera de acá—, nos ha tocado vivir un poco más larga e intensamente esa historia. Somos más viejos, en la raíz de nuestro joven brío de ahora. Hemos vivido y sufrido más, y este sufrir en las fibras mismas de nuestro corazón nos ha dado una grave y desengañada mayoría. “Quien no hubiese sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí”, nos ha dicho un hondo escritor nuestro y vuestro. Tal sufrida y sentida mayoría nos mueve a dirigiros, mozos de América, esta fraterna advertencia, bajo forma de lección de historia.

Nacisteis a vida independiente con el auge histórico del libe-

ralismo. Esta realidad histórica, tan frecuentemente olvidada o mal valorada entre nosotros, pesa sobre vuestras almas con decisiva gravedad. Al liberalismo político y económico deben su cautivadora ascensión Buenos Aires, Méjico o Veracruz, y de él vienen la motorización campesina de la Pampa y la pingüe ambición por las tierras oleosas de Venezuela. Todavía no habéis comenzado a sufrir la acedia que se esconde bajo tan opulenta dulcedumbre; vivís aún en la época del liberalismo que nuestro José Antonio llamaba "heroica y simpática", su época creadora, y esto quita hondura a la perspectiva de vuestra visión histórica. Los europeos conocemos, pues, por reciente memoria, vuestra actitud espiritual. ¿Acaso no se asemeja, como entre sí dos gotas de agua, a la de nuestros abuelos de Barcelona, Bilbao, Milán o Hamburgo, allá por los años del 1890? ¿No hubiesen sido ellos recelosos frente a las durezas o inclemencias políticas y sociales de nuestro tiempo europeo?

Ved cómo os comprendemos, hermanos de la otra ribera. Pero nuestra amorosa comprensión no es platónica, sino hispana y cristianamente obradora, y esto nos mueve a contaros nuestra experiencia en son de aviso. Es cierto que en la Historia no hay dos caminos iguales; pero, en cuanto lo histórico tiene de conjeturable, lo que os digamos tiene el doble valor del recuerdo y de la predicción. Oídllo, pues, como escucharíais en la guerra el relato de una patrulla tras su servicio de descubierta.

Todo fenómeno cultural tiene siempre una raíz y una secuencia religiosas. La raíz religiosa del liberalismo ochocentista está, ya se sabe, en el deísmo y aun más allá. Es su hijuela religiosa, sin embargo, la que ahora importa descubrir, singularmente —puesto que éste es nuestro y vuestro problema— en orden al Catolicismo. Y, ya en ese menester, lo primero que debe decirse es que el liberalismo quiebra en su fundamento mismo la catolicidad, la universalidad del Catolicismo. No se trata con ello de afirmar, según una concepción pueril y propagandística de la

Historia, que aquél cayese como rayo maldito sobre una sociedad católica y catolizada, quebrándola en su esencia. En rigor, el liberalismo adviene cuando la católica unidad de los hombres se halla ya seriamente hendida. Pero no fué esto lo más grave, con serlo tanto, si se piensa en la penetración de los supuestos liberales por modo más o menos perceptible en el alma de muchos católicos. A esto justamente es a lo que se refería la afirmación anterior. Un católico íntegro en el seno de una sociedad total o parcialmente infiel sabe que no puede gozar del reposo en su convivencia: la caridad, la ejemplaridad y el apostolado serán siempre íntimos acicates de su espíritu. Los otros hombres son hermanos en desgracia, obnubilados por la infidelidad; doblemente hermanos, si a la hermandad de hombres unen la hermandad histórica o patria. Un católico liberalizado propende peligrosamente a constituir un grupo singular y aparte, una "minoría" católica, que convive, externamente a ellas, con las restantes minorías confesionales, culturales o políticas. Este voluntario "extrañamiento" del católico a los ajenos grupos, este dejar hacer a los demás a cambio de que le dejen hacer a él, esta acatolicidad en la vivencia del catolicismo, en una palabra, es la consecuencia del contagio liberal por las almas católicas. Nosotros, los europeos, hemos vivido esta experiencia y estamos apurando sus heces. Vosotros, los americanos, por lo que de vuestras ediciones católicas puede colegirse —Meinvielle, el Gilson y el Maritain políticos, Bernanos, Ezcurra Medrano, Rau, etc.—, la estáis atravesando ahora, como resaca de las inhóspitas costas europeas.

Todavía queremos señalaros más a la menuda dos consecuencias de este liberalismo catolizante o catolicismo liberalizado: una de orden espiritual, otra de índole social-económica.

Este carácter parcelario o estancado que la vida católica toma como secuela de su ocasional liberalización se traduce necesariamente en la actitud espiritual. El grupo católico, en tanto ac-

túe con conciencia de tal grupo minoritario, hállase limitado o constreñido hacia afuera por los restantes grupos que con él constituyen el cuerpo social. Esto incita u obliga a los católicos a coartar muchos de los componentes expresivos del Catolicismo, y no sólo rituales o litúrgicos. La vida religiosa se reduce de preferencia a la piedad y el intimismo —se protestantiza, si vale hablar así— y, faltas de la nutridora linfa cristiana, sécanse provincias enteras de la total personalidad humana. Surgen así los tipos del intelectual católico “puro” y del esteta católico, la descalificación seudocatólica del ingrediente impetuoso del hombre, la hipervaloración de la “finura” sobre el “bien querer” agustiniano, la confusión lamentable entre caridad y amabilidad y tantos otros malos entendimientos de la genuina actitud católica. Tal vez pudiera resumirse este complejo de versiones liberalizadas de lo católico con un expresivo nombre: maritenismo político; o, más a la española, crucirrayismo, en memoria de la revista que entre nosotros las propugnó. Por huir de los extremos pluscuamcatólicos a que puede conducir una interpretación grosera del compelle eos intrare, por imposibilidad absoluta de aplicarle o por desvío ante la concepción “derechista” del Catolicismo, tan odiosa, se da en proclamar una utópica convivencia de cuño liberal, en la que los católicos vendrían a ser como una aristocracia de la finura y de la mansedumbre.

Hermana menor de la anterior es la consecuencia social-económica del catolicismo liberalizado. Aquella inhibición pseudo-espiritual ante los modos de vida dimanados de la instintividad, sitúa a estos católicos liberalizados en una curiosísima postura frente al llamado “problema social”. Por un lado, un sentido de la justicia a la vez natural y cristiano dispone contra tantas cosas irritantes y remediabiles en la vida económica social; ciertamente, un católico hondo e íntimo apenas puede ser derechista. Por otro, el intimismo y la aséptica finura desvían del tráfico con la materia económico-social, tan frecuentemente cenagosa, como ra-

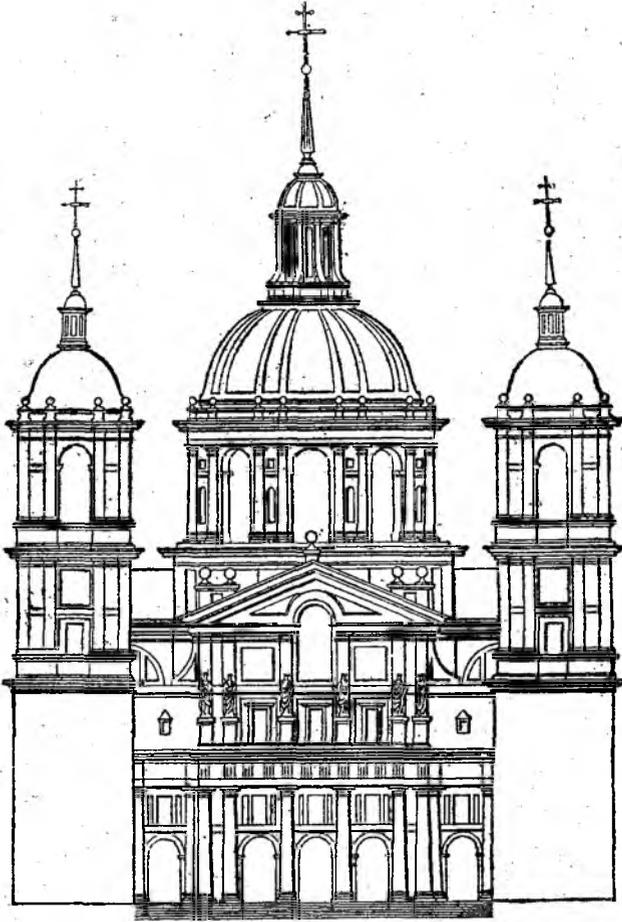
dicada en lo instintivo del hombre. El resultado es una peligrosa y quieta "comprensión", hasta una expresa simpatía por los grupos políticos que más resuelta y eficazmente parecen combatir la desigualdad social, esto es, por el comunismo. A ello se une la actitud antinacional del comunismo, tan próxima a la anacional de estos "purísimos" católicos. Pueden surgir así grupos católicos como el de "Sept", políticas como la de la main tendue, jóvenes "católicos" colgados del brazo protector de las juventudes comunistas (nuestra zona roja fué testigo de tales monstruosidades), alianzas Ossorio-Bergamín-Negrín, etc.

¿No estaréis a veces, católicos hispanoamericanos, en la primera etapa del camino que conduce a tales metas? El comienzo es muy seductor en climas tan cómodamente liberales como el vuestro: antifascismo, antirracismo, polémica contra el panteísmo de Estado, libertad de la persona... El final no lo es tanto: entrega al poder real, que no es el del espíritu —el del esprit—, sino el del instinto; sacerdotes fusilados o quemados; misas de propaganda a sueldo de los comisarios del pueblo. Os halláis muy lejos de todo ello, es cierto; pero tan lejos estábamos los españoles en los tiempos cómodos y abundantes de 1928. Pensadlo bien; no desoigáis la experiencia de quienes vivieron y sufrieron más que vosotros. Al fin y al cabo, común en la ardiente extremosidad es buena parte de nuestra sangre.

El remedio de los evidentes peligros actuales por que el Catolicismo atraviesa no está en la inhibición intimista, intelectual o estética, aun siendo tan importante el buen cultivo intelectual y estético de los temas católicos. El remedio se halla sólo en aceptar con ánimo resuelto y creador la coyuntura actual; en afrontar católica y creadoramente —no por modo de imitación o de abstención— los problemas que la realidad política y social nos ofrece. Es necesario encontrar un camino a la convivencia independiente, armónica y cooperadora de las potestades civil y religiosa, lo cual no debe ser imposible en vuestro país y en el nues-

tro. Debéis inventar —debemos inventar, más bien— un tipo de comunidad humana distinto del individualista y clasista hasta ahora vigente. Habéis de resolveros a usar de modo cristiano, individual y socialmente, el entusiasmo y el impulso; y, en definitiva, a pensar siempre en esta consigna: que la Historia no se decide con adaptaciones más o menos ingeniosas a lo que va dejando de ser, sino dando figura nueva y original a lo que va siendo.

Todo ello es peligroso, ciertamente; acaso requiera muchas veces una prestación heroica de toda la persona, y hasta “dar la existencia por la esencia”, como entre nosotros se dijo y se viene haciendo. Pero nunca lo será tanto —para el propio Catolicismo y, desde luego, para la vida nacional de vuestros países— como ese antifascismo católico que el dinero y la astucia de un mundo en derrota trata de meter en vuestras jóvenes almas. “Mundo caduco y desvaríos de la edad”, que decía nuestro y vuestro Quevedo.



Estudios

Lorenzo Riber: *España en la opinión romana.*—Peter Wust: *El Cristianismo y la Filosofía.*

ESPAÑA EN LA OPINION ROMANA

POR

LORENZO RIBER

I

HACIA el año 695 de la fundación de Roma, 59 antes de Jesucristo, en una salaz taberna romana, situada a la nona pilastra, cerca del templo de Cástor y Pólux, Lesbia, la amada del poeta Valerio Catulo, puso los ojos deseosos en un joven celtíbero de aliñada barba negra en medio de la cual estallaba una perenne risa sana, como la flor del granado, y el impoluto fulgor de unos fuertes dientes blancos. ¡Enhoramala! Este vulgarísimo azar dió ocasión y comienzo a una ofensiva de vituperios contra España y los españoles que no cejó ya hasta que Augusto hubo domado, con tardía cadena, a la Cantabria,

último escollo del poder latino,

y consumado, con la ocupación de la tierra de los montes y las olas, la conquista total y definitiva de la Península. Entonces,

uncida ya la Hesperia no domable, como Horacio la cualifica, al carro del vencedor, los escritores romanos truecan en loores los inveterados vituperios. Cayo Valerio Catulo, el poeta veronés, por despecho de enamorado fué el que inició la triste campaña. Catulo fué acaso el primero de los hispanóforos, género prolífico y vivaz.

Valerio Catulo es el Alfredo Musset de la antigüedad. Y Lesbia, su amante tornadiza, debió de parecerse mucho a aquella otra gata voluptuosa que se alimentaba de ruiseñores, como, con frase feroz, dijo Rubén Darío, de la mujer fatal, de los brazos frescos como ríos y de los ojos negros como la laguna estigia, madame Aurora Dudevant, quise decir, que desató el llanto ardiente de las famosas *Nuits*, de Alfredo de Musset, gemelas en la pasión y en el alarido de los endecasílabos catulianos. La sagaz erudición moderna lo averiguó todo. Averiguó que Lesbia era un nombre poético, un seudónimo amoroso. Ovidio lo dice a las claras, y Apuleyo revela y canta su nombre paladino: *Lesbiam pro Clodia nominavit*. Conocido el nombre verdadero y su estado civil y su vida pública y privada, sabemos más cosas de Clodia de las que a su buena memoria convendría que supiéramos. Clodia fué fábula y escándalo de Roma. Entremetióse en la política y la política no le perdonó esta intromisión. Como su marido muriese de muerte rápida y misteriosa, se dijo que había muerto de hierbas a las cuales no sería ajena su mujer. Por esto Cicerón la llama Medea Palatina. Fué acusada de incesto. Catulo, ya enemistado con ella, recoge y autoriza la sospecha infame. Clodia sabía más primores de danzas y música y estaba más impuesta en ellas de lo que convenía a una mujer honrada. Parece que también hacía versos. En la tierra clásica del decoro (el nombre y la cosa son romanos) Clodia se daba el maligno placer de ofender toda suerte de conveniencias sociales. Sonadísima fué en Roma su convivencia en los baños de Bayas con Celio, el galán de moda, el mozo brillante amigo de Cicerón; sus saraos, sus fes-

tines nocturnos, sus cantos, sus músicas, sus excursiones por mar. Poseía Clodia espléndidos jardines a la vera del Tíber y los hizo embellecer prolijamente en el mismo sitio donde iba a bañarse en el río vivo toda la mocedad patricia de Roma; allí la patricia libertina podía escoger a su antojo. Gustaba Clodia de los hombres de barba corta y ensortijada. Cuando tras una ruptura violentísima con Celio, Cicerón hubo de defenderle de las viperinas acusaciones de su antigua amante, evoca el orador romano en uno de sus grandes y geniales movimientos oratorios, a los gloriosos ascendientes de aquel patriciado a que Clodia pertenecía, y los representa incultamente, prolijamente, fluvialmente barbados, como es de ver en las estatuas antiguas; no con esa barbita atusada, dice el orador, que a ella la enloquece: *Non hac barbula qua ista delectatur*. ¿Había ya trascendido la anécdota de la barbita del celtíbero y era del dominio público de Roma? Es casi seguro. No era, pues, precisamente una mariposa blanca la que quedó prendida en los anillados rizos negros de este español romano que cronológicamente debe ser nuestro primer Don Juan.

Esta era ella; ésta era Lesbia, nacida Clodia. El pobre poeta nos da su verdadero retrato en un lienzo lleno de vida, en que anduvieran mezclados los pinceles de Rubens y de Goya. Compara a Lesbia Catulo con una famosa belleza de su tiempo, Quintia de nombre, y dice:

“—Quintia es hermosa para muchos; para mí es blanca, es alta, es esbelta; mas, que ella sea todo hermosa, yo lo niego; no tiene gracia alguna; no hay ni un grumo de sal en tan grande cuerpo. Lesbia sí que es hermosa, que siendo acabada en todo, tomó las gracias en número tal que ninguna dejó para las otras.”

En el amor de esta mujer bella e indigna, volátil e infiel, ardía y se consumía el pobre poeta melodioso:

*Odi et amo: quare id faciam fortasse requiris
Nescio, sed fieri sentio et excrucior.*

“—La odio y la amo: ¿pídesme, por ventura, por qué esto hago? Yo no lo sé; pero siento que así es y no tiene fin mi tormento.”

Y él, ¿cómo era él, el poeta Catulo? Joven provinciano de Verona, de acomodada familia de hidalgos, en aquella sazón iba muy alcanzado de dineros. Quejábase ya de que su faltriquera estaba llena de telarañas:

Plenus sacculus est aranearum.

Poseía un pequeño dominio rural, infestado de hipotecas. Así lo describe en momentos de irónico buen humor en unos lindos versos dirigidos a su amigo Furio:

*¡Oh Furio! Nuestra quinta no está expuesta
ni a los soplos del Austro o los del Céfiro,
ni a los del Bóreas cruel ni del Levante;
mas, por sextercios quince mil doscientos
está desde hace tiempo hipotecada.
¡Oh qué pestilencial y horrible viento!
O ventum horribilem atque pestilentem!*

¿Fué la opulenta patricia quien se tragó el atávico fundo que con su arado rompió, *ut prisca gens mortalium*, el padre de Catulo, digno ascendiente de aquel anciano de Verona, cantado por Claudiano, el cual nunca había puesto los pies en la ciudad vecina, y contaba los años no por cónsules, sino las primaveras por la flor y por el fruto los otoños?

Regresaba el poeta de un largo viaje a Bitinia —tanta nieve no fué parte para amortiguar tanto fuego—, cuando hubo de enterarse de las escenas de la taberna que frecuentaban su Lesbia fementida y nuestro celtíbero adonizado. Su pena no tuvo fin y su amor murió entonces; o él se lo creyó así. Y lloró acerbamen-

te, lloró copiosamente su mísero amor difunto por culpa de ella con una imagen bellísima y desgarrada: la de la flor en el límite del campo que, al pasar el arado, tocó y degolló:

*Qui illius culpa cecidit velut prati
ultimi flos, praetereunte postquam
tactus aratro est.*

El celo amargo de Catulo no tuvo freno ni medida. Aguzó endecasílabos a manera de dardos enherbolados. Arremetió a colmilladas con el ímpetu de un jabalí traspadano. Se desató en ferocidades contra la taberna y en barrumbadas contra los parroquianos de la taberna. A la taberna llamóna burdel. Amenazó con pintar dragones en sus muros, enseña de lupanar. Insultó bravosamente a sus habituales contertulios y especialmente al Don Juan español:

*Tu, praeter omnes, une de capillatis
Cuniculosae Celtiberiae fili,
Egnati, quem bonum facit barba
et dens Hibera defricatus urina...*

“—Y a ti bellaco más que todos, hijo cabelludo de la conejera Celtiberia; a ti, Egnacio, a quien hacen vistoso la barba negra y los dientes fregados con orina ibérica.”

¿Por qué Catulo llamará rica en conejos a la Celtiberia de donde es el insolente Egnacio que le sustrajo la amada? Parece que en ciertas medallas antiguas, España estuvo representada por una mujer joven a cuyos pies se acurruca un conejo, emblema de las galerías que a manera de madrigueras excavaban los españoles para la explotación de sus ricas y ciegas minas. Acaso fué esto lo que indujo a Catulo a aplicar a la Celtiberia el epíteto numismático e inesperado.

El despecho del poeta se ensaña aún más contra Egnacio. Catulo la emprende contra la soberbia dentadura de Egnacio y contra la risa perpetua y fatua que la descubre y que debe su purísimo candor al dentífrico nauseabundo:

“—Egnacio, porque tiene blancos los dientes, ríe sin fin. En el tribunal, ante el banquillo del réo, cuando el orador excita el llanto, se ríe él; si junto a la pira de un hijo piadoso, plañe la desolada madre al hijo único, se ríe él; de todo lo que fuere, en dondequiera estuviere, cualquier cosa hiciera, se ríe él. De esta enfermedad adolece Egnacio, que no es ni elegante ni siquiera urbana. Por todo lo cual he de reconvenirte, buen Egnacio. Si fueses romano, o sabino, o tiburtino, o umbro flaco, o etrusco obeso, o lanvino negro y bien dentado, o fueses del otro lado del Po, para mentarte yo a los míos, o de donde te pluguiere ser, pero que lavan sus dientes con agua pura, ni aun así querría yo que te estuvieras riendo siempre, pues no hay cosa más necia que reírse neciamente. Pero tú eres celtíbero; y en tu tierra de la Celtiberia, el líquido nocturno y amarillo que cada uno eliminó (la expresión en Catulo es directa: *quod quisque minxit*) con él acostumbra a la mañana fregar los dientes y las rojas encías; por manera que cuanto más blanca ostentas la dentadura, tanto más copiosamente bebiste del sucio enjuague.”

¿Quién informó a Catulo de estos peregrinos pormenores del aseo y acicalamiento matutinos de los peludos hijos de la Celtiberia, vivero de liebres orejudas? Es de saber que dos grandes amigos suyos, Veranio y Fabulo, que el año 55 antes de Jesucristo formaban parte de la cohorte de L. Afranio en la España Citerior, enviaban al amigo poeta frecuentes recuerdos de nuestra tierra; y entre ellos finísimos lienzos de lino fabricados en *Setabis*, la Játiba actual (1). Sabemos esto porque en un banque-

(1) Lo también Silio Itálico los vaporosos tejidos de *Setabis*, que compiten con las telas de los árabes y el finísimo lino de Pelusa: *Setabis et telas Arabum sprevisse superba et Pelusiaco filum componere lino*. Sil. Ital., *Punic.*, III.

te, un tal Marrucino Asinio, con sutilísima manizquierda, hurtó al poeta unos pañuelos (*sudaria*) de Setabis que le habían enviado como regalo Fabulo y Veranio. Estas estofas finísimas debían ser algo así de tenue como el viento tejido que dice Publio Siro que vestían las desposadas romanas; y despertaban la codicia de los petimetres romanos. Mas parece que los coloridos informes de España los tenía Catulo de su amigo Veranio, cuya soledad sentía agudamente el poeta mientras duraba su ausencia y sus campañas por tierras ibéricas. De luengas tierras, luengas mentiras. Era un inagotable y ameno conversador el tal Veranio, un gran charlista lírico, sin duda, y Catulo le escuchaba con embeleso. A la noticia de su próximo arribo de España y de su restitución a sus propios penates, de la vuelta al cariño de sus hermanos y a los brazos de su anciana madre, dió el poeta alborozado albricias al mensajero de tan grata nueva y prometiése el gozo de verle y de abrazarle en salud y de oírle contar en sazónada y picante relación cómo eran los iberos, cómo eran sus paisajes y su vida y sus tribus:

*Visam te incolumem audiamque Hiberum
narrantem loca, facta, nationes,
ut mos est tuus...*

Este Veranio, de retorno de España, debió contarle a Catulo lo de los conejos celtibéricos y lo del dentífrico ibérico.

II

Marco Tulio Cicerón, boca rotunda, corazón romano, no nos desprecia menos que el despechado poeta de Verona. En menor estima que una *nués*, como diría el Arcipreste de Hita, tiene Cicerón a los españoles en general y a los celtíberos especial-

mente. Una entusiasta y sincera excepción hace en favor de los gaditanos. Gades es una ciudad *socia et faederata* de Roma. Gades es una ciudad humana y amigable, como Marsella, como Sagunto. En las más graves crisis de la República, Roma no careció ni del auxilio de Marsella, ni del auxilio gaditano, ni del auxilio saguntino. En una gran carestía de trigo (*in caritate annonae*), Gades acudió en socorro de la ciudad de Roma casi hambrienta. Julio César recuerda a Gades con emoción. Fué en Gades que siendo cuestor de la España Ulterior le ocurrió aquella anécdota que cuenta Suetonio. Habiendo reparado en una imagen de Alejandro Magno que estaba en el templo de Hércules, lanzó un gemido de su generoso pecho avaro de alabanza. Allí se avergonzó de su indolencia porque todavía no había hecho nada memorable en una edad en que Alejandro había sojuzgado la redondez de las tierras. César colmó a Gades de distinciones, puso paz en sus altercados, descuajó de sus costumbres no sé qué barbarie inveterada. Hay quien afirma que esta crónica barbarie de los gaditanos era la de ofrecer a Hércules todos los años en su templo una víctima humana. Y, finalmente, Cicerón ama a Gades porque en los muros de Gades pusieron los viejos romanos los términos de su imperio y de su nombre; no de otra manera que en los muros de Gades Hércules, cansado, arrimó su clava y puso fin a sus caminos y a sus trabajos. Las ternuras del gran orador romano son para los tartesios, gente culta, siempre fiel a la alianza romana; sus anatemas son para los celtíberos, ralea de gente, al decir de Cicerón, más falsa y aborrecible aún que los mismos cartagineses. Roma, para el gran orador, ha tenido que lidiar a lo largo de su historia con dos suertes de enemigos; con los unos, a saber, con los latinos, los sabinos, los samnitas, los cartagineses, con Pirro, en fin, Roma luchó por la hegemonía, por el imperio; con los otros, es decir, con los cimbrós y los celtíberos, Roma ha combatido por la existencia, Roma ha combatido por la vida. Encarece Cicerón la

cobardía moral de los celtíberos comparándola con la de los cimbro, hordas salvajes que pusieron espanto en Roma. “Los bárbaros y las gentes menos cultas pueden lidiar con el hierro, pero no saben soportar el dolor con varonil energía. Los griegos, al contrario, varones no tan animosos como sabios, acaso no sufran el ímpetu del enemigo, pero resisten con tolerancia y humanamente la enfermedad. Los cimbro y los celtíberos muestran en el combate un júbilo fiero; pero en la enfermedad se lamentan cobardemente: *in praeliis exultant; lamentantur in morbo*. En aquella distribución airada de rayos que son las *Filípicas*, el vehemente orador, con la mano llena de centellas como Júpiter Capitolino, no perdona una a los celtíberos en la persona de un malvado tribuno de la plebe, L. Decidio Saxa: “Ese no sé qué Saxa con que César nos obsequió, extrayéndole de lo más abyecto de la Celtiberia.”

Los griegos de Asia no guardan ciertamente con demasiada religión la santidad del juramento. Lo que los griegos con pérfida habilidad, hácenlo los españoles por lerdía grosería. Los españoles ignoran el latín, como los cartagineses; no les entendería sin intérprete el Senado romano. Los poetas de Córdoba tienen algo de ronco, algo de exótico; no merecen los oídos de un cónsul. Si los poetas cordobeses son roncós, son broncos y horrisonos los oradores vacceos. Así se llamaban los moradores de la región entre Salamanca y Zamora. Con estas flores nos obsequia el gran orador romano.

III

Bien está que Valerio Catulo tildase de sucios a los hijos de la conejera Celtiberia. Bien está que a Cicerón, el de las lisas orejas melindrosas, le pareciesen roncós los poetas de Córdoba y broncos los oradores vacceos. Pero, ¿cómo el blando Virgilio,

alma cándida como ya la tierra no las producía en aquellas edades, pudo tacharnos de ladrones? ¿De dónde pudo sacar Virgilio, que se documentaba tan escrupulosa y honradamente, esta especie denigrante y pudo infligirnos este epíteto ustorio? Muy probablemente lo sacó Virgilio de Varrón, que fué legado de Pompeyo en España. Varrón, en su tratado *De re rustica* (I, 16), que seguramente Virgilio leyó antes de componer sus *Geórgicas*, dice que los españoles de Lusitania, por sus rebatos y rapiñas, hacían imposible toda explotación agrícola. Virgilio extiende el concepto y nos transforma en ladrones de ganado. Y Servio, su diligente y meticuloso escoliasta, explana y precisa el sentido no muy claro del pasaje virgiliano y dice por su cuenta: *Fere enim Hispani omnes acerrimi abactores sunt*: casi todos los españoles son audaces robadores de ganado.

Si para Virgilio y su escolano Servio somos ladrones, para Horacio somos algo peor: somos adúlteros y rufianes. La barba negra y los dientes blancos de Egnacio sedujeron a Lesbia, entendiéndose Clodia, amante del poeta Catulo; victoria nada ardua. Expugnar la fundamental castidad romana le cuesta más al español de Horacio, que paga a precio de oro la venal virtud de la matrona, caída y degenerada de su primera dignidad. Ha llegado a Roma el armador de la nao hispana. Ha vendido los ricos productos de su país: cuerdas y otras manufacturas de esparto; ha vendido el *garum*, salsa que se hacía con la sangre y las entrañas de los escombros (*scombri*) pescados en la costa de Carteya, al oeste de Calpe; ha vendido el hierro de las minas ibéricas, los cueros de Córdoba, con los cuales se hacían las buenas lorigas. Con este oro fácil, el mercader ibérico puede pagarse el lujo de conquistar a una patricia romana y arrancarla del lado de su marido complaciente:

*Sed jussa coram non sine conscio
surgit marito, seu vocat institor
seu navis Hispanae magister,
dedecorum pretiosus emptor.*

Comprador fuerte de deshonras es para Horacio el mercader de España. Lupericio Leonardo de Argensola, otro severo censor y moralista, interpreta así esta estrofa plástica, que no debe caer de las memorias españolas:

Y si la llama sola
(sabiéndolo el marido) el mercadante
o de nave española
el maestro que es pródigo y amante,
se levanta en presencia
de todos, y a su gusto da licencia.

Esto hace, según Horacio, el español civilizado, el español romanizado, el *peritus Iber* que aprende sus odas; ahora, los otros son unos salvajes perfectos. Los que habitan la fiera comarca de Concania, que hay quien identifica con Cuenca de Campos o con Santillana o con Infiesto, tienen de común con los feroces escitas, los tracios y las sármatas, que beben sangre pura en la vena suelta del caballo. Guipuzcoanos llama a los concanos de Horacio fray Luis de León. Astures o cántabros asegurados en sus montañas en donde Dios escondió la vena del hierro y puso auras de libertad, se revuelven contra Roma. Horacio se indigna de que estos salvajes se rebelen contra la majestad romana. España es calificada de audaz en un poema atribuido a Tibulo y dirigido a Valerio Mesala, que, nombrado cónsul el año 29 antes de Jesucristo, podía encontrar teatro adecuado de sus empresas heroicas en la espaciosa y osada España:

Latis audax Hispania terris.

Con dulcísimo error, el año 20 antes de Jesucristo, Horacio cree que la audacia española está atajada definitivamente. En una oda en que el poeta invita a Mecenas a celebrar consigo las calendas de marzo, comiendo un cabrito blanco y descorchando una botella de falerno añejo que estaba bebiendo humo desde que Tulo fué cónsul, entre la porción de venturas que enumera para limpiar el entrecejo de Mecenas de sus preocupaciones políticas, hay la del vencimiento tardío del tenaz enemigo de Roma, del cántabro relegado a la última orilla de España:

*Servit Hispanae vetus hostis orae
Cantaber, sera domitus catena...*

Horacio se lisonjeaba con demasiado halagüeñas ilusiones. El yugo tardío impuesto a los cuellos cántabricos ni era muy fuerte ni estaba muy seguro. Tres años más tarde, en las postrimerías del año 26 antes de Cristo, Horacio escribe a Quinto Hirpino que no se inquiete demasiado por lo que maquine contra Roma el cántabro belicoso:

*Quid bellicosus Cantaber et Scythes
Hirpine Quincti, cogitet... remittas
quaerere...*

Pláceme citar este pasaje por la linda y fiel traducción que acaba de publicar Bonifacio Chamorro:

No indagues, Quinto Hirpino,
los designios que abrigan
el indomable cántabro
y el animoso escita,
ambos tan lejos...

Están el cántabro y el escita harto lejos de Italia para que puedan ser para ella un motivo de preocupación inmediata. De todas maneras, un viaje a España es cosa expuesta a peligros, ora sea Gades el término del camino, ora sea la Cantabria indócil al yugo romano. Sólo la acendrada amistad de Septimio era capaz de arrostrarlos; acompañando al poeta peregrino, que, por otra parte, no deseaba ir más allá de Tíbur:

Fiel Septimio que a mi lado
irías a la Cantabria
nunca sumisa y a Cádiz
y aun a las dos Sirtes bárbaras,
donde deshecho en espumas
hierve el mar de Mauritania...

Para avezar el cántabro a la coyunda, el propio Emperador Augusto en persona asumió la dirección de la campaña cantábrica. Dos veces Augusto llevó por sí el caudillaje de las guerras exteriores, dice Suetonio, biógrafo imperial; la de la Dalmacia, siendo muy mozo; y así que hubo vencido a Antonio, la guerra cantábrica. En parte por su dirección personal y en parte por inspiración suya, alcanzó, por fin, a domar la Cantabria. Tras una primera etapa de operaciones por la tierra fragosa de las serranillas y los montaraces galanteos del Marqués de Santillana, el año 26 antes de Cristo, Augusto enfermó y retiróse a la mansedumbre mediterránea y a la benignidad del clima de Tarragona, en donde pasó el invierno templado y embebido de sol, dejando a sus legados el arduo empeño de dar fin y cima a la guerra inacabable y cerril. Cuando el año 24 retornó a Italia, Horacio saludó con una oda exultante su feliz regreso y lo asimiló generosamente a Hércules que recorrió vencedor la Península Ibérica en los tiempos fabulosos. A punto estuvo de alcanzar el Emperador al precio de su vida el difícil laurel hispánico:

*Herculis ritu modo dictus, o plebs,
morte venalem petiisse laurum...
Caesar, hispana repetit Penates,
Victor ab ora.*

No, no vencedor todavía. El poeta generosamente anticipaba los sucesos. Aún el año 20 Agripa tuvo que marchar precipitadamente en son de guerra contra los cántabros y los astures. Agripa fué el domador definitivo de la Cantabria feroz en aquella campaña. Las buenas nuevas llegaron a Roma al mismo tiempo que se doraba y maduraba al sol una de las más espléndidas cosechas que conoció Italia. Así lo escribe Horacio a su amigo Iccio que administraba los dominios de Agripa el vencedor caudillo cantábrico. Iccio, por aquellos días, debía ignorar aún los altos hechos de su amo allá en lo más postrero y en lo más arduo de las tierras de España:

Algunas nuevas quiero anunciarte
antes de concluir. Agripa acaba
de someter los cántabros; Tiberio
la Armenia ha subyugado y de rodillas
Fraates su corona ha recibido
de las manos de César. La Abundancia
su cuerno opimo por la Italia vierte.

Esta vez la victoria romana era contundente y final. Agripa había conseguido exterminar o desarmar a los rebeldes montesinos y apoderarse de las fortalezas de que erizaron sus riscos nativos y forzar a los indígenas a establecerse en las llanuras. Augusto había sometido a España definitivamente y hecho una provincia romana de un país bárbaro que sus armas y letras ganaron para la civilización. Entonces, por fin, pudieron decir los españoles con el mismo noble orgullo que el padre Ennio, en un verso arcaico que suena a bronce:

Nos sumus Romani qui fuimus ante Rudini.

IV

Hasta el año 741 de la fundación de Roma, que corresponde al año 13 antes de Jesucristo, Horacio no pudo cantar el *carmen* del vencimiento de España definitivo y su completa pacificación. Tras una larga ausencia durante la cual Augusto había echado a los germanos al otro lado del Rhin y reorganizado la administración de la Galia y de la España, Horacio proclama ya que no hay nada que temer de las revueltas de la zahareña Iberia ni de los cántabros, harto tiempo indomables, dóciles desde ahora a las órdenes del Emperador y admiradores temerosos de su pujanza:

*Quis Parthum timeat? Quis gelidum Scythen?
Quis Germania quos horrida parturit
foetus, incolumi Caesare? Quis ferae
bellum curet Iberiae?*

¿Quién los hijos de la hórrida Germania
ni al medo enfurecido,
ni al escita aterido;
de la feroz Hispania
quién temerá la guerra
mientras que César rija la ancha tierra?...

Acaso jamás se pintó la paz que Augusto con el vencimiento total de España trajo al mundo, la antonomástica paz *octaviana*, con tan apacibles y suaves tintas como las que esparce el numeniente de Horacio sobre la faz de la tierra hespérica así que Augusto volvió a ella el claro rostro. No era ésta aún la paz mesiánica soñada por Virgilio, pero era la paz que sin llegarla a ver, invocó Tibulo; la paz campestre y sana, con una espiga en la mano y con el halda rebosante de frutos.

*At nobis, Pax alma, veni spicamque teneto
Perfluat et pomis candidus ante sinus.*

Paz muy semejante a aquella otra paz que reinó en los días de Salomón: *Y vivían Judá e Israel sin zozobra alguna; cada cual sentado a la sombra de su vid; cada cual sentado a la sombra de su higuera.* Cuando la paz abriga así al mundo bajo la caricia y el silencio de sus alas; cuando las rígidas espadas se torcieron en hoces y el leñador, a la sombra azul del alto peñasco, da a las auras su canto tranquilo, el Espíritu de Dios, que no mora en el torbellino ni en la conmoción, sino en el soplo del aura leve, vuela muy próximo a la tierra, y está a punto el cielo de verter su milicia de ángeles sobre los reinos de los pastores; y son tan sensibles y están tan despiertos los ecos, que pueden recoger y agrandar y multiplicar sin fin los vagidos de un Dios que se hubiera hecho niño.

El historiador romano Veleyo Patérculo constata que gracias a la paz impuesta por Augusto el bandolerismo montaraz ha desaparecido de nuestro país, que fué un avispero de guerras y rebeliones.

Las villas españolas conquistadas se apresuraron a solicitar la honra de llevar el nombre del conquistador: Ulissipo, la actual Lisboa, fué ya *Felicitas Julia*; Ehora (Evora), *Liberalitas Julia*; Ituci, cerca de Castulo, *Virtus Julia*; Ucubi, cerca de Córdoba, *Claritas Julia*; Osset, sobre el Betis, enfrente de Hispalis (Sevilla), *Constantia Julia*; Seria (la actual Jerez de los Caballeros), *Fama Julia*; Nertobriga, en la Bética (Valera la Vieja), *Concordia Julia*. Muchas ciudades tomaron el *cognomen* de *Augusta*. Emerita (Mérida), se convierte en *Emerita Augusta*; Astigis (Ecija), *Augusta Firma*; Bilbilis, patria de Valerio Marcial, que la ciencia arqueológica ha localizado casi con certidumbre en el cerro de Bambola, cerca de Calatayud, llamóse *Bilbilis Augusta*; Bracara (Braga), *Bracarum Augusta*; Tucci (Martos,

en la provincia de Jaén), *Augusta Gemella*; una ciudad, no identificada, de los Arévacos, hubo nombre de *Augusta Nova*. La antigua y celeberrima Gades comiézase a denominar *Augusta Julia Gaditana*, y Salduba toma el nombre de *Cesaraugusta colonia*, de donde el nombre moderno de Zaragoza. Muchos pueblos convirtiéronse en pueblos de Augusto, *Augustani*. Los mismos astures indomeñables se domesticaron hasta un extremo tal, que ellos mismos se impusieron el nombre de *Augustanus*. Y en el mismo aspérrimo teatro de las gestas de su amor a la selvática independencia y a su libertad sobre la montaña, los astures erigieron altares a la divinidad del Emperador que les había sojuzgado. Lo afirma el geógrafo español Pomponio Mela, cuyo es este testimonio:

“En la costa de los astures está la villa de Noega; y en la península sobre que se asienta élévanse tres aras que llaman Sestianas. El nombre de Augusto las consagra e ilustran unas tierras que fueron bárbaras antes.”

Ya dijimos que la ciudad de Tarragona fué ennoblecida con la presencia y una prolija estada por motivos de salud del emperador Augusto. En Tarragona recibió Augusto el mensaje de los indios y de los escitas conocidos sólo de nombre en aquellos días, en demanda de su amistad y de la amistad poderosa del pueblo romano. La llegada de estos mensajeros, ungidos por el misterio de la lejanía, produjo en todo el mundo romano una fuerte conmoción y le dió la conciencia de su propia grandeza. Aquel fantástico arribo fué una especie de profana epifanía. Horacio la consigna en su Canto secular, tan lleno de pasado como túrgido de porvenir:

*Jam Scythae responsa petunt, superbi
nuper et Indi.*

No falta quien sostuvo, con más celo patriótico que veracidad histórica, que el edicto de conscripción del universo mundo salido

de César Augusto, fué promulgado en Tarragona. Lo que sí es históricamente cierto que en Tarragona se inició y de Tarragona se extendió a todas las otras provincias del Imperio romano aquella monstruosa apoteosis y el culto a la divinidad del Emperador. He aquí el severo testimonio de Tácito: "A petición de los hispanos, fué permitido que en la colonia tarraconense se construyese un templo en honor de Augusto. De aquí derivó el ejemplo a todas las provincias" (1).

Este culto provincial había sido precedido por un culto municipal, pues los mismos tarraconenses, el año 25 antes de la era cristiana, ya le habían erigido un ara. Fabio Quintiliano, el de Calagurris, nos ha conservado aquella picante respuesta del emperador Augusto a la legación de Tarragona que le fué a decir, por lisonjear su vanidad, que en su altar había nacido una palmera. Esto indica, respondió con gracejo, que lo encendéis frecuentemente.

La devoción de Tarragona por César Augusto traspasó la lagotería para tornarse sacrilegio. Este hecho monstruoso creó una jurisprudencia cuyas víctimas fueron los cristianos. El cognombre mismo de Augusto da a entender que el hombre que gobernaba el Imperio era algo sagrado y reverenciable. El título de Emperador denotaba su poder; el título de Augusto daba a entender su santidad inviolable. Sus súbditos le debían la misma devota sumisión que debían a los dioses. Vegecio así lo afirma: *Al Emperador, desde el momento en que recibió el dictado de Augusto, se le ha de prestar acatamiento como a Dios presente e incorporal*. Por eso, la profesión del cristianismo fué considerada como un reato de sacrilegio y de lesa majestad. Harto tendrá que expiar Tarragona esta precipitada y sacrílega oficiosidad que dos siglos y medio más tarde le valió una durísima persecución y el martirio triple de Fructuoso, Augurio y Eulogio, dia-

(1) *Annal.*, lib. I, 78.

dema hermosa de tres perlas con que la Trinidad coronó la frente de la acrópolis ibérica, según la suntuosa imagen de Aurelio Prudencio y por la cual los hispanos merecieron que Dios les mirase con ojos de especial benignidad:

Hispanos Deus aspicit benignus.

Una vez dominada España totalmente por Augusto y erigido él en la divinidad tutelar del país que sojuzgó, reduciendo su gente arisca y fiera a una más urbana y culta manera de vivir, dándole forma de provincia romana; el romano desdén antiguo y los añejos vituperios se trocaron en estima súbita y en loores entusiastas. Se adelanta a todos en estas laudes de España polifónicas, el escritor galo Trogo Pompeyo, cuya obra tragó la envidiosa antigüedad, madre del olvido. Por fortuna, el diligente y curioso Justino salvó la sustancia abreviando la obra; y a través del epítome de Justino conocemos las alabanzas líricas que a nuestro país dedicó Trogo Pompeyo, contemporáneo de Augusto. Comienza por desvirtuar las leyendas que sobre España acumuló aquella antigua, sagrada e inextinguible sed de maravilloso que tuvieron los pueblos infantiles. Españolas eran, según la fama, aunque no lo dice Virgilio que lo tomó de Varrón, aquellas yeguas fabulosas que en el verano nuevo, cuando el calor torna a los huesos, con la boca abierta hacia la banda de donde sopla el Zéfiro, de pie en la ardua aspereza de los riscos, inhalan las leves auras; y hartas veces, sin ayuntamiento alguno, se quedan grávidas del viento. El gaditano Columela recoge la fábula lisonjera. El sesudo Plinio la autoriza más aún, al concretar y decir: "Es cosa cierta que en Lusitania, cerca de la ciudad de Lisboa y del río Tajo, conciben las yeguas un animado espíritu, vueltas al viento Favonio. Este hace su parto, que nace velocísimo". Y aun en pleno Renacimiento, Baltasar Castiglione, el autor de *El cortesano*, antes de venir a España a desempeñar su embajada,

entre otras cosas, inquiere de su amigo Marineo Sículo en qué provincia de las nuestras se crían las yeguas que conciben del viento.

No es menester inventar fábulas para alabar a nuestro suelo que la Abundancia regó con su cuerno. En España termina el ámbito de Europa. Puesta entre el Africa y la Galia y menor que ambas, es, no obstante, más que una y otra fértil. No la tuesta como al Africa el sol calcáreo ni como a la Galia la barre con vehemencia el ventalle de los vientos violentos. Entre estos dos extremos España tiene la deleitosa medianía. Las mansas lluvias en sazón la hacen fecunda en toda suerte de cosechas; de manera que no sólo a sus propios habitantes, sino también a Italia y a la ciudad de Roma, les provee en las menguas de su abastanza y holgura. No solamente tiene gran copia de trigo, sino también de vino, de miel, de aceite. Ancha y rica es la vena de su hierro; y son alígeros sus caballos, que pacen a manadas. No sólo son de loar los bienes del haz de nuestro suelo, sino también los abstrusos metales de sus minas. Grande es la abundancia de lino y de atocha; y por lo que toca al minio, no hay tierra más feraz. Es tranquila y sesga la andadura de sus ríos: carecen del ímpetu torrencial que les haría perjudiciales, antes corren con manso murmurio y abrevan a placer viñas y campiñas. Sus estuarios abundan de pesca. Por toda la cuadratura de España se mantiene igual la salubridad, porque el aire jamás se infesta de emanaciones pestíferas y de nieblas pegadizas y rastreras. El vital aliento de la brisa la oreo y la penetra toda, y ventilando las exhalaciones terretres, mantiene la salud de sus moradores. Una porción de Galicia, llámase Amfilocos. Este país es fértil de cobre, de plomo, de minio, de donde tomó su nombre el río contiguo. Para Trogo Pompeyo, España es una suerte de Eldorado. Es riquísima de oro, hasta el punto que con frecuencia el arado levanta terrones áureos. En los confines de Galicia hay una montaña sagrada que violarla con el hierro es sacrilegio nefando; mas

si fuere hendida y minada por un rayo caído del cielo, como acontece con frecuencia en estos lugares, entonces es lícito recoger el oro que el fuego celeste desenterró, como un don de Dios. El hierro de esta comarca es duro, pero el agua es más violenta que el mismo hierro; puesto que con su temple, el hierro se vuelve más recio. No se precia el arma que no ha sido inmergida en la corriente rauda del Jalón. Fué de las montañas de los Tartesios, según es fama, que los Titanes engreídos se empinaron en rebelión y movieron guerra al cielo...

Todo esto es de Trogo Pompeyo, abreviado por su epitomador Justino.

¿Qué más pondrá San Isidoro en el *Elogio de España* con que abre su *Historia Gothorum*, sino el apóstrofe vehemente, la palabra audaz y eficaz, el vivo barbarismo pictórico, la episcopal y rozagante prosopopeya? ¿Qué más añadirá a este loor, cronológicamente el primero de los loores de España, sino aquel *ardente spiro* que el Dante percibió en él; aquel encendido aliento y aquella su preciosa herrumbre gótica?

Merito te omnium ubertate gignentium indulgentior natura ditavit. Tu baccis opima, uvis proflua, messibus laeta; segete vestiris, oleis inumbraris, vite praetexeris. Tu florulenta campis, montibus frondua, piscosa litoribus... Tu superfusis fecunda fluminibus, tu aurifluis fulva torrentibus...

¿Eco de este desatado ditirambo no es aquella alabanza frenética de la *Primera Crónica General de España*?

“Esta España que dezimos tal es como el parayso de Dios, ca riegase con cinco ríos cabdales que son Ebro, Duero, Taio, Guadalquivir, Guadiana... España es abondada de miesses, deleytosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche... lena de venados et de caça, cubierta de ganados, loçana de cavallos, provechosa de mulos... alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica de metales de plomo, de estanno, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras precio-

sas; briosa de sirgo, dulce de miel, alumbrada de cera, cumplida de olio, alegre de açafrán...”

Y llegados a este punto y a este candente entusiasmo, ¿qué podemos hacer sino prorrumper en aquella loa magnífica con que el autor de las *Geórgicas* saludó a la península frontera y gemela de España, tan gemelas que la antigüedad las hizo homónimas y las llamó Hesperia ambas a dos?:

*Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum!*

¡Salve, gran madre de mieses, tierra de Saturno, gran madre de varones! No menos fértil que los surcos de sus labrantíos es la inagotable cantera de sus hombres. Justino grabó al aguafuerte con los ácidos mordedores e indelebles de Tácito, la reciedumbre, la adusta y berroqueña verticalidad de los españoles de los siglos: “Sus cuerpos, dice, son resistentes de la inedia y la fatiga; sus ánimos están siempre aparejados a la muerte. Común a todos es la más áspera y la más rígida sobriedad. Prefieren la guerra al ocio; si no tienen enemigo exterior, en su propia casa se fabrican al enemigo...”

¡Qué triste y qué perenne verdad es ésta, que no ha caducado todavía! Y qué sentencia ésta, certera e impercedera: *Si extraneus deest, domi hostem quaerunt*: Los españoles, si no tienen enemigo exterior, en su propia casa se fabrican el enemigo. Saavedra Fajardo la hubiera debido incorporar en la férrea sarta de sus sentencias políticas. Y sigue diciendo el epitomador de Trogo Pompeyo:

“Hartas veces murieron los españoles por guardar un secreto confidencial; más obstinados en su fiel taciturnidad que en el amor de la vida... Acérrimo y repentino es su ímpetu; pero su ánimo es veleidoso” *Velocitas genti pernix, inquietus animus*. Tampoco caducó la verdad de esta sentencia. Capaces los españoles

para un Dos de Mayo fulgurante, para un 18 de Julio tonante y centelleante, acaso carezcan de la tozuda, de la densa, de la subterránea continuidad en el afán de cada día, en la tenaz servidumbre de la descolorida e insignificante cotidianidad, esa callada y pálida tejedora de la vida humana. Y añade el epitomador de Trogo Pompeyo, que tan bien nos conoció: "En tan larga sucesión de siglos jamás los españoles tuvieron ningún caudillo, si se exceptúa a Viriato, que por espacio de diez años fatigó a los romanos con victorias y derrotas alternas; tanto su cerril individualismo más que de hombres sociales es propio de sueltas y monteses alimañas".

Pero, no. Cuando como una torre en solitario campo surge un caudillo súbito, cuando suena el apellido heroico de un cuerno de guerra, resurge también en poderosa resurrección lo más hondo, lo más vivaz, lo más incorruptible, lo más insobornable, lo más eterno de España: la gota inicial de la fuente sacra que ha de ser río, la semilla del fuego abstruso en las venas de la sílice, que ha de ser comienzo de un hogar. Y remanece Sagunto y Numancia remanece. Y como hogueras en la noche o como auroras prometedoras, la faz espaciosa y triste de España se puebla de nombres circumfulgentes. Y aquellos héroes espectrales que, según el historiador Apiano, Escipión vió salir de la ciudad ibérica bárbara y exigua, pálidos de inedia, amarillos de peste, con uñas de oso, vellosos e hispídos, grandiosos de sordidez, horrendos de malolencia, con los hundidos ojos fieros y encandilados, no son diferentes de aquellos otros héroes que vimos salir del toledano Alcázar o de Santa María de la Cabeza; héroes de hoy, tan merecedores, como los héroes viejos, de aquellos versos, los mejores de toda su obra, con que Silio Itálico despide para la vida perdurable de la Historia a los sacros héroes de Sagunto:

*At vos sidereae quas nulla aequaverit aetas
ite, decus terrarum, venerabile vulgus
Elysium, et castas sedes decorate piorum.*

¡ Vosotras, almas siderales, hermanas de los luceros; almas que no igualará edad alguna advenidera; almas, prez y decoro de la tierra, augusta y elísea muchedumbre, falange sobrehumana; id y subid a ennoblecer los altos asientos inmortales!

EL CRISTIANO Y LA FILOSOFIA

POR

PETER WUST

Nos honramos hoy publicando un bello trabajo de Peter Wust, el malogrado pensador católico alemán. Con ello, a la vez que intensificamos la inserción de trabajos extranjeros orientadores o incitadores para los españoles, abrimos también por vía indirecta el comentario al ensayo La formación del intelectual católico, publicado en nuestro número anterior.—ESCORIAL.

I

LA CRISIS DE LA FILOSOFÍA EN NUESTRO TIEMPO

QUÉ es la filosofía, qué sentido y finalidad tiene, hasta dónde es *ciencia* o aún más que *ciencia*, constituye una vieja cuestión de combate que se plantea siempre de nuevo para ser inmediatamente rechazada como insoluble. Especialmente la época moderna se ha visto enfrentada con esa cuestión más frecuentemente que la Antigüedad y la Edad Media. Y es muy fácil de comprender por qué hubo de ocurrir así. En la Antigüedad, como también en el Medioevo, la filosofía tenía aún su propia sustancia metafísica. Pero esto varió al plantearse la filo-

sofía de la época moderna la pregunta de la *posibilidad* del conocimiento con anterioridad a las preguntas metafísicas del ser. En la Antigüedad y en el Medioevo se filosofaba aún sencillamente. Pero con la Edad Moderna, después de la irrupción del escepticismo en la sustancia misma de la filosofía, comenzóse a filosofar sobre el mismo filosofar.

Naturalmente que tal planteamiento del tema así cambiado no precisa, en sí y por sí, condenar a la filosofía a una infructuosidad. Pues la pregunta por la posibilidad de la filosofía no sólo tiene un lado teórico-epistemológico, más también otro lado metafísico-antropológico. La pregunta: ¿por qué justamente filosofa el hombre y no el animal? puede llevar a especulaciones igualmente profundas que el planteamiento paralelo de la pregunta: ¿por qué ora precisamente el hombre y no el animal? Añádase a esto en seguida la pregunta posterior: ¿por qué el humano filosofar recibe a lo largo de los siglos precisamente tal forma peculiar de desarrollo que le diferencia de modo tan sorprendente de la línea evolutiva, casi recta, de cada ciencia particular, especialmente de la matemática? Estas inevitables fluctuaciones de lo *humano*, que han acompañado siempre a través de los siglos el desarrollo de la filosofía, hubieran podido encauzar los primeros la atención hacia lo siguiente: que un filosofar acerca de la filosofía topa también con un fenómeno enteramente metafísico.

Y es aquí justamente donde está el punto en que el escepticismo, frente a la metafísica, que se inserta al principio de la Edad Moderna, debía cercenar lo que de auténticamente metafísico encerraba el nuevo planteamiento del tema acerca de "la filosofía de la filosofía". Este elemento *humano* que había configurado hasta ahora el curso de la filosofía de un modo tan distinto de lo que había sido el curso de las ciencias particulares; esto es lo que justamente se quiso eliminar de una vez para siempre, a fin de guiar a la filosofía —este era concretamente

el gran pensamiento de Kant—por el seguro camino real de una ciencia estricta. Al pretender equiparar de este modo la filosofía, en su esencia, con las ciencias particulares, se operaba, quizá sin advertirlo, con la idea de una filosofía *inhumana*, o, dicho con más rigor, de una filosofía sobrehumana, en la que había de ir perdiéndose poco a poco el hondo sentido de la filosofía.

Tan sólo los descaminamientos en que se vino a parar con esta nueva idea de la filosofía condujeron paulatinamente en el siglo XIX a tratar de aclarar el problema, por varias partes renovado, de la esencia auténtica de la filosofía.

Este problema de la filosofía se ha tornado más urgente, sobre todo a partir de Dilthey, y si aún hoy se ha hecho tanto más visible la confusión en el campo de la filosofía, enfrentadas como están en aguda oposición, por ejemplo, en Husserl y Heidegger, la filosofía absolutamente inhumana, de una parte, y la filosofía demasiado humana del filosofar exclusivamente *existencial*, de otra parte, acaso estemos en la obligación de afirmar que justamente esa confusión puede conceder claridad nueva acerca de la esencia de la filosofía.

II

LOS DOS POSIBLES EXTREMOS DE LA FILOSOFÍA

Dos son las cuestiones que acostumbran a suscitarse particularmente en la disputa sobre la esencia de la filosofía, y ambas cuestiones atañen a su carácter científico. Trátase en la primera de si la filosofía es *únicamente* ciencia o si ha de cumplir una función distinta de la científica. En la segunda de aquellas

cuestiones gira, ante todo, la disputa en torno a la esencia de la *cientificidad* misma: hasta qué punto deba cumplirse en ésta el sentido de la filosofía.

En la cuestión primera, de si la filosofía es únicamente ciencia y de si, por tanto, ha de cumplir tan sólo la función de la búsqueda de la verdad y, eventualmente, del atesoramiento de esa verdad, salta en seguida a la vista el momento que distingue a la filosofía de las ciencias particulares. Ocurre, en efecto, en las ciencias particulares que en ellas el punto de vista de la búsqueda material del conocimiento y su hallazgo es lo que —exclusivamente, o en primer término al menos— decide. Una ciencia particular es únicamente *ciencia* en tanto que apunta a conocimientos seguros y aspira a mejorar constantemente el capital nominal de los conocimientos particulares. En uno y otro caso las ciencias particulares penetran más hondamente cada vez en el ser-verdadero, quiere decirse: en el contenido racional real de las cosas, resultando por ello evidente que el científico (de las ciencias particulares) tiene la convicción de la vieja *veritas ontologica*. Quiere descubrir contenidos objetivos ónticos, y los descubre realmente aquí y allí, como se lo puede atestiguar la verificación de sus teorías en el trato práctico con las cosas. Y cuando esa verificación no se presenta, o lo hace tan sólo de un *modo parcial*, no jura nunca el cultivador de las ciencias particulares por sus hipótesis, sino que retorna en todo caso a la realidad, fuertemente convencido de que no son sus hipótesis y teorías lo decisivo, sino por el contrario, la cosa misma, la realidad misma, la razón misma de las cosas. Ciertamente que hay también ciencias particulares (en primer término, las ciencias del espíritu, la historia ante todo) en las que el hallazgo de la realidad se halla en la conexión más estrecha con el problema *de la interpretación del sentido* del material dado, especialmente del pasado. Pero en estas ciencias, incluso, se mantiene la convicción de que se debe buscar y hallar el contenido racional que las co-

sas y acaecimientos mismos incluyen. De todos modos puede surgir en las ciencias particulares cierta vacilación, debida a la formación de nuevas hipótesis; mas en el fondo siempre se marcha en estas ciencias hacia adelante. No sólo se busca en ellas, sino que también se halla en realidad, y lo hallado puede, al menos como resultado parcial, ser atesorado aquí y allá, quedando presto así para la tradición científica.

Mas, al plantear ahora la cuestión de si la filosofía ha de tenerse por ciencia en un sentido exactamente igual o acaso como una ciencia particular *junto a* las otras ciencias, nos hallaremos de pronto en la mayor perplejidad.

Evidentemente, habremos de decir que la filosofía es *ciencia*. Tiene, por tanto, que ver con la búsqueda de la verdad y con la pesquisa del *verum*, del mismo modo que cualquier otra ciencia. Pero el *verum* que ella busca se encuentra, por de pronto, en una región muy distinta del *verum* al que se dirigen las ciencias particulares. Se encuentra ese *verum* en el *fondo de la esencia* de las cosas. Y nos sorprende en seguida el hecho de que la filosofía, en su manera especial de buscar la verdad, no es capaz de atesorar lo hallado. Ciertamente que, en sí y por sí, puede también atesorar lo hallado, y lo atesoraría, en efecto. Mas en ella será objeto constante de renovado litigio el carácter de *ser-hallado* de lo que hipotética o realmente se ha encontrado. Tiene esto por consecuencia que su línea peculiar de evolución toma a través de los siglos una forma semejante al culebreo de un río que se fatiga por un terreno montañoso. Pero es aún más notable lo siguiente: que esa su forma peculiar se mantendría, aun en la suposición de que un buen día la humanidad lograra conducir en *línea recta* el *canal cementado* —por así decir— de la verdad realmente hallada a través de los siglos. Precisamente entonces habría de mostrarse con claridad que el espíritu humano no tolera en la *formación de las ideas filosóficas* ese *canal cementado* de la verdad hallada ya de una vez para siempre;

lo destrozaría para cavarse más libremente y de momento a momento un lecho natural a través del tiempo más adecuado a su naturaleza.

Y justamente a partir de este momento la filosofía de la filosofía se convierte en un problema abismal. Pues ahora la cuestión no es tan sólo la de por qué, en general, filosofa el hombre, más también la de por qué toma el curso de su evolución filosófica a través del tiempo una forma tan caprichosa, hasta tal punto, que la historia de la filosofía es tan enigmática como la historia de la cultura humana en general.

¿En qué puede basarse este hecho tan peculiar? ¿Por qué razón la filosofía, precisamente, no llega nunca en la búsqueda de la verdad al susodicho *camino real* de una ciencia estricta, que al menos lleva una marcha rectilínea? ¿O es que acaso la filosofía no tiene que ver nada con la búsqueda de la verdad y con el conocimiento del *verum*? ¿No es acaso una ciencia? ¿O es, desde luego, ciencia, pero una ciencia *sui generis*, al tener que ver no solamente con la búsqueda de la verdad, como las ciencias particulares, sino a la vez también con algo más?

De hecho existe esa peculiaridad que distingue a la filosofía de las ciencias particulares, y la distingue por cierto de tal modo, que ya de antaño pudo ser llamada *reina* de las ciencias. Desde luego puede verse, por de pronto, esa particularidad en lo esencial del *verum* que ha de inquirir la filosofía. Por cuanto que ha de buscar el ser-verdadero de todo lo que es conforme a su último fondo esencial, manifiéstase en ella una función especial que eleva su total figura de "ciencia", sobre un nivel muy distinto. Mas la manera peculiar como ella busca la verdad le confiere de nuevo una amplia primacía sobre la función científica de las ciencias particulares. Pues esa su búsqueda de la verdad entra súbitamente al servicio de la *búsqueda* del hombre, que es y ha sido siempre el objetivo último y más elevado de toda la evolución de la cultura humana.

Cuando el hombre filosofa no busca simplemente la esencia más honda del ser-verdadero, para saber así, absolutamente, con fría objetividad, lo que es y cómo es; inquiere más bien ese ser-verdadero porque al mismo tiempo ha de buscar el ser-verdadero más primigenio de sí mismo y ha de aspirar a la realización de ese su ser-verdadero personal. Por consiguiente, nos hallamos siempre en la filosofía ante una doble búsqueda de la verdad: objetiva la una y subjetiva la otra. Pero, en todo caso, el filosofar es siempre algo más que una aspiración al saber, fría y sin contacto alguno subjetivo. Cuando el hombre filosofa es impelido a *construirse* a sí mismo desde dentro, existiendo, por tanto, el peligro de que ese intento de construcción de sí mismo esté siempre amenazado por la posibilidad de una terrible aniquilación de sí mismo. Desde Kant es muy citada la frase de que la filosofía ha de guardarse de pretender ser “edificante”, palabra que puede, seguramente, tener un buen sentido. Pero si en esa frase quiere decirse, como lo han hecho muchos filósofos, que la filosofía debe distanciarse *à tout prix* de ese elemento específicamente humano a que antes hacíamos alusión, entonces se hace rumbo a una filosofía absolutamente “inhumana”, y más de una vez se ha mostrado, a lo largo de la historia del pensamiento humano, que esa filosofía “inhumana” fracasa, antes que nada, precisamente en lo que pretende alcanzar; es decir, en el más alto rigor científico. Por esto dice ya una vez Jacobi, en contra de los propósitos de Kant: “Al formar al hombre, Dios teomorfizaba, y por esto el hombre antropomorfiza *necesariamente*.” Es exacto que se da un antropomorfismo pernicioso que acaba en subjetivismo; pero hay también un lado bueno en el antropomorfizar, y este lado es el que Jacobi quería acentuar con su sentencia. En este mismo sentido escribe Fichte una vez a Jacobi, hablando de la filosofía y de su proximidad a la vida: “Nosotros los hombres hemos comenzado a filosofar por orgullo —se refiere a la caída del Paraíso—, y por

ello perdimos nuestra inocencia. Pero al reconocer entonces nuestra desnudez, filosofamos ya por necesidad, para nuestra redención.”

No obstante, el problema que hemos indicado aquí es más complicado de lo que a primera vista pudiera parecer. Acabamos de oponer al momento estrictamente *científico* de la filosofía el momento “existencial”, tal como solemos hoy decir, respaldados por Kierkegaard y Heidegger. En la filosofía del presente se nos ha hecho corriente esta contraposición desde el instante en que Dilthey exponía la necesidad de una *filosofía de la vida* frente a la filosofía “científica” de los neokantianos. Esta “filosofía de la vida” ha recibido hoy su carácter sistemático en la filosofía existencial de Heidegger y Jaspers. Tanto más reconocemos hoy desde esta perspectiva histórica, que halló su expresión más visible en la antítesis Husserl-Heidegger, el otro lado del problema aducido por nosotros.

Si, pues, ahora pretendiera argumentarse que el momento de la *búsqueda del hombre* es lo único decisivo para la esencia de la filosofía y que el otro momento de la *búsqueda de la verdad* no entra en consideración, de un modo general, habríamos ido a parar de Escila a Caribdis. En la filosofía es un extremo tan recusable el “existencialismo” unilateral como el unilateral “cientifismo”. El dicho, tan citado, de Fichte: “la filosofía que uno elige depende de la clase de hombre que uno es”, es por lo menos tan *peligroso* como *profundo* e incluso *verdadero*. Si el “existencialismo” extremo quisiera ampararse en ese dicho, habría que oponerle inmediatamente que, con ello, viene a caer en un relativismo sin fronteras. Y si basta con decir que cada filosofía es sólo la expresión de la humanidad respectiva que le apoya, y, *por consiguiente*, que todas las filosofías son igualmente verdaderas y valiosas, nos hemos deslizado desde la seriedad de una *verdadera* filosofía existencial a la caprichosa frivolidad de una filosofía, que, al abandonar lo verdadero del contenido

de los pensamientos, convierte, al mismo tiempo, lo *humano* que ella contiene, en algo “demasiado humano”.

La filosofía *humana*, en su sentido auténtico, reside, pues, en el medio de dos extremos, de los cuales el uno constituye el “cientificismo” *inhumano* y el otro el “existencialismo” *demasiado humano*. La búsqueda de la verdad y la búsqueda del hombre son los dos momentos correlativos en la esencia de la filosofía, merced a los cuales, por una parte, es ciencia en sentido estricto y, por otra parte, tiene una función más importante que la meramente “científica” de las ciencias particulares. De aquí resulta, empero, la eterna escisión de la filosofía, que, de un lado, querría entregarse por completo a la investigación de la verdad objetiva y no ligada a las leyes del tiempo, y que, de otro lado, se halla desgarrada en la inmediatez de la vida a todo lo largo y a lo ancho de sus fluctuaciones y luchas.

Por ello surge una especial dificultad de la íntima relación recíproca que podemos comprobar en la filosofía, entre sus dos momentos de la búsqueda de la verdad y de la humana búsqueda del alma. El espíritu filosófico debe penetrar en la honda intimidad esencial de las cosas, desde la más profunda intimidad de sí mismo. Y así resulta que debe tanto concentrarse en sí mismo con un racionalismo auténtico, como debe abandonarse, con entera devoción, al alma de las cosas en un casto empirismo. Esta mutua relación suena casi a paradoja cuando se intenta por una vez fijarla ante los ojos en una fórmula precisa.

III

ENTRE LOS DOS POLOS DE LA INVESTIGACIÓN HUMANA

Esa tarea aparentemente inhumana de todo filosofar verdaderamente humano se nos patentiza una vez más desde un nuevo respecto, al atacar la segunda de las dos cuestiones arriba planteadas, es decir, la cuestión referente al *carácter específico de científicidad* en la filosofía. Un peculiar dilema, al que nos vemos abocados en esta cuestión, nos podría introducir en seguida en la dificultad especial a que nos referimos en esta segunda cuestión. Dicho dilema reza así: ¿tiene la filosofía el sentido de permitir *reposar*, en realidad, al espíritu humano en la verdad, o acaso tendrá únicamente el sentido de *intranquilizarle*, del modo más violento, acerca de la esencia de la verdad? ¿Debe *hacer feliz* la filosofía al espíritu humano con la visión de la verdad, o le ha de arrojar tan sólo en la *infelicidad infinita*, que se ofrece, acaso del modo más manifiesto, en la permanente desazón del escéptico? ¿Son exclusivamente esas *agudas cabezas* los auténticos representantes de la filosofía, quienes exponen como el mayor objetivo de aquélla el *buscar* únicamente, sin participar nunca en un encontrar, o, por el contrario, habremos de seguir a aquellos otros espíritus *profundos*, quienes no sólo buscan atormentadamente, mas también hallan, felices, lo que buscan, y viven luego con humilde veneración en lo hallado un profundo descanso del alma, transmitido por ello de idéntico modo a los espíritus que verifican después esa vivencia? ¿En la esencia de la filosofía decide el partido dogmatizante de Platón o ha de pronunciar la última palabra en este punto el partido del escueto analítico David Hume?

Como se desprende de todas estas preguntas, el momento "cientifista" en filosofía, de querer hacerle valer por sí solo,

ocasionaría de nuevo las mayores dificultades. Y parece como si, considerado por esta nueva cara, nos remitiera ahora con mayor motivo al momento *humano*, es decir, al momento soteriológico-existencial de que hemos partido al principio. Pues el hombre se halla irremediablemente colocado en este mundo entre el *descanso* y la *intranquilidad* como los polos extremos de sus posibilidades humanas, advirtiéndole al mismo tiempo que esos dos conceptos polares tienen, cada uno por su parte, un doble sentido. Hay, naturalmente, un descanso indigno del hombre como naturaleza espiritual, y hay también una intranquilidad que, ante todo, eleva al hombre sobre el animal, adentrándole en la zona de la pura vigilia humana. La verdad le intranquilizará hasta que haya penetrado del todo en su reposo sublime. En el polo opuesto de este sublime reposo queda la *intranquilidad* metafísica *absoluta*, que despoja de su humana naturaleza al hombre que haya ido a caer en su seno.

Con la pregunta acerca de la esencia de la cientificidad en la filosofía venimos a caer, desde estas dos categorías, en la mayor perplejidad. Puesto que de nuevo, y ahora con mayor motivo, estamos ante el dilema de si el acto de la reflexión filosófica es más un acto de *intranquilidad espiritual*, hasta llegar al *problematismo más extremo del ser-verdadero*, o bien si en última instancia no apunta en su función hacia el *acto reposado de la devoción*, de la “plegaria interior”, e incluso si no se acuesta ya dentro de ese acto de devoción que acaso ha de considerarse como el más humano de todos los actos humanos del espíritu. No es algo fortuito ese planteamiento del problema después del titánico *experimentum spiritus* hecho por la filosofía moderna. Es sobremanera significativo para la gran antítesis abierta ante la filosofía de la Antigüedad y la Edad Media por un lado y la de la Edad Moderna por otro, que Platón y sus discípulos vieran el comienzo de la filosofía, esencialmente, en el *acto devoto del extrañarse*, mientras que Descartes y sus discípulos lo vieron, esen-

cialmente, en el acto, por así decir, despiadado, de *la intranquilidad propia de la duda*.

Lejos está de nosotros, desde luego, poner uno de los dos partidos frente al otro, así, sencillamente, para rechazar con un farisaico juicio de condenación a Descartes y la Modernidad, adhiriéndonos sin más a Platón y la Antigüedad. Porque es demasiado notorio que la filosofía moderna ha cumplido una gran misión en la evolución espiritual de la humanidad, por lo que hace a la perspicacia filosófica de los problemas. La filosofía no sólo debe tranquilizar al espíritu humano, mas también debe *intranquilizarle* hondamente, y aun en este caso puede ocurrir que el hijo que vuelve la espalda a la casa paterna haya de jugar en la economía infinitamente vasta de la vida íntegra espiritual un papel más importante que el que jamás pudiera cumplir el hijo humilde y obediente que se quedó en la casa.

Admitimos, en efecto, que la filosofía ha de *intranquilizar profundamente* al espíritu humano. Y parece que, en realidad, este acto intranquilizador es, por lo menos en primer lugar, su tarea más noble, si que también la *más peligrosa*, desde luego. Visto desde aquí, manifiéstase, acaso por vez primera, la rareza de la aptitud propiamente filosófica. Si bien *todos* los hombres son en el fondo sutilizadores filosóficos por naturaleza, siendo esto precisamente lo que les distingue de la natural tranquilidad del animal, no obstante, la cabeza estrictamente filosófica constituye una excepción. Y esto tiene su sentido bien hondo. Pues la mayor parte de la humanidad necesita apremiantemente la tranquilidad de la existencia no filosófica para que el progreso continuo de la vida diaria quede asegurado en todos los sentidos. Sólo de vez en cuando debe penetrar en esa benéfica oscuridad de la existencia de "los muchos" el rayo iluminador de un genio filosófico auténtico, a fin de aclarar la poderosa problemática en que hora tras hora vivimos los hijos de la tierra. Cuando un buen día surge David Hume y le dice a la hu-

manidad, con motivo de un problema aislado, que andamos jugando de aquí para allá como niños grandes en la poderosa problemática de las cosas, tuvo esto un efecto refrescante y desengañador. Y puede muy bien comprenderse que Kant fuera despertado un día de su “sueño dogmático” por el análisis de Hume sobre la causa.

Pero sería equivocado —y de nuevo se anuncia ahora aquí el reverso de la cuestión referida— si por ello pretendiera deducir el “cientificismo” de la filosofía moderna un axioma, en el sentido, por ejemplo, del conocido dicho de Lessing, que quiere hacer valer como la participación específicamente humana en el espíritu tan sólo el *buscar* eterno, pero vano, de la verdad por parte del hombre, desplazando enteramente a la región de lo divino el *reposo en la verdad*. Puede este dicho de Lessing tener su sentido profundo, como puede también tenerlo la frase antes citada de Fichte. Pero, no obstante, resulta bastante asombroso que haya sido tan a menudo mal interpretado por los espíritus modernos ese dicho de Lessing, tal como también ha ocurrido frecuentemente con la frase de Fichte. Y al interpretarle mal, se hace fácilmente del peligro abismal —que, por lo demás, le es dado a la filosofía con el acto de la intranquilidad— una positiva fortuna, algo incuestionablemente grande, convirtiendo la humildad del hombre, que indudablemente *puede* expresarse con esas palabras, en una soberbia del espíritu, que debe ser llamada exactamente *hibridismo espiritual*.

Pues si la intranquilidad del espíritu, que llega sin duda al mundo a través de la filosofía, ha de significar intranquilidad en el sentido de un *problematismo absoluto de la verdad* en general, nos hallamos una vez más ante una filosofía *inhumana*. Porque, en efecto, es inhumano todo lo que niega o hace peligrar a fondo al hombre en la tendencia amorosa que le es dada por naturaleza. Ahora bien, el alma humana está dispuesta por naturaleza para la verdad, el orden, el valor, la luz, el ser ori-

ginariamente racional. Pero una filosofía que, a consecuencia de un falso "cientificismo", considerase como su contenido esencial amenazar en su raíz esa tendencia natural del alma humana, situaría al hombre en la dirección contraria justamente al camino del humano desarrollo. Y le colocaría en una *intranquilidad diabólica*, que destrozaría, a la larga, todo su ser. Cierto que *uno* de los cometidos de la filosofía puede ser el intranquilizar. Pero únicamente debe intranquilizar al hombre cuando su pereza, falta de espiritualidad, pudiera ponerle en peligro de perder aquel estar en guardia del espíritu, que es propio de su existencia personal. El acto de la reflexión, propio de la filosofía, como acto intranquilizador, debe evitar que el hombre se embrutezca hasta llegar al animal. Pero ¡ay de aquellos que pretendieren que el momento de la intranquilidad, radicado en la filosofía por su naturaleza, se convierta para el hombre en la necesidad de perder *lo más humano* de su humano ser, ese elemento máximamente humano, que en su perfección cimera sólo se nos aparece en el acto de la devoción y especialmente en la profunda tranquilidad que da al alma la plegaria!

La filosofía como tal filosofía se halla separada de la religión casi por un *abismo esencial e infinito*. El hombre puede filosofar con toda seriedad, pero jamás podrá lograr como simple filósofo el objetivo verdadero de su perfección humana. Precisamente es aplicable al filósofo de una manera especial, incluso cuando no ha subestimado el momento soteriológico de la filosofía, que él, al fin y al cabo, se sacrifica como *filósofo*, para que la filosofía no se le convierta en una barrera en la que naufrague su *humanidad* esencial. Es, desde luego, el saber filosófico una de las dos altas cimas de toda humanidad. Pero el mismo sabio debe, a la postre, confesar que la sabiduría natural, la sabiduría de este mundo, es sólo una cima provisional de la humanidad, que debe el hombre dejar tras de sí, si es que no quiere obstaculizar su perfección última. El acto de reflexión del filósofo no hace al

hombre dichoso; únicamente el acto de devoción verdadera del *santo* puede perfeccionar lo que de más humano se halla en el hombre.

Justamente *a causa* de esa provisionalidad de toda filosofía, cuando se mira a las cimas más elevadas de toda la humanidad, debe aquélla buscar una trabazón muy íntima con el acto devocional de la religión, por muy distinta que ella sea de toda religión en su esencia, si es que no quiere arrogarse una función inhumana. Por consiguiente, el objetivo más alto del acto de la reflexión filosófica no es una falsa intranquilidad, sino que su cometido más elevado, su tarea verdaderamente humana es llevar al hombre hacia la tranquilidad honda que nuestro espíritu, sediento de verdad, puede hallar tan sólo en la evidencia de la verdad. Reside, pues, y se halla ya contenido implícitamente en la filosofía misma, ese acto de devoción cuya forma clásica está, explícita, en el verdadero acto *religioso* de la devoción. Y de tal modo es cierto esto, que en el fondo la filosofía auténtica no sólo se corona en el acto natural de la devoción, propia de la veneración ante la verdad hallada, sino que también toma su punto de partida de ese acto de devoción, engastado en lo natural, bajo forma de admiración piadosa. En cuanto cumple su función natural humana, está, pues, en cierto modo acostada a ese acto espiritual de la devoción, del cual recibe su esencia exclusivamente la religión. Por tanto, existe entre la *metafísica* y la *plegaria* un contacto tan íntimo, si es que la metafísica comprende por entero su humana misión, que falla inmediatamente contra su ley esencial más íntima una metafísica sin plegaria (como *scientia sine devotione*, que diría San Buenaventura). El filósofo debe arrodillarse ante el altar de la verdad, tanto como alguien que busca esa verdad, como alguien que la encuentra. Sin ese acto de devoción toda su búsqueda será un tantear vano e inútil, porque se cierra de antemano la dichosa felicidad del que halla; felicidad sin la cual toda inquisición de la verdad quedaría sin sentido.

IV

LA TENSION ENTRE EL MOMENTO CRÍTICO Y EL MOMENTO DOGMÁTICO EN LA ESENCIA DE LA FILOSOFÍA

No obstante, queda aún sin aclarar una dificultad especial, al haber comprobado, en la falsa inquietud del acto de la reflexión filosófica, el momento de la filosofía que amenaza en su existencia la esencia más auténtica de aquélla. Porque, en definitiva, la filosofía como filosofía, en tanto que ha de guiar al espíritu humano a la contemplación y al examen de sí mismo, ¿no está esencialmente unida a la *inquietud crítica*, la cual no parece ser posible sin una cierta dosis de duda? ¿No podemos conceder a la filosofía por lo menos una doble culminación, por cuanto que se pueden destacar en ella un momento crítico e impío y otro momento dogmático y piadoso, que están el uno respecto del otro en la relación de una paradójica tensión y que pueden sostener mutuamente un equilibrio? Aun concediendo también que la filosofía tenga la alta misión de guiar al hombre hacia el magno e intemporal descanso de toda verdad, ¿no resta siempre el reparo de que justamente el oficio estrictamente crítico, tal como el escepticismo de los tiempos lo ha ejercitado, está al servicio de la dignidad autónoma del espíritu humano llamado al examen de sí mismo?

Si la filosofía debe producir cierta problemática inquietud, como hemos tenido que conceder antes, debe uno preguntarse entonces si las piadosas naturalezas dogmáticas que tan sorprendentemente se distinguen de las impías naturalezas críticas, son capaces, en general, de cumplir la tarea de la inquietud problemática, al menos en la medida en que esa inquietud es cumplida siempre por los impíos escépticos. Si, pues, debe existir la filosofía en su *íntegra* esencia, es decir, en la amplitud de oscilación entre el momento en que *amenaza* y aquel en que *protege*, ¿no

puede tomar parte en ella el escepticismo impío lo mismo que el dogmatismo respetuoso, el cual, acaso por ese su gran respeto, está impedido de rasgar el fondo de la problemática con la fructífera desconsideración con que siempre ha cuidado de hacerlo el escepticismo? Se pueden dar todas las vueltas que se quieran a este punto, pero no se podrá pasar de largo el hecho manifiesto de que han impulsado, en general, de un modo más provechoso la ocupación filosófica del análisis de sí mismo las naturalezas críticas de los escépticos de la solera de David Hume, que aquellos otros a quien preservó de tales aventuras escépticas del espíritu su innata piedad ante el ser. Sin esos aventureros de un escepticismo tan temerario hubieran carecido con excesiva frecuencia esas otras naturalezas, más piadosas en su pensamiento, de cierta superficie de fricción sin la cual no puede brotar la chispa del genio. Con una fórmula paradójica: ¿no ven a veces los ojos diabólicos con más agudeza los hondos problematismos del ser de lo que les es posible a los ojos piadosos?

Sale aquí de nuevo un problema difícil de superar respecto a la aprehensión de la esencia de la filosofía, a saber: ¿hasta qué punto ha de abrazar la filosofía como filosofía *humana* el íntegro campo esencial de acción de lo humano, que se extiende entre la "obstinación y la entrega", como dice justamente Jaspers, entre las zonas del extravío y del recogimiento, del mayor peligro del espíritu y del feliz descanso del espíritu? ¿No se tiene a veces la impresión de que precisamente la filosofía *como filosofía*, por consiguiente, en cierto modo como contrapartida de la religión, está emplazada más hacia *el polo crítico* que hacia el opuesto polo dogmático en el que la veneración, el abandono, el amor, anuncian ya la proximidad de la fronteriza región religiosa? ¿No tiene un sentido profundo la queja aquella en que Hegel rompió una vez, desesperado casi: "el que esté *condenado* por Dios a ser filósofo", etc.?

Sin duda alguna, después de tales reflexiones podrá decirse

en todo caso que el escéptico impío cumple también una *misión objetiva* en la evolución filosófica íntegra. Pero nos encontramos aquí ante el mismo profundo enigma que la liturgia cristiana indica con las palabras *felix culpa*. Con seguridad, interpretaría muy mal estas palabras aquel que quisiera aventurarse *conscientemente* en la cima de la culpa, para servir de este modo a la economía del todo. Vista en conjunto, acaece, en efecto, que la filosofía no puede pensarse en su curso completo sin la permanente tensión entre el “*escepticismo aventurero*” y el “*pensamiento recoleto*”, tomando la denominación de Oscar Bauhofer. De este modo siempre se procurará que con el “pensamiento recoleto” *esté dado* su eterno adversario, el “escepticismo aventurero”, como forzoso precursor y “turbio camarada” de su amor. Y, sin embargo, sería equivocado pretender aventurar desde aquí la conclusión de que el acto de la reflexión filosófica estaría obligado a ponerse *conscientemente* al servicio del eterno jugarse el todo por el todo con la verdad, postura que ha mantenido el escepticismo impío de una filosofía extraordinariamente desprovista de supuestos, y en la que se ha querido ver ya de antiguo la esencia de la filosofía. Si es exacto que hay una *fecundidad objetiva* en el juego peligroso y sin respeto del “escepticismo aventurero”, no se ha dado por ello a ese mismo escepticismo un libre pase que le permita atribuirse el papel de la previsión en el proceso total de la filosofía. El escepticismo que conscientemente prescinde de respetos, que pone siempre en juego la sustancia de la verdad misma en un temeraria aventura de la razón, contradice tanto al sentido profundo de la búsqueda filosófica de la verdad, que en cierto sentido puede significar únicamente el explosivo de la filosofía. Si, no obstante, cumple una *misión objetiva*, nunca debe apoyarse en ese resultado positivo de su actuación histórica, puesto que él mismo ni puede hacer ver ni tampoco hacer valer ese efecto positivo. El mismo, como tal escepticismo, vive de la tendencia destructiva que en él ra-

dica por su misma esencia. Y por esta razón sería absurdo que se quisiera arrojar farisaicamente el papel de previsor, diciendo, por ejemplo: “¿Pues qué, no he actuado yo a través de los siglos con más provecho que todos aquellos que quisieron constantemente bautizar la pagana filosofía con el agua bendita cristiana?” Aunque es verdad, pues, que la filosofía no puede en la amplitud total de la expansión de su campo esencial pasarse sin esa superficie de fricción que es el escepticismo, en la cual se ha de injertar de un modo recto el pensamiento piadoso, sin embargo, el escepticismo mismo no puede apoyarse en ese factor positivo de su continuada actuación, con el fin de glorificar *post festum* su comienzo puramente negativo. Por lo menos es y sigue siendo un oseuro destino humano y muy a menudo ha debido ser llamado destino *culpable* sobre el que pueden emplearse, desde luego, las sutiles palabras *felix culpa*, como en el dominio íntegro de todas las pequeñeces humanas indica siempre la admirable economía de la totalidad vital humana. Por consiguiente, siempre habrá escepticismo en filosofía, y *debe* siempre haberlo, por el lado oscuro del acto filosófico de la reflexión, que, en definitiva, tiende siempre a la verdad. Y, con todo, también aquí es aplicable la lamentación y aun la triple lamentación que Cristo lanzó sobre aquellos que sirven de escándalo a los pequeños.

V

LA CUESTIÓN DE LA FILOSOFÍA “CRISTIANA”

La filosofía, por tanto, puede cobrar de doble modo la forma de una *philosophia inhumana*. Ofrécesenos primeramente allí donde se coloca de *modo absoluto* el factor científico en la filosofía a costa del factor soteriológico-existencial. Ahora bien, si en este científicismo absoluto se conmueve a su vez lo humano,

en cuanto que ese mismo cientificismo adopta una forma existencial, en ese caso nos hallamos ante la segunda forma de la *philosophia inhumana*. Así, naturalmente, resulta una diferencia altamente significativa por lo que hace al predicado "inhumano". La inhumanidad de la primera forma de filosofía puede, en efecto, pasar esencialmente por la relativa candidez de una simple filosofía de eruditos, en la cual el investigador o es archivo de historia de la filosofía o, en el caso de entrar realmente en lo sistemático, impulsa, en el fondo, la filosofía tan sólo a la manera que también puede hacerlo cada ciencia especial. En efecto, el último, el sistemático indiferentista, hállase más próximo a ser impulsado con facilidad hacia el extremo de la segunda forma, la "inhumana", de filosofar. Pues, en tanto que hace un principio de su indiferentismo, con lo que arroja en el platillo de la balanza toda su humana naturaleza, llega a alcanzar la *forma negativa del "existencialismo"*. Y en éste, como ya hemos visto, se reconoce al acto filosófico de reflexión la intranquilidad, de modo permanente y hasta como su último objetivo.

Pero, en el fondo, es únicamente la filosofía inhumana en su segunda forma, por consiguiente, la filosofía que en algún modo podría llamarse "de la mirada reflexiva diabólica", el polo negativo que corresponde al opuesto polo positivo del dogmatismo piadoso frente a la razón y el ser. Sin embargo, no debe olvidarse por ello que esa polaridad de un camino positivo y otro negativo ofrecidos a nuestro espíritu está dada ya por naturaleza en la esencia de la filosofía misma o, más exactamente, en la esencia del acto del conocimiento. Y por esto precisamente puede explicarse que a veces se venga a caer en la perplejidad de hacia qué lado debe uno poner el acento en la esencia de la filosofía: si del lado de la osada e impía aventura racional del escepticismo o del lado de la razón reverenciosa, en cuyo corazón prende más el retorno que todas las aventuras de un escepticismo desgarrador del alma. Es siempre digno de notarse que la filo-

sofía, ya como *filosofía*—y, por cierto, en virtud de una doble vertiente del acto de conocimiento—, es la más peligrosa y al mismo tiempo la más sublime de todas las ciencias; y además que, por esto precisamente, en el fino connubio de su peligrosidad y su sublimidad es la ciencia *sui generis* o la *reina de las ciencias*, justamente por ser la *más responsable* de todas ellas. Esa doble nobleza, la nobleza oscura de su posible peligrosidad y la nobleza luminosa de su posible sublimidad, es lo que la eleva, de acuerdo con su esencia, a este alto nivel desde el cual puede ofrecer a la humanidad, ya su figura sombría, atemorizadora del espíritu, ya aquella clara figura suya que en tan infinita medida beatifica al espíritu, con la sosegadora visión de la verdad.

Desde este punto y hora es también posible ya adentrarse en la movida discusión que se ha desatado con toda violencia durante nuestros propios días en torno al viejo problema de una filosofía *cristiana*. Bien mirado, lo que con estos términos se plantea es la cuestión de una filosofía *sumisa* o de una filosofía *libre*. Uno de los partidos siente con entera convicción la necesidad de una filosofía *sumisa*, tal como la representa la filosofía cristiana, en tanto que el otro partido ve en tal filosofía *sumisa*, tan sólo una filosofía “encadenada”, a la que contrapone una sedicente *philosophia separata* como la única forma posible de la filosofía que exige su libertad.

Por consiguiente, todo se resume primero en esta pregunta: ¿existe tal *philosophia separata*? O por lo menos: ¿puede haber una filosofía de ese tipo sin que por ello se despoje de lo que es esencial al ser de la filosofía? Ahora bien, si tal *philosophia separata* ha de significar lo que nosotros hemos caracterizado como *philosophia “inhumana”* (tomándola ante todo en su forma plena), es entonces claro que con esa cuestión nos metemos en las mismas dificultades y problemas de que nos hemos venido ocupando hasta ahora. En ese sentido, una *philosophia separata* significaría una filosofía en la que el acto espiritual de la reflexión

se disgrega en principio, por mor de la pureza del arranque crítico, más aún, *absolutamente* crítico, de todo aquello que va comprendido en la *esfera de la devoción* de la naturaleza humana. Sería, por tanto, aquella *scientia sine devotione* que San Buenaventura estigmatizó una vez como pura curiosidad profana (*curiositas*), con las duras y más que duras palabras de “ramería del espíritu”.

Mas el espíritu de San Buenaventura marcha desde aquí al encuentro de un objetivo más alto, el más alto incluso de la verdadera *philosophia christiana*. No teme hacer en serio el ideal de una “*filosofía realmente sumisa*”, y esta sumisión no le parece un *encadenamiento* indigno, sino, por el contrario, la *más alta libertad del espíritu*.

Con mayor motivo suscítase ahora la pregunta de si esa tal filosofía sumisa no contradice la verdadera esencia de la filosofía. Pues habría de ser una filosofía que bebiera a la vez de dos fuentes de revelación: las fuentes de la revelación *natural* y de la revelación *sobrenatural*, y sería además una filosofía en la que el filósofo habría de aprender a ver con los *dos ojos*, por así decir, con el ojo espiritual de la *razón natural (lumen naturale)* y con el ojo espiritual de la *razón ennoblecida por la fuerza de lo sobrenatural (lumen fidei)*.

Compréndese muy bien por qué ha de recusar la *philosophia separata* en el sentido precedente descrito, ese sumo ideal de una verdadera *philosophia christiana*. Pues para una filosofía que quiere ver permanentemente el centro gravitatorio de la esencia de la filosofía en un acto de inquietud —el cual debe, en principio, poner en duda todo el ser verdadero en general—, esa filosofía cristiana sólo puede ser una *philosophia vincata* en el peor sentido de la palabra, una filosofía sin dignidad y deplorablemente encadenada, en la que nada resta ya de la esencia de la filosofía verdaderamente crítica. Pero todo esto sólo

se debe a que no le merece consideración más que una *philosophia impia*. No sólo planta su idea de la *philosophia separata* frente a la filosofía cristianamente sumisa, sino que esa *philosophia separata* marca también una línea rigurosa de separación entre la filosofía y toda *piedad humana* en general, o, si se quiere, entre la filosofía y toda *religión natural*; habiéndose de tener en cuenta que el concepto de “religión natural” pasa por un concepto muy discutido. Hemos visto que hay un momento de la filosofía que la aproxima a esa su concepción como *philosophia essentialiter impia*. Pero incluso esa *philosophia essentialiter impia* no puede existir sin un resto de piedad, si es que no quiere verse condenada a la *abstención* (ἐποχή) del acto filosófico de la reflexión. El hecho de que se empeñe a fondo en la discusión filosófica muestra, por lo menos, que reconoce prácticamente en el *mismo buscar* algo valioso. Pero es el lado subjetivo de la evidencia, a saber: el querer y el poder ver por uno mismo lo que, ante todo, recibe un grado de valoración particularmente alto, en cuanto atañe a la certeza del conocimiento, y ello por obra de sus pretensiones, inmensas en sí mismas. Sólo es posible su titanismo del saber sobre la base de una inconfesada veneración por el alto ideal de la claridad, la lucidez y la libertad del espíritu, las cuales aspiran hacia la corroboración científica del principio *Omne ens est intelligibile*.

Entre este último extremo de una *philosophia impia* por modo absoluto y aquel otro extremo de San Buenaventura que quiere ver la filosofía *únicamente* como una estricta *philosophia christiana*, hay una filosofía que constituye manifiestamente el término intermedio de conjunción. Esta filosofía reconoce en todo caso, si bien de un modo crítico (como tal filosofía), el hecho de que el acto filosófico de la reflexión no puede nunca ser disgregado por completo del acto espiritual de la devoción, el cual, quiero subrayarlo otra vez, es justamente el más humano

de todos los actos del humano espíritu (1). Claro está que esa filosofía necesita continuamente ese peligroso adversario que instala en la esencia misma de la filosofía, de modo absoluto, el ingrediente del peligro. Pero ella misma no se identifica nunca por manera absoluta con la *philosophia impia*, antes concede un valor particular al deber que la filosofía tiene de defenderse continuamente del momento demoníaco que aquélla incluye, porque sabe que la verdad es un secreto sagrado, *sacri quid*, como Schelling dice una vez, y por ello sólo se descubre a ojos cargados de veneración.

Ahora bien: no cabe duda que aquel otro ideal de San Buenaventura queda, al menos, en la dirección abierta por esa filosofía de la *pietas natural*. Desde luego, estamos obligados a reconocer que la filosofía, de acuerdo con el momento de devoción que en ella va ínsito, se corona, antes que nada, en ese alto ideal de la *philosophia vere christiana* de San Buenaventura.

Sin embargo, queda ahora una gran dificultad, y es que sólo pueden lograr ese alto ideal de una filosofía humana, en el sentido natural y sobrenatural, muy escasos espíritus y épocas muy selectas. Y de aquí surgiría el peligro de que con una medida para la esencia de la filosofía tan rigurosa como la que San Buenaventura quería aplicar, no quedaría una base común para todos aquellos filósofos que están fuera de la confesión estrictamente cristiana-sobrenatural.

La única posibilidad de encontrar una salida a estas dificultades sería tomar el concepto de la *philosophia christiana* con tal amplitud que quedara también incluida aquella *philosophia "naturaliter" pia* en el ámbito de su esencia. Entonces habríamos de distinguir, naturalmente, una *philosophia naturali-*

(1) Evidentemente hay que distinguir, con todo rigor y con arreglo a su esencia, evidencia (intelección) y devoción (entrega, veneración), a fin de evitar el peligro de un racionalismo.

ter christiana y una *philosophia supernaturaliter christiana*. La primera sería aquella *philosophia naturaliter pia* en la que coinciden todos los espíritus que trabajan con veneración por la profundidad de la verdad y que no desvinculan, en principio, el acto de la reflexión filosófica del acto devoto de la piedad común a todos los hombres “de buena voluntad”. En este sentido, Platón sería también un filósofo cristiano, lo que no constituye ninguna paradoja, si estamos dispuestos a tomar en serio el *anima naturaliter christiana* de que habla Tertuliano.

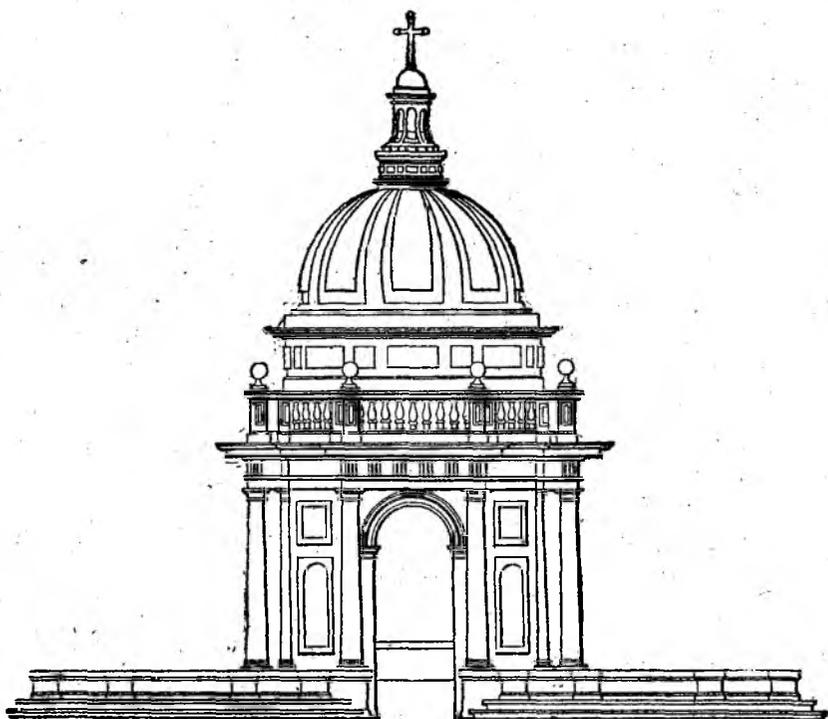
La *philosophia christiana* auténtica sería, pues, únicamente la filosofía en que el espíritu humano, con plena conciencia y voluntad, confiesa aquella *suma veneración* que nunca puede conseguirse espontáneamente, sino tan sólo impetrarse, y es recibida en tanto *pius actus credulitatis*, bajo forma de puro don de la gracia. Esta sería aquella filosofía en la que el espíritu filosófico introdujera por completo el acto filosófico de la reflexión dentro del acto *positivamente religioso de la fe y la plegaria*, a fin de afianzarse con rigor, por este solo camino, contra todos aquellos demonios que amenazan con despeñarnos a los hombres, precisamente y ante todo en el acto espiritual del conocimiento, por el abismo en que ya fué despeñado el primer hombre a consecuencia del pecado de desconfianza. Y en modo alguno sería preciso ver algo indigno en aplicar nuevamente a esta filosofía el símil, tan ardientemente impugnado, de la *ancilla*. En primer lugar, no sería la “sierva de la teología” ni tampoco el lacayo servil de los teólogos (en un sentido humano, demasiado humano). Sería más bien la sencilla servidora de la fe (*ancilla fidei*), que tiene el cometido de preceder a la fe llevando la lámpara de la razón natural (para referirnos a una frase de Kant, ingeniosa desde luego, pero también odiosa). Y podría oírse con calma el dictorio de “filosofía encadenada”, pues sabríamos que, precisamente como *philosophia vincata*, representaría el ideal sumo de una *philosophia invincibilis*, y, por

tanto, el puro ideal de una *philosophia maxime "humana"*, filosofía a la cual habría de servir y serviría siempre, en realidad, a través de los siglos, aunque sin saberlo ni quererlo, aquella otra filosofía de la permanente inquietud espiritual, la *philosophia maxime "inhumana"*.

Cuando hoy, desde la madurez del siglo xx, volvemos la mirada hacia el desarrollo íntegro de la filosofía occidental, comprobamos con admiración que la filosofía naturalmente piadosa de la Antigüedad aspiraba de suyo a la forma más elevada de aquella filosofía cristiana del Medioevo, en la que Santo Tomás y San Buenaventura representaron ese admirable arbotante entre escolástica y mística. La filosofía de la modernidad ha ido deslizándose poco a poco desde esta admirable altura al pretender el pseudoideal de una *philosophia separata*. Este es el momento en que el filósofo, situado en el punto de ruptura de la ya concluida era liberal, ha de aprender otra vez a trabar en estrecha unión el acto filosófico de la reflexión con el acto religioso de la devoción. Pueden llegar ya tiempos en que al filósofo le cupiese la osadía de proferir sin rubor la frase que los más grandes pensadores del Medioevo podían pronunciar con aristocrática dignidad:

Oro ut intelligam.

(Traducción de Hilario Rodríguez Sanz.)



Poesía

José María Alfaro: *Versos de un invierno.*—
Bonaventura Tecchi: *Los Mulos.* — Juan
Antonio de Zanzunegui: *La vida y sus
sorpresas.*

VERSOS DE UN INVIERNO

POR

JOSE MARIA ALFARO

I

DESCAMPADO de sombras y almacén de nostalgias,
mi angustia mira un sol exangüe y mortecino.

La ciudad tiene canas como mi corazón
en este invierno largo, descarnado y antiguo.

Quizá habrá primavera sobre otras tierras y olas,
donde la sangre bata tambores y deseos:

mi alma ya no verá sin cadenas la nieve
cantando en los molinos su nuevo forcejeo.

Acaso esto es historia: ¡que dé vueltas la rueda
sin pararse en los trigos, en la vid, en la rosa!

Mi invierno está en mis manos; su plenitud desnuda
tiene voz de ceniza y caricia de roca.

II

NOCHE DE SAN SILVESTRE

A Luis Filgueira.

*Ya se va el año muerto como todo.
Un zumbido de nieve en los cristales
me finge a las abejas de la historia.
Siempre lo que se va es lo que más vale.
Que el tiempo se hace con olor de muertos
y aguantan más los huesos que la carne.*

III

MONTAÑA

*Hacia el alto de la sierra
corre, entre vientos, la nieve.
Mi corazón los caminos
abre hacia los sueños verdes,
entre la hoja machacada
y la blanca sin frente.
Grita la lumbre en los valles
entre esqueletos calientes
de bosques que ya se fueron.
Mi voz aprende a Noviembre.
¡Qué soledad la blanca!
Los pinos piensan relentes
de primaveras azules.
Mi corazón se humedece
sobre las sendas perdidas.
¡Si se hundirá para siempre
el morado de las jaras,
el oro de las simientes...!*

IV

*Yo sé de aquella rosa que se desgarró entera
por no encontrar perfil a su aurora encendida;
yo sé cómo se muere una vez y otra vez,
siempre en la misma puerta de la misma florida.*

*No tenéis de la tarde ni sombra ni presagio
cuando estalla el albor de las luces repletas;
sin embargo, las sombras os llegan con el alba,
por que no hay sin la muerte una vida completa.*

*Aquí desde este llano donde se pierde el viento
y las sales latinas toman clase de angustia,
se ve correr la historia, como corren las nubes,
a las que nuestras ansias buscan razón de ruta.*

*¡Qué bosque entre los sueños nos cubre la mirada!
Nuestros bastiones son la esperanza de un día,
cuando el alma se quiebra una vez y otra vez
siempre en la misma puerta de la misma florida.*

V

*Me platea la vida, y con las nieves
de tanto invierno se me hiela el alma.
¿En dónde están los oros de mi ausencia?
¿Dónde el azul que el cielo hizo montaña?*

*Varado en mis anhelos, ya mis manos
sólo saben del viento cuando pasa
llevando del ayer su rota cola
hacia ese ¡nunca más! que es el mañana.*

VI

*¡Qué clara soledad la de este día!
¡Qué larga ausencia el sentimiento roto!
Senda abajo del alma,
entre mis sombras una luz de escombros.
¡Yo ya no sé correr! Hasta los vientos
doblan lo que antes fué vivo y sonoro,
y el músculo —alta torre de otras horas—
se deshace en nostalgias de su arrojo.
¡Qué desnudez madura y aterida!
Sin canción no hay camino ni reposo.
Igual que el agua muerta, nuestra angustia
se pudre entre sus juncos de abandono.*

VII

TEDIO

*Este fanal hecho de torbellinos
con las paredes de humo y algodón,
tiene una argolla que mi frente ajusta
sin el hierro viviente del dolor.*

*Un buzo ciego en un fangal sin fondo
se movería cual me muevo yo:
lento, en esa bajada hacia un abismo
donde naufraga la última razón.*

*Tempestades sin ruido, sangre opaca,
vaivenes que anestesian el temblor,
lunas adormecidas sin suspiros,
campañas de rastros sin color.*

*¡Ay, qué barranco romperá la niebla,
y qué picacho morderá mi voz,
y qué buitre con alas de mil cielos
me roerá, sangriento, el corazón!*

VIII

*¿Pero es vivir, acaso, abrazarse a una llama?
Crónica de recuerdos son los pasos perdidos,
y estar en ellos es eternizar el humo
y frenar el demonio que agita nuestro limo.*

*Si la vida es memoria, lo que se fué es lo cierto;
mas hay rosas que vuelven todas las primaveras,
aunque no tengan siempre aquel olor de entonces
ni el mismo viento cálido las abraza y las mueva.*

*Si la plenitud fuera sólo de cada instante,
¿para qué la memoria con sus cuentas antiguas?
El amor no sería sino el minuto aquel
que tiene por frontera la primera agonía.*

IX

ANGUSTIA

*Es una niebla gris que envuelve al mundo todo,
una niebla tan larga como siglos de abismos,
una niebla perdida entre mares de historias
y apretada a los hombros como una piel de escarcha.*

*Como un humo pesado se la tragan las fauces
y una asfixia de hoguera emborracha los pasos.
Una muerte sin tiempo sopla sobre las cosas
varadas en su largo languidecer de vida.*

*¡Qué paredes de gritos se estrellan en la niebla!
¡Qué negra sangre corta los ríos del alivio!
Niebla húmeda y musgosa, donde búzos sin rostro
apuñalan sus días subterráneos y eternos.*

X

NIEVE EN CASTILLA

(Paisaje.)

I

*La tierra y cielo desnudos
viven de su claridad;
tierra y cielo sin fronteras
la vista hacen caminar.
La blancura roba soles
para en la nieve enterrar;
el aire busca esqueletos
donde poder descansar.
Frío, el mediodía claro
mata el verano solar.
¡Ay, cómo corre aterido,
buscando la mar, el río!*

2

*Toda es senda la blancura;
sin mojones, sin cantar.
El aire la pliega exacta
en su nostalgia lunar.*

*No hay diálogo entre las cosas;
murió la diversidad:
laberinto blando y blanco
se tiende en la inmensidad,
multiplicando banderas
blancas sin cruz ni señal.
Tan sólo bulle, atrevido,
entre los hielos, el río.*

XI

SOL DE INVIERNO

*El primer sol es tan frío,
tan frío como los hielos;
tiene miedo de su luz
que trae la rueda del tiempo
y de deshacer las nieves
—blanco sepulcro del cuerpo.
Por él lloran los tejados
la certeza de su invierno
y una nostalgia de rosas
—soñar de un morir eterno.
No es primavera gentil,
es el túnel de un ensueño
que no tiene apenas voz
porque no tiene argumentos.
El aire despinta el oro
tenue que tiembla en el viento.
—¡Para qué soñar las rosas
si ya el mundo todo es viejo!*

LOS MULOS

POR

BONAVENTURA TECCHI

EN estos días en que el invierno declina y por los bordes de mi valle el deshielo comienza a esponjar la espesa red de avellanos, apelmazados por la nieve, que se siente crujir bajo los pies, he ido a ver el acarreo de un bosque desmochado.

El bosque está en el fondo del valle, y sus vertientes, en su parte más baja, alcanzan el punto donde este año un aluvión feroz ha desarraigado encinas y quejigás, abatido negrillos y álamos blancos, dejando las copas embadurnadas de arcilla, retorcidas y vueltas, como si mirasen aún con espanto hacia el sitio por donde el torbellino pasó. Sólo el hacha de los leñadores, que aún trabajaron en lo más crudo del invierno, ha puesto un poco de orden en medio de aquella mezcolanza, y de los troncos negros de las encinas, de los troncos azul celeste de los álamos blancos, han surgido casi por sorpresa ciertas "piezas" de un color rosa pálido, casi azul: criaturas vivas, desnudas en medio de salpicaduras de nieve o de rebalses de hielo.

En este momento acarrear de una zanja, donde los “rollos” ya aserrados abundan más, junto al murmurío de unas aguas andantes. El transporte lo hacen los mulos por las empinadísimas faldas, que el hacha y la sierra de los leñadores han convertido durante el invierno en utilizable madera.

En la guerra de infantería no tuve trato inmediato con los mulos; veíalos al anochecer en el monte llegar con los bagajes y la artillería, y los veía como una “cosa” de las tropas de Intendencia o de los alpinos. No me preocupaban; tenía algo más importante en que pensar. Ahora estoy sentado en medio de una recua de mulos y de muleros. Son poco más de las doce de un día desabrido, pero claro, y unos y otros comen. Los mulos, poca paja; juntos todos e inclinados en torno a un claro del bosque que el aluvión ha respetado. Mucho pan y poco companaje los conductores, los cuales se ayudan con un frasco de vino que hacen pasar de una en otra mano. Sólo se ve una yegüezuela allá lejos, amarrada a unas zarzas, y yo pregunto a los muleros qué hace allí.

Me responde el que parecía más autorizado, y tal vez el más hablador, de la noble estirpe de los conductores. Y como tiene la manía de las “ideas generales”, antes de concretar da un largo rodeo lleno de explicaciones y aforismos, hablándome con gracia de la acémila en general, porque yo ignoraba que los mulos, además de ser testarudos, como la gente sabe, son también bestias inteligentes, los más inteligentes, añadió, salidos de la mano del diablo. Porque el mulo no hay duda que es obra del diablo, no del Señor: inteligentes, melancólicos y llenos también de ocultas y negras pasiones. Yo sonreí al relato, y él contó entonces la historia de su mulo, que, enamorado arrabiadamente de la yegüezuela, tenía que tenerlo a toda costa a distancia de ella, en especial durante las subidas y bajadas de las bestias libres por las arcillosas laderas. Apesadumbrado e incrédulo, inquirí más bien cómo las pobres bestias podían transpor-

tar los duros y largos tablones, por los ramblejos de las cárcavas, a lo largo del precipicio. “No es fácil —exclamó el conductor, dándose un cierto aire importante mientras se puso de pie y se limpiaba con las manos la boca—; lo va usted a ver en seguida.”

Nos dirigimos hacia otro lugar del bosque donde el acarreo apenas comenzara. Trajeron un mulo junto a una pila ya dispuesta de tablones. Cargáronle dos muy largos sobre una especie de albarda, y con gruesas cuerdas se los amarraron de tal modo, que las puntas delanteras quedaron casi erectas por encima de los lomos y las inferiores a la altura de los corvejones. Después, el capataz de los conductores, el de la charla, mandó en voz alta: “¡Adelante!”

Yo creía que el animal sería acompañado, pero no fué así; le vi avanzar solo, recorrer el breve trayecto del bosque que le separaba del agua, pasar el foso y comenzar la ascensión de la ladera.

Y le veía caminar descontento, metido dentro de sí, como si llevase las patas atadas; avanzaba lentamente, trepando con las extremidades delanteras, el hocico bajo y largo, como si fuese husmeando por la cuesta y observase al mismo tiempo la arcilla húmeda. Un momento, desde el lugar donde estábamos, tuvimos la impresión de que algo no marchaba. El mulo se paró de repente. Del lado de acá del foso se levantó un coro de voces irritadas y amenazantes. El mulo no se movió. Dos de los conductores se fueron hacia él imprecándole y gritándole con los palos en alto; pero una vez que le alcanzaron vieron que el mulo tenía razón, pues en las primeras horas de la tarde el terreno arcilloso, a causa del deshielo, se había hecho más húmedo, zahondándose extremadamente las patas de la bestia. Las puntas zagueras de los tablones casi tocaban tierra. Dándose cuenta de esta dificultad, soltaron en seguida las cuerdas, amarraron fatigosamente los tablones más en alto y volvieron a dar el: “¡Adelante!”

Al primer mulo siguió un segundo; con pocos minutos de distancia, un tercero; después, un cuarto, un quinto. Ascendían solos, siguiendo derechos el escarpado y espeso sendero, que únicamente la azada de un conductor, unas horas antes, entre vueltas y revueltas, había ligeramente marcado sobre un terreno resbaladizo y pegajoso. Cada uno, después de ser cargado con los dos tremendos pesos, marchaba solo a distancia del anterior, deteniéndose de pocos en pocos minutos en el mismo sitio donde el siguiente se había parado antes, con idéntico gesto resignado del hocico largo y melancólico, para tomar aliento, y todos, una vez recobradas fuerzas, en un determinado instante volvían a atacar la cuesta. Así la marcha, vista del fondo del valle, tenía un ritmo monocorde, casi musical, formando una especie de "friso viviente", moviéndose las mismas figuras y parándose, con sus sombras, siempre en los mismos lugares y a igual distancia.

Yo contemplaba maravillado, y me encontré todo lleno de este sentido, lento y reposado, de admiración que la hora post-meridiana alargaba con su dulzura, cuando de repente acaeció una cosa horrible.

El mulo enamorado, del cual ya no me acordaba, no conservó en un instante la misma andadura, y aprovechándose de un rellano, en el cual la pendiente arcillosa parecía tomarse un descanso, el animal, excediéndose, sobrepasó al compañero que le precedía. Me pareció una cosa sin importancia y casi no presté atención. Pero se la dieron los que estaban cercanos a él, los cuales comenzaron de repente a gritar: "¡Paradlo! ¡Paradlo!". Vi entonces a dos hombres que estaban sobre un altozano, allí donde después del terrible repecho la colina se torna en precipicio. También los dos hombres gritando y con los palos en alto se precipitaron sobre el mulo, el cual, en un gran esfuerzo, sin cuidarse de la pendiente y del peso, conseguía desbordar otro mulo, luego un tercero, y se acercaba ahora a la yegua. Era ésta una ye-

güezuela magra y rojiza, tan débil de patas (al menos en apariencia), que temí verla vacilar de un momento a otro sobre el barranco. El mulo llegó hasta *su hermosa*, y yo me esperaba un abrazo pavoroso sobre el abismo, cuando la yegua, que evidentemente no quería saber nada de aquel amor, se volvió de un bote, y con una fuerza endiablada, de la cual ninguno la habría creído capaz, soltó una serie de pares de coces tan bien dirigidas y potentes, que el mulo retrocedió de improviso, largándose.

Entonces debió de ocurrir algo que del fondo del valle no podíamos ver con exactitud; tal vez la yegua y el mulo chocaron de nuevo; tal vez los grandes maderos, al moverse volviéndose, se atravesaron. Un momento, y los dos animales precipitáronse en el abismo, embrollados y embarazados por aquellos agudos tablones que ahora, con el relampagueo de la caída, parecían siniestros cuchillos; una masa oscura, enorme, que descende dando vuelcos, que brinca, tropieza con la arcilla, trata de desembrollarse y después se precipita aún en medio de un retumbo de rebuznos y de golpazos. La pobre yegua debió de morir de repente. Pero del hondón del barranco, que nosotros ahora no podíamos ver, comenzaron a levantarse de pronto los lamentos del mulo, que pedía ayuda; quejas que duraron casi toda la tarde, mientras las otras bestias permanecían quietas, mudas, en sus puestos, asomando sus cabezas largas sobre el abismo, como aterrorizadas. No era fácil llegar al fondo del barranco. Era preciso dar un largo rodeo, atravesar una zanja, ascender sobre una de las colinas opuestas, enfilear un trozo de camino que descende a otro barranco. Y entre tanto, los lamentos del mulo trepaban por la ladera arcillosa, resonaban en la oquedad del valle, excitando los perros de las caserías lejanas. Sólo hacia el anochecer conseguimos llegar adonde yacía el animal. Se había hundido de mala manera en la tierra, con la cabeza debajo del cuerpo, casi todo desplomado en una especie de fractura

arcillosa. Las dos puntas posteriores de los maderos aún se alzaban derechas. Había perdido tres de las patas. Cuando llegó, finalmente, uno de los conductores con el hacha, creí que fuese para libertar al pobre mulo del agobio de los tablones; pero en vez de esto se oyó el golpe de gracia sobre la cabeza, rematándolo; sólo entonces, en lo alto, las sombras negras de los otros mulos, que habían permanecido quietos, con los hocicos estirados como intentando espiar lo que sucedía en el fondo del precipicio, se movieron, y en el crepúsculo reemprendieron la marcha, lenta e igual.

(Traducido por Juan Antonio de Zunzunegui.)

LA VIDA Y SUS SORPRESAS

POR

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Al Dr. Avendaño, gran cirujano
de pecho.

FUÉ *sacando adelante* todos los hijos; pero cuando llegó al último, Pachique, se rascó el colodrillo, preocupado.

El pueblo, un puerto pintoresco de la costa vascongada, tenía frontón público, y entre la pesca y la pelota, los chicos iban encontrando su acomodo.

Pachique, viudo ya, pensaba en el día en que pudiese dejar el riesgo de la mar, a la que venía dedicándose desde que entró de “cho” en el *Nuestra Señora de Begoña*, por la aplaciente serenidad de tierra.

“Canso, canso, me encuentro” —solía decirse—; “pronto tendré los sesenta y *sinco*, y con el poquísimo que yo tengo *horrao* y el poco que sigan mandando los hijos, *pa* vivir los días de la *vejés*, ya tendré pues...”

Los dos mayores eran pelotaris de punta. El segundo, de lo mejor que andaba por las canchas.

Una foto que le mandaran al padre desde Shanghai colgaba de la pared del comedorcito. Aparecían, con camisa y pantalón blanco, el mayor sentado, con la cesta sobre las rodillas, y el hermano de pie, con la cesta puesta, tendido el brazo a lo largo del cuerpo, y la mano izquierda sobre el hombro del otro.

Pachique solía mirar la foto en los instantes de *meditación*, como él decía, y se le aguaban los ojos.

La única chica, Luisa, había casado con un chirene del pueblo,

vago y borrachín; pero ahora bien contento de ella estaba Pachique: leche como la mejor tenía, y de aña fresca acababa de entrar en una de las casas más ricachonas de Bilbao.

—Suerte, suerte ha tenido ésa, pues —le dijo el marido a Pachique cuando lo supo.

—Ahora visitar tú poco es lo que tienes que *hacer* —le aconsejó el suegro.

Los hombres, a la pelota o a la pesca, y las mujeres, de añas frescas; así se distribuía el censo del pueblo.

La pesca era el oficio menos remunerado y más peligroso... Porque de las añas, de algunas que habían conseguido serlo en casas de ricachos, se contaba luego en el pueblo y no se acababa nunca.

Las pedían siempre casadas, porque son más formales.

“La mujer de Tibursio, el del *vaporsito* del Tuerto; a ésa, cuando terminó de criar, le regalaron un caserío en Guernica, con vaca, chala y *serdos*; y al hijo, a *Tibursín*, le pagaron estudios y le colocaron luego en el escritorio de los señores... Y él, Tibursio, desde entonces no salió más a la mar.”

El cuarto hijo, laborioso y fino, le “anda a la pesca”; pero es el último, Iñaque, el que empieza a ser la preocupación de Pachique. Tiene quince años y es debilote y distraído y por nada se decide.

Cuando de crío, después de la escuela, le mandaba al frontón con la esperanza de que se preparase para pelotari, como los dos mayores, Iñaque se sentaba, viendo pelotear a sus compañeros, sin compartir casi nunca sus juegos. Pero, sin embargo, cuando lo hacía demostraba una rara habilidad.

—¡Si Iñaque tuviese más chichas!... —decían los demás—. Se daba por cierto entre ellos que sería el mejor. Pero a Iñaque le gustaba, más que correr tras la pelota, discutir las jugadas y explicarlas, y hablar de los pelotaris que llevaban mundo adelante la fama del pueblo.

Cierto día le sorprendió su padre un manojo de novelas policíacas. En vez de ir al frontón, supo que se pasaba las horas muertas en la Atalaya, mirando al mar, o hablando con unos viejos que solían contarle sus navegaciones salpicadas de anécdotas distantes.

Después de haber sacado “a puño”, como él decía, todos los hijos, este Iñaque viene ahora a amargarle la vejez con su insustancialidad y su poco amor al trabajo.

Una tarde que el médico pasó por el frontón y le vió explicando un *besagañ*, le dijo luego con sorna a Pachique:

—Ese hijo tuyo, teórico de la pelota te ha salido.

A Pachique, hombre de cortísimo vocabulario, sin embargo, no le hizo mucha gracia lo de teórico.

El trabajo y los años fueron blandeándole, y aquel hijo, el más pequeño, terminó recogiendo su más escogida ternura; por eso no supo emplear con él la dureza que en más de una ocasión le brotara con los otros.

—Vamos, vamos, hijo, ¿ya has *pensao* alguna *ves* lo que vas a *haser*?

—Sí, pues; intendente, como D. José, me gustaría...

Don José era tal vez el personaje más importante del pueblo. Fué pelotari de pala en su juventud, para terminar en Bilbao de intendente del frontón Euskalduna.

Momentos antes de comenzar los partidos, lanzaba, a cara o cruz, un duro al aire, sorteando así el saque de salida. Luego, sentado en una silla en la contracancha, asistido por dos pelotaris, dirimía como juez las jugadas dudosas.

Iñaque, una vez que fué al Euskalduna y vió a D. José en su descansado menester, mientras los pelotaris sudaban desahogados tras la pelota, decidió en aquel punto su vocación. El quería ser intendente.

—Pero D. José fué antes pelotari y guardó bien los cuartos que ganó—le advirtió Pachique al hijo—, y es muy *sorro*, y ya cuando no sirvió *pa* jugar a la pelota es cuando le *hisieron* intendente.

La decisión por ser intendente se hizo en Iñaque más avasalladora cuando se enteró de que D. José era amigo del obispo y del gobernador.

Intendente o nada, pensó Iñaque. El sabía de pelota. Las astucias y habilidades del juego las llevaba en la masa de la sangre. De padres a hijos, en muchas generaciones, el pueblo no diera otra cosa que pelotaris y marinos. Todo lo que fuese violencia o esfuerzo le agotaba. Sería, por consiguiente, intendente. Pero a las intendencias de los frontones se llega, como a los generalatos, por antigüedad o por méritos de guerra.

—¡Ay, hijo, hijo; tú *cansao* me has *nasido*!—le decía melancólico Pachique—. Y el día que yo muera, ¿qué será de ti?...

Iñaque callaba y miraba al suelo.

Su adolescencia fué raquítica y llena de distraídas melancolías. “Los mayores se llevaron el brío y la fuerza, y éste, que es el último, encenque y triste viene”—pensaba Pachique.

El chico fué perdiendo la locuacidad de los primeros años. No era exigente y de cualquier cosa se contentaba. Al faltarle el ímpetu, él mismo fué limitando su horizonte. Como era dócil y su misma debilidad le empujaba a la adulación, se supo hacer querido de todos en el pueblo. Toda agrupación de vecinos necesita unos cuantos hombres vagos y débiles para que los trabajadores y fuertes tengan a quien compadecer y de quien blasmar.

Cuando arribaban las lanchas y los vaporcitos de pesca, Iñaque andaba por la rampa de atraque con un tangarte, y como era amigo de todos, siempre se lo llenaban de pesca.

Tenía ya dieciocho años y una rara habilidad para domesticar pájaros. En abril empezaba a subir al monte a coger grillos, que luego regalaba a los hijos de los patrones de las lanchas.

A veces permanecía sobre la hierba, traspuesto, sin hacer nada, hasta que tomaba el color del paisaje, como si fuese una prolongación de la tierra; luego, el atardecer le devolvía a la realidad, restituyéndole de su apariencia vegetal.

La conmiseración del padre y el trato cariñoso y protector del pueblo le fueron dando a Iñaque el convencimiento de su absoluta inutilidad.

En un puerto pescador se vive con nada, y él meramente vivía.

Por las novelas que lee y los relatos de algunos marinos, se fué encendiendo en Iñaque un afán de lejanías. América fué el sueño que llenó su imaginación.

Un diciembre, por Santo Tomás, cayó enfermo de pleuresía. El médico dijo que aquel chico era muy delicado y que había que cuidarle mucho.

—¡Todo lo que pueda yo ya haré pues..., pero poco puedo—confesó el padre.

Al fin, Iñaque mejoró y se puso bien.

Pachique se solía doler luego en la taberna:

—¡Pobre y sin *salú*; sí que se ha hecho buen viaje este hijo mío!

... Y suspiraba lleno de fatales presentimientos.

Una noche de febrero le tocó el turno a Pachique y murió. Iñaque quedó solo con el mar y la tierra.

La hermana, después de criar al hijo del ricacho bilbaíno, se había establecido allí con el marido.

Un capitán de Mundaca, que hacía viajes a Buenos Aires, amigo de su padre, se llevó a Iñaque de marmitón.

Ya en la Argentina, todo el afán de Iñaque fué encontrar al tío Celso, de quien tantas veces oyera hablar al viejo.

—Ese... el más listo de todos era... A Buenos Aires se fué de chico, y luego casi nunca más hemos sabido de él. Una vez le encontró Juanito *el de la confitera*, y que vivía bien me dijo, con mucho dinero, y que seguía sin casar.

Tan pronto desembarcó en Buenos Aires, se dedicó a buscar al tío Celso.

Fueron vanas todas sus pesquisas. Abandonó el barco definitivamente y se colocó en la tienda de juguetes de un gallego. Se cansó pronto. Al poco tiempo partía para Méjico.

Estuvo empleado en una fábrica de calzado. Después, en una imprenta. Más tarde, con un marqués que se dedicaba a negocios de frontones. Pasó a Cuba mientras el marqués se venía a España, a contratar pelotaris de remonte para un frontón de la Habana. En la Habana no le fueron bien los negocios al marqués y riñeron.

Iñaque saltó a Estados Unidos. Anduvo haciendo el atorrante por el puerto de Nueva York hasta que lo llevaron gravemente enfermo a un hospital.

Una mañana, al médico que le curaba se le ocurrió hacerle una radiografía.

Pocos días después, al despertarse, se encontró con la sorpresa de ver un gran número de señores rodeando su cama.

Eran eminencias de la Medicina, que le miraban sorprendidos.

Luego, uno por uno, fueron felicitándole y estrechándole la mano efusivos.

“Esto es una broma”, pensó Iñaque.

Se acercó el médico de cabecera. Le secó el sudor, le atusó el embozo de la cama:

—¡Oh, es usted un hombre maravilloso!—le confesó mientras lloraba de alegría.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué pasa? —preguntó Iñaque ya molesto.

—Ahora estése tranquilo y no haga movimientos bruscos.

Le arropó bien para que no se enfriase y se retiró.

Iñaque quedó encolerizado:

“Estos tíos me irán a hacer una barbaridad”, pensó. “Esos señores que me han dado la mano, ¿qué pretendían?... No lo entiendo...”

Volvió el médico de cabecera.

—Sosiéguese, sosiéguese usted. Seguramente el *Rockefeller Institute for Medical Research* se quedará con él. Se lo pagarán muy bien.

—¿Pero con qué se va a quedar... y qué es lo que va a pagar bien ese Instituto? —vociferó Iñaque, tirando las mantas y sentándose nervioso en la cama.

—¡Hombre de Dios, el esqueleto!

—¿Pero qué esqueleto?

—¡El de usted!

Se miraron con un gesto de estupor.

—Perdóneme; creí que se lo había dicho. Es usted el hombre de la suerte. Su radiografía ha dado un esqueleto en este momento único en el mundo. ¡Eso que lleva usted ahí dentro para sostener su pobre cuerpo es una mina, amigo mío!

Iñaque se palpó sus escurridas carnes.

—¡Se lo digo yo! ¡Una mina! ¡¡Una verdadera mina!!

—Gracias —contestó Iñaque, no ocurriéndosele otra cosa.

—¡Es usted un “melorreosteósico”..., un melorreosteósico general!

—¡Un me-lo-rre-os-teó-si-co!...

—¡Eso es!

—La melorreosteosis —continuó el doctor— es una rarísima enfermedad descrita por primera vez por André Leri, en el año 1922, con el nombre de Melorreostose, del griego μέλος (miembro) y ρέω (deslizarse, deshacerse). Consiste en una hiperestesis de la diáfisis de los huesos, en forma de gota de cera, formando una serie de rezumantes relieves, como los que forma la cera que se extiende a lo largo de una vela que se va consumiendo. En el caso descrito por André Leri, la lesión comprendía solamente los huesos de una mano y brazo del mismo lado; pero la suya, la suya es una maravilla —le anunció lleno de un sagrado alborozo—; la suya es una melorreosteosis general. Ahora está en pe-

riodo de avance; pero el día que gane todo el esqueleto será un espectáculo nunca visto, una verdadera obra de arte.

Iñaque se dejó caer contra la almohada abatido.

“Estos bárbaros son capaces de asesinar me para quedarse con mi esqueleto” —pensó.

—Usted no se da idea, amigo mío, de lo que es un esqueleto en trance de fundición, como si gotease el enfermo sus propios huesos. Espectáculo único en el mundo el suyo. ¡Único!

Un sudor frío inundó el cuerpo del pobre Iñaque.

—¡Qué suerte la nuestra! —prosiguió el enardecido galeno—. Tener en Nueva York y en nuestro hospital el primer caso de melorreosteosis general... ¡El esqueleto de usted nos pertenece!

Iñaque se puso a gritar pidiendo socorro.

—¡Vamos, cálmese, no se excite! Los Estados Unidos del Norte de América no pueden consentir de ninguna manera que el esqueleto del primer melorreosteósico general abandone el país.

—Yo haré lo que me dé la gana. Mi esqueleto es mío y a mí únicamente me pertenece —vociferó Iñaque.

—Usted se debe a la comunidad, y el Gobierno de la República no permitirá se pierda pieza tan necesaria para el estudio de la ciencia ósea.

Quedaron mirándose: el médico con una gran ternura, Iñaque con una furia incontenible.

—Pero le pagarán bien. Yo le aseguro a usted que le pagarán muy bien. El *Rockefeller Institute for Medical Research* deja siempre contentos a sus vendedores.

El pobre Iñaque creyó morir. Más tarde se abandonó a un semi-sueño. Vió la costa de su país poblada de lanchas, las faldas verdes de los montes, los frontones alegres, las torres redondas de los campariños con su piedra arenisca húmeda... y se le hizo en el pecho una gran congoja.

—¿Cómo saldré de ésta? —pensó.

Una enfermera vino a traerle la comida. El médico estaba presente. Era un banquete lo que le daban.

—Conviene que se alimente usted bien. La melorreosteosis le quemará muchas energías —aconsejó el doctor animándole.

Se le hizo la boca agua. Jamás había tenido el pobre Iñaque entre

dientes una pechuga de *poularde* como aquella. Bebió un vinillo re-
tozón.

Ya bien abastado el estómago, se encontró más seguro. "Después de
todo, esto de la melorreostosis no comienza del todo mal", pensó
mientras se dejaba invadir por un sueño confortador.

Cuando se despertó, el Consejo del *Rockefeller Institute for Me-
dical Research* rodeaba su lecho.

—¡Esté tranquilo, ante todo esté tranquilo!—le aconsejaba el pre-
sidente.

Íñaque abrió la boca y estiró los brazos, a pesar de la presencia del
Consejo del *Rockefeller Institute for Medical Research*.

—¿Qué quieren ustedes?—preguntó despectivo.

El presidente del Consejo habló así:

"El *Rockefeller Institute for Medical Research*, fundado para las
investigaciones de la Medicina que puedan redundar en beneficio de
la Humanidad, ha tenido noticia de su maravillosa enfermedad. Ja-
más se había dado hasta ahora en el mundo un caso de melorreostosis
general. Los americanos del Norte damos gracias a Dios de que este
hecho insólito haya acaecido aquí. Bien es verdad que sólo en Nueva
York pueden ocurrir estas cosas.

"Su esqueleto, señor, se debe desde ahora al progreso, de la Huma-
nidad. Su enfermedad, en trance de desarrollo, según las últimas ra-
diografías, esperamos adquiera con el cuidado y la asistencia del
Rockefeller Institute for Medical Research todo su inusitado esplendor.

"Desde este momento queda usted bajo la protección del Instituto,
quien comprará su esqueleto para poder seguir el proceso de su me-
lorreostosis en las radiografías que se le hagan. Y cuando la enfer-
medad llegue a su final y todo su esqueleto disuelto gotee sus propios
huesos como en una reblandeciente arquitectura de Gaudi, usted de-
berá morir inmediatamente para que el *Rockefeller Institute for
Medical Research*, entrando en la plena posesión de su cuerpo, pueda
estudiar su enfermedad más directamente.

"Ni un minuto más: el día en que a nosotros nos convenga deberá
dejarse morir en seguida."

Íñaque se puso a patear y a insultar al Consejo del *Rockefeller
Institute*; pero un enfermero forzado le sujetó por los pies y otro le
tapó apremiante la boca.

El presidente continuó:

—Se le pagará a usted, en vida, medio millón de dólares por su esqueleto. Y a su muerte, los herederos percibirán un millón.

—Es poco —gritó Iñaque separando de su boca la mano del enfermero.

El presidente del *Rockefeller Institute for Medical Research* consultó con la mirada a sus compañeros. Todos los ojos le enviaron una alegre condescendencia.

—Le daremos a usted un millón, y a sus herederos...

—¡Eso ya no me importa!

—Pero al *Rockefeller Institute for Medical Research* le importa —cortó el presidente golpeando los hierros de la cama—. Y a sus herederos millón y...

Iñaque acabó naufragando en aquel mar de dólares. Se acordó de lo que le solía decir su pobre padre:

“Tú para nada sirves, Iñaque. Pobre, sin bríos y enfermo... ¿Qué será de ti? ¡Ay, hijo! ¿Qué será de ti?”

De vivir ahora, ¿qué hubiese pensado de este millón de dólares que me llega de manera tan misteriosa?...

Y se echó a llorar como un niño.

Le pusieron a su servicio un policía y un médico.

Cuando atravesaban una calle hacían parar toda la circulación. La preocupación del *Rockefeller Institute for Medical Research* era el evitar que muriese de accidente violento, con el grave riesgo de que se rompiese aquel encaje barroco en el que iba floreciendo su esqueleto.

No le dejaban montar en avión, y para trasladarse de un pueblo a otro en ferrocarril le alquilaban un tren especial con una locomotora aviso que iba delante para evitar los choques.

Un día, dentro de la ciudad, su coche tuvo un encontronazo con un camión. El *Rockefeller Institute for Medical Research* se llenó de espanto. El auto que le conducía quedó como un acordeón, pero él no sufrió más que un ligero magullamiento. Le dolió un poco la espalda. Todas las eminencias del *Rockefeller Institute* acudieron presuro-

sas. Se le radiografió en seguida el esqueleto. Al fin, respiraron tranquilos. No era nada. El esqueleto seguía intacto, floreciendo en toda su opulencia. Pero el *Rockefeller Institute for Medical Research*, en vista de los peligros que corría en la ciudad aquella joya, tomó el acuerdo de obligarle a irse a vivir al campo.

Iñaque protestó y dijo que no se iba de Nueva York. Pataleó como un chiquillo y hasta amenazó con suicidarse, tirándose por una ventana, si intentaban llevarle fuera. Pero todo fué en vano. Una noche, mientras dormía, lo cloroformizaron, y cuando despertó lo hizo ya en una hermosa casa de campo.

Una llanada verde se extendía ante sus ojos, vasta y monótona.

Creyó morir de tristeza. Se dió a la meditación con un ardimiento enfermizo. Pensó que de nada sirve la riqueza sin libertad, y se sintió prisionero, envidiando a los mendigos que llamaban a su puerta y que luego se iban camino adelante. Odió su dinero, añorando la vida del pueblo, donde con unas sardinas, un poco de vino y la cama modesta de la casa de su padre, vivió de chico tan feliz.

Maldijo el momento en que se le ocurrió venir a Nueva York. Sólo en este país sensacionalista se descubren estas cosas.

El policía y el médico no le dejaban un momento. Desde que se despierta hasta que se duerme, su vigilancia es de una molesta tozudez.

“¡Señor, por qué no me has dado un esqueleto normal, como el del último ganapán!”, se quejaba el pobre Iñaque en los momentos de agobio.

La melorreostosis seguía su curso. Florecía abundante, vistiendo sus huesos de una pingüedinoso ornamentación manuelina.

Todas las semanas llegaba a la casa de Iñaque el senado de los sabios del *Rockefeller Institute*, y en vista de las radiografías estudiaba al paciente.

Se les alegraba el ojo ante aquella maravilla. Luego de observarle, le daban una palmadita en el hombro y le preguntaban por sus antepasados.

“¡Soy un pobre bicho raro!”, pensaba Iñaque mientras se le llenaba el alma de tristeza.

Le enseñaban dibujos aclaratorios de las radiografías, y un día le regalaron una acuarela de su esqueleto con un marco dorado, muy fino, para que lo colocase a la cabecera de la cama.

Cuando la melorreostosis le ganó ambos omoplatos, lo celebraron

con un banquete. A los postres, el presidente del *Rockefeller Institute* brindó emocionado por la buena marcha de la enfermedad. Las eminencias allí reunidas miraron a Iñaque con una delectación científica.

“El *Rockefeller Institute* —continuó el presidente— es el poseedor de esta única maravilla.”

El pobre Iñaque sintió por vez primera una vanidad mineral. Aquella noche soñó que estaba en su pueblo, mostrando a todos los vecinos desconfiados las radiografías de su esqueleto:

“Mirad, esto vale un millón de dólares, cantidad que no sois capaces de ganar ninguno del pueblo, ni jugando a la pelota ni saliendo a la mar. Los huesos de Iñaque el inútil valen una fortuna.”

Sintió un asco profundo por todos aquellos que más le habían protegido y compadecido de chico, y fué en sueños a quienes más reiteradamente mostró sus radiografías.

Una vanidad ósea le ganó toda la carne. “Otros tienen la riqueza en su masa encefálica, pues yo la tengo en mis huesos, y vamos a ver ¿qué pasa?” —gritó contra un acusador invisible.

A la mañana siguiente se despertó desesperanzado.

Conforme la enfermedad fué progresando, redoblaron su vigilancia y cuidado.

No le dejaban bajar las escaleras de casa corriendo por miedo a un accidente. Le hacían sentarse lejos de las puertas, temerosos del aire colado. No le consentían el uso del cuchillo, tijeras ni otros artefactos punzantes, para evitarle ocasiones de suicidio. Le prohibieron los ejercicios violentos, y hasta zambullirse en la mar, y le vigilaban los baños de agua caliente. Por último, le hicieron retirarse de la bebida, a la que era extremadamente aficionado.

Añoró el tiempo en que vivió de vago por el pueblo, haciendo su santa voluntad.

“Mi vida es un infierno” —pensó el pobre Iñaque.

Deseó la muerte, como alivio dulce, pero jamás gozó de más equilibrada salud.

De noche, a cualquier hora que se despertase, estaba siempre alerta el enfermero de turno.

En este estado de ánimo recibió la noticia de la muerte del tío Celso. Había fallecido dejándole heredero de toda su fortuna. Fincas, pozos de petróleo en Guatemala, etc. Un capital inmenso.

En cuanto entró en posesión de sus riquezas convocó al *Rockefeller Institute for Medical Research*.

—Señores—les dijo emocionado—, aquí tienen ustedes su millón de dólares. Espero que en pago me devuelvan ustedes mi libertad de acción.

—¡Guárdese eso! El *Rockefeller Institute for Medical Research* no es una lonja de contratación! —le replicó airado el señor presidente.

—¡Les daré dos millones!

Los sabios del *Rockefeller* se miraron sonrientes.

—¡Tres!!

Ahora negaron con la cabeza.

—¡¡Toda mi fortuna!!!

—Vamos, cálmese, no se altere—tranquilizó el señor presidente.

El pobre Iñaque quedó anonadado, sin habla.

Cuando su melorreosteosis alcanzó la pelvis, su avance se motorizó por las pistas de los fémures. Las radiografías (ahora se las hacían a diario) señalaban su impetuoso y florido descenso. Al llegar a los goznes de las rodillas, el *Rockefeller Institute for Medical Research* le regaló un aparato de radio y un frigidaire, últimos modelos. El frigidaire hacía unos mantecados que al chuparlos daban música europea, y el aparato de radio ofrecía unos conciertos que sabían a fresa y a vainilla.

Pero ni con estas delicias americanas consiguieron sacar al pobre Iñaque de su abatimiento.

Sin embargo, al poco tiempo se operó un gran cambio en su actitud.

Se le vió por primera vez contento y satisfecho. Empezó a contemplar sus radiografías con verdadera delectación. Seguía su enfermedad como quien sigue una carrera de caballos. Fué marcando los avances con fruición de jugador o de estratega.

Vivió aquella temporada en verdadero melorreosteósico, en hombre que cumple con orgullo un gran destino; destino de gran enfermo.

Los sabios del *Rockefeller Institute for Medical Research* se llenaron de asombro.

El presidente, sacudiendo su cejijunta cabeza, exclamó:

—¡Más vale tarde que nunca!

—¡Más vale! —asintieron los demás sabios.

Se pasaba lo mejor del día tumbado en una otomana. Al anoche-

cer se erguía un poco para jugar al tute con el radiólogo. Después de la cena contemplaba las radiografías antes de dormir. Luego, descansaba satisfecho.

Cuando la melorreosteosis le llegó a ambos calcáneos, el presidente del *Rockefeller Institute for Medical Research* le gritó emocionado:

—¡Esto toca a su fin!

Y le extendió la última radiografía.

Iñaque, al contemplarla, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué maravilla!

... Y volviéndose al presidente:

—¡Usted me dirá cuándo debo empezar a morirme!

—No se apure.

Cuando la melorreosteosis le encollaró el dedo gordo de cada pie, el presidente exigió:

—¡Ahora!

Iñaque contempló unos instantes su última radiografía.

Le bañaba los ojos una luz creadora. Tomó una cuartilla y dictó su última voluntad. Luego, volviéndose hacia el Consejo del *Rockefeller Institute for Medical Research*, le pidió:

—Trátenmelo ustedes bien...

(Se refería al esqueleto.)

... Y se murió.

Todos los periódicos de Nueva York hablaron del hombre insólito que acababa de morir, dando su foto y la primera y la última radiografías.

Las radios le hicieron nacer en una aldea apartada del distrito de Kansas, hijo de un cura anglicano y de una campesina del país.

En cines y revistas se aireó durante unos días su esqueleto.

El *Rockefeller Institute for Medical Research* recibió cientos de miles de felicitaciones.

El día de la autopsia se declaró fiesta nacional en todas las Universidades del país.

Pero veamos cuáles fueron los últimos deseos del cuitado Iñaque.

Decía así el testamento:

“Dejo todos mis bienes a los pobres de mi pueblo, y les aconsejo que nunca pierdan la confianza en sí mismos. Dios aprieta, pero no ahoga, y cuando menos se piensa resulta que uno es un melorreosteósico.

"Nada hay completamente inútil ni despreciable. El secreto está en dar con la vena escondida de cada uno.

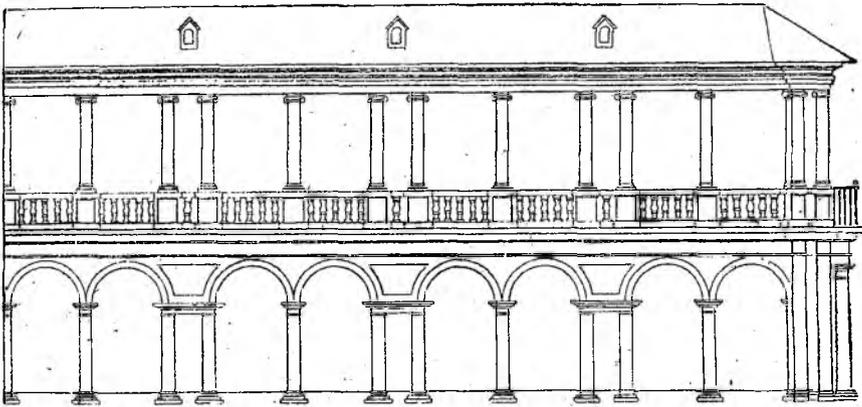
"Hay una Providencia que vela siempre cerca de los hombres y de los pueblos para evitar su total deshacimiento. Frente a su aparente dislocación, el mundo es una gran armonía. Que cada cual de vosotros sepa dar con *su papel* y *su puesto* y los acepte alegremente.

En los momentos de más desesperanza, sed optimistas."

Los pobres del pueblo cogieron el dinero que les correspondió y no leyeron estos consejos, a pesar de la profusión con que se repartió el testamento.

Sólo una madre que llevaba diecisiete años esperando la entrada de la lancha en que su hijo saliera a la mar, lo leyó... y se le encendieron las entrañas.

Que yo sepa, el país vascongado no ha vuelto a dar ningún otro melorreosteósico.



Notas y Libros

NOTAS: *Hechos de la Falange; El español en Filipinas*, por Julio Palacios; *El poeta P. de La Tour du Pin*, por Antonio Marichalar; *Un drama político*, por Emiliano Aguado; *Sobre Leopoldo Lugones*, por Leopoldo Panero; *Peripetia poética de lo heroico español*, por Manuel Muñoz Cortés; *Vida cultural*. — **LIBROS:** *La poesía de Gerardo Diego*, por José M.^a de Cossío; *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI-XVII*, de Carmelo Viñas y Mey; *Eduardo VII*, de Andrés Maurois; *La valoración del Greco por los románticos*, de Xavier de Salas; *Los Muertos*, de James Joyce; *Las Quintaesencias*, de Chesterton; *Arte y Vida; L'Eminence grise*, de Mgr. Grente.

NOTAS

HECHOS DE LA FALANGE

DOS acontecimientos nos cumple señalar, ambos relacionados con la actividad política de los sectores más jóvenes de la Falange: el Frente de Juventudes y el Sindicato Español Universitario. Uno y otro de la mayor importancia para el desarrollo normal de la política nacionalsindicalista.

En la Academia de Mandos del Frente de Juventudes dirigió la palabra a los futuros instructores el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo y Garay. Las palabras del pastor, por la ocasión y el concepto, tienen la mayor importancia política. Es la primera vez que una jerarquía episcopal declara la catolicidad esencial de la Falange con palabras tan indudables como éstas: "En la mente de José Antonio y en sus escritos, la Falange está impregnada de verdad y de virtud católicas; por eso proclamaba la austeridad de la conducta y el sentido religioso de la vida; por eso, al desear un Estado fuerte, autoritario, totalitario, deja a salvo la libertad individual, escudándola con el dogma". Todo el discurso del Dr. Eijo está transido de amor y conocimiento de nuestro pensamiento y de nuestra obra, así como de admirable comprensión para nuestra labor política y social, cuyo contenido —destacó— coincide con las palabras pontificales proclamadas en las Encíclicas.

ESCORIAL se honra recogiendo la noticia de este importantísimo discurso de nuestro Obispo, cuyas últimas palabras, dirigidas a los futuros instructores del Frente de Juventudes, queremos recoger en toda su integridad: "... haced sentir el santo orgullo y la grave responsabilidad de ser español, que es, según José Antonio, *una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo*. ¡Ojalá logréis que la juventud española convierta en expresión de la realidad el consagrado grito, cifra de nuestros deseos, de nuestras esperanzas y de nuestras glorias. ¡Arriba España!"

EL segundo acontecimiento lo constituye el V Consejo del Sindicato Español Universitario, celebrado en el Paraninfo de la antigua Universidad Complutense, cobijados los congresistas bajo la sombra y el recuerdo admirables de Cisneros.

Tomaron parte en este V Consejo Nacional, además de los jefes, delegados nacionales, delegados de distrito y demás representantes de las distintas secciones del Sindicato, las más relevantes figuras de la política y de la cultura.

Todos los problemas relacionados con la vida universitaria fueron tratados, estudiándose las soluciones posibles más urgentes e importantes. Entre ellos, muy principalmente, los relacionados con el paro intelectual y con la pendiente reforma de los planes de estudio, así como la ayuda que el S. E. U. pueda prestar a los obreros superdotados, aptos para los estudios facultativos.

El acto de clausura fué presidido por el ministro secretario general del Movimiento, camarada Arrese, con asistencia de los ministros de Educación, Agricultura e Industria y los vicesecretarios general y de Educación Popular.

El camarada Arrese hizo un profundo estudio de la vida universitaria bajo el liberalismo, señalando qué es lo que debe ser la Universidad nacionalsindicalista, cuya misión es "romper el viejo molde de monotonía orgánica del siglo XIX y hacer que la Universidad forje, a la par que profesionales, espíritus educados para la vida, fuertes de cuerpo y de alma, con la fe puesta en ideales que empiezan en la concepción católica de nuestra historia y llegan a la prestancia y a la agilidad física".

En todo momento, a lo largo de las sesiones del Consejo, estuvo presente la memoria de los camaradas universitarios que, abandonando el libro por el fusil, combaten en las nevadas estepas de Rusia. A ellos hizo referencia el camarada secretario general cuando, al finalizar su discurso, habló de "una ausencia que es dolor y es orgullo", añadiendo a continuación que "mientras en esta Universidad estamos reunidos en vigilia de estudio, dos mil camaradas vuestros, con sus jefes nacionales a la cabeza, están en vigilia de armas sobre la noche helada de los campos rusos".

POR encima del estruendo guerrero que llena todo el cercano Oriente nos llega una noticia agradable. En los momentos en que todas las naciones tienen pendiente de un hilo su existencia y el pleito se ventila a cañonazo limpio, cuando nada importa si no es el medio más rápido y eficaz para convertir en escombros el país enemigo y en piltráfas los ejércitos adversarios, hay un pueblo excepcional que, aun viendo su porvenir en entredicho, encuentra lugar para preocupaciones puramente espirituales. Nos referimos a Filipinas, capullo de la Hispanidad en trance de convertirse en flor exuberante. La grata nueva es ésta: la Asamblea Nacional de Filipinas ha aprobado por unanimidad el proyecto de ley de Azanza para la enseñanza obligatoria del español en las escuelas secundarias, lo cual significa que muchos millares de niños filipinos, de uno u otro sexo, aprenderán nuestro idioma durante cuatro años.

Es probable que muchos de mis lectores tengan la creencia de que el caso de Filipinas es análogo al de Cuba, y preveo que quienes están en tal caso, más que alegría, han de experimentar sorpresa al enterarse de la disposición del Parlamento filipino. Me apresuro, pues, a decir que nuestra colonización en las Islas Filipinas tuvo caracteres esencialmente diferentes de los que tuvo en América. Al Nuevo Continente llegó una corriente emigratoria que desalojó al elemento indígena o se fundió con él; el español pasó a ser el idioma único, y no hay cuestión lingüística ni siquiera en los países que, como Cuba y Puerto Rico, cayeron bajo la esfera política de los Estados Unidos. En Filipinas, por el contrario, la afluencia de españoles fué muy escasa, y, por otra parte, la raza malaya impone tan fuertemente sus caracteres, que puede decirse que en la actual población filipina (que llega ya a los dieciséis millones) un mínimo tanto por ciento tiene rasgos que delatan la sangre española. Y algo de lo sucedido en el aspecto racial ocurre en el terreno lingüístico. El español no llegó nunca a ser el idioma general de Filipinas. Llevamos allí nuestra religión, nuestra cultura y nuestro modo de ser; pero no logramos hacer popular nuestro idioma. Este modo de proceder, tan en contraste con lo hecho en América, ha sido muy discutido, y no es cosa de renovar ahora la disputa; mas sí es ocasión de decir que el mismo hecho, con caracte-

res muchísimo más marcados, se presenta en todas las colonias orientales. En Java, en Sumatra, en Borneo y en todo el inmenso imperio oriental británico son perfectamente desconocidos los idiomas de las naciones dominadoras. En puertos cosmopolitas como Colombo y Singapur no hablan inglés más que los blancos, los intérpretes de los hoteles y los policías.

Ocurrió en Filipinas que los misioneros, acuciados por la divina impaciencia que es esencial en su vocación, aprendieron rápidamente los idiomas indígenas y escribieron vocabularios y gramáticas para mejor cumplir su labor evangelizadora. Más adelante se enseñaron las gramáticas vernáculas en los Institutos de Segunda Enseñanza, con lo cual los idiomas primitivos de Filipinas, ya ricos de por sí, adquirieron un grado completo de perfección, y ahora existe una prensa y una literatura en idiomas indígenas que nada deja que desear. Por este procedimiento se consiguió, además, que no hubiera prácticamente analfabetismo. El español era el idioma de la clase culta, el de los que se educaban en buenos colegios y estudiaban luego una carrera en la Universidad de Santo Tomás.

Es indudable que la gran obra realizada por España en Filipinas se interrumpió cuando ya sólo faltaba recoger el fruto. En lo que al idioma se refiere, puede afirmarse que la nueva generación hubiese sido toda ella de habla española, pues había ya elementos suficientes para saciar el ansia que siempre tuvieron los filipinos de aprender nuestro idioma. En prueba de esta afirmación, recogemos algunos datos del admirable y documentado discurso pronunciado por D. Antonio M. Abad con ocasión de su ingreso en la Academia Filipina, correspondiente de nuestra Real Academia Española de la Lengua, el día 19 de noviembre de 1938. Don Antonio M. Abad, educado ya bajo el pabellón norteamericano, constituye uno de los casos de jóvenes filipinos que vienen a reforzar las filas de la vieja guardia defensora del idioma español desde los escaños de la Academia Filipina. Acude a la palestra admirablemente pertrechado, y de ello da pruebas elocuentísimas en el aludido discurso, en el que no se sabe qué es más admirable, si los primores gramaticales o el brío y entusiasmo que pone en la argumentación. Sostiene la tesis de que el idioma español, vehículo misionero, instrumento de cultura y mensajero de paz por todo el orbe, "tiene un destino histórico en la civilización de los pueblos, y que este destino, que ya se ha cumplido o se está cumpliendo

en las veinte repúblicas de la Hispano-América, se ha truncado bruscamente en Filipinas, pero debe cumplirse también”.

He aquí un primer testimonio de tal aserto que, por proceder de un encargo hecho por el Gobierno de los Estados Unidos a raíz de su guerra contra España, no podrá tildarse de parcial a favor nuestro.

En la *Colección de datos*, publicada por la Compañía de Jesús en 1900 a instancias y por encargo del Gobierno americano, figuran estos interesantes detalles relativos a la enseñanza pública en Filipinas: que a las poblaciones de cinco mil almas se dotaba de una escuela, y a las de diez mil, de dos escuelas; o sea una escuela por cada cinco mil almas; que las escuelas se dividían y clasificaban, según su importancia, en escuelas de entrada, que eran las que funcionaban en los pueblos de cinco mil habitantes; de ascenso, las establecidas en las poblaciones de diez mil; de término de segunda clase, las situadas en pueblos de más de veinte mil, y de término de primera clase, las comprendidas en el radio municipal de Manila. Todas eran sufragadas por el Erario público y regentadas por maestros y maestras con título obtenido en las Escuelas Normales. A fines de 1897, o sea cuando la soberanía española estaba a punto de cesar, había en Filipinas 2.167 escuelas, en las cuales se educaban, por término medio, más de 200.000. La *Colección*, al hablar de los resultados obtenidos con estas escuelas públicas, dice lo siguiente: “Por estos medios se consiguió que no hubiese agrupación que careciese de la conveniente instrucción rudimentaria, que en los últimos años se propagara rápidamente el idioma castellano y que, en la opinión de muchos conocedores de Filipinas, el número proporcional de los que en este Archipiélago sabían el Catecismo, leer y escribir superaba al de varios países más civilizados de Europa.

La llegada de los yanquis produjo un alto en esta marcha ascendente. Puede decirse que la labor cultural de los Estados Unidos ha consistido, fundamentalmente, en obligar a los filipinos a que aprendan, mal o bien, el inglés, gastando para ello del 25 al 30 por 100 del presupuesto de la colonia. Consideran analfabeto a todo el que no lee y escribe esta lengua, y, según las últimas estadísticas, sólo han logrado su propósito con el 50 por 100 de la población, con lo que se da el hecho paradójico de que el forzado aprendizaje del inglés ha provocado un aumento aterrador de la masa analfabeta. Como no había maestros para enseñar el nuevo idioma, hubo que echar mano de

la soldadesca licenciada, y si el inglés medio de América deja mucho que desear, el de los mercenarios alistados para una guerra colonial era abominable. Tanto, que los propios filipinos se dieron cuenta de ella y sustituyeron por aborígenes aquellos maestros yanquis que Blasco Ibáñez, en su superficial visita, encontró admirables porque se afeitaban y vestían de smóking blanco a la hora de comer.

Con la enseñanza en inglés, y contando esta lengua con el poderosísimo auxilio del cinematógrafo y de las revistas y libros que se ofrecen por doquier en puestos y en librerías lujosísimamente montadas (en nueve millones y medio de dólares se cifra la importación anual de papel impreso), era de temer que el español fuese rápidamente barrido de las islas. No ha sucedido esto, sin embargo, y el milagro se debe, en primer término, a que, como hemos dicho, la clase selecta es todavía de habla española, y no es posible suprimir nuestro idioma ni en el Parlamento, ni en los Tribunales de Justicia, ni en los diversos ramos de la Administración. Además, todos los literatos filipinos han escrito en español, lo mismo que los héroes de la independencia, y la desaparición de nuestro idioma representaría la pérdida de una gloriosa tradición cultural, única entre los pueblos malayos. Finalmente, se ha despertado entre los filipinos un sentimiento de cariño hacia España. El resultado de todo ello, y aduzco el testimonio del P. Silvestre Sancho, rector de la Universidad de Santo Tomás, de Manila, es que el español se habla ahora en Filipinas más que nunca. La situación actual puede resumirse del siguiente modo: el pueblo habla solamente el idioma local, a excepción de los jóvenes, que han aprendido en la escuela a chapurrear el inglés. Los graduados en la *University of Philippines*, que sólo aprendieron el inglés, se quejan de que en el ejercicio de su profesión tropiezan con enormes dificultades por no saber español, y piden que se les enseñe de modo que les sea posible hablarlo correctamente. Los políticos y hombres de negocios han aprendido el inglés y, juntamente con los alumnos de la Universidad de Santo Tomás y con todo el clero, forman la mayoría de la clase culta, que es trilingüe, porque habla el español, el inglés y un idioma vernáculo, cuando menos. Además, los españoles saben el inglés, y la mayoría de los norteamericanos establecidos en las islas ha aprendido el español.

Del arraigo logrado por el español en Filipinas entre la clase cul-

ta da idea la siguiente afirmación, debida al diputado Sr. Lavides al discutir la ley que motiva este artículo:

Yo afirmo que hoy día está más difundido el castellano que antes. Aquí mismo, en esta Asamblea, si hablo el inglés, se levantan dos o tres diputados para pedir que hable en castellano, porque no hay intérprete; pero si hablo en castellano, todos entienden, aunque no haya intérprete.

El ya complicado problema se embrolló más aún por el deseo natural de poseer un idioma nacional; la dificultad procedía, no de la escasez, sino de la abundancia de soluciones posibles, pues había que elegir entre idiomas igualmente perfectos y extendidos, como son el tagalo, el bisaya, el ilocano, el pangasinango, el ilongo y otros varios. El pleito no se ha resuelto hasta estos últimos años, y la decisión recayó a favor del tagalo, que es enseñado ya en todas las escuelas filipinas.

Siendo el español patrimonio de los que se educaron en la Universidad o en buenos colegios, es natural que se hable bien, mejor, desde luego, que en muchas regiones españolas. La pronunciación, como es natural, está influida por los idiomas aborígenes, y sea porque las fonéticas son similares o porque nuestro idioma tolera estas influencias, el español en boca de los filipinos resulta dulce y agradable. Vocalizan muy bien, pronuncian perfectamente la *c* y la *s*, la *ll* y la *y*, y los adultos instruidos han logrado vencer la máxima dificultad con que tropieza todo malayo al aprender un idioma europeo: pronunciar la *f* y distinguirla de la *p*.

La pureza de nuestro idioma está garantida por una Academia de la Lengua cuyos miembros hablan y escriben a la perfección. En las Universidades hay departamentos de Lengua y Literatura españolas, con ejercicios de declamación y de composición, y, finalmente, la radio emplea alternativamente el inglés y el español y lo hace en forma irreplaceable.

Hay en Filipinas periódicos en español, en inglés y en cada uno de los varios idiomas vernáculos. Hasta hace poco predominaban los españoles, pero la supremacía está ya en manos de los ingleses, y ha empezado una decadencia tan rápida de los nuestros, que el porvenir de los viejos periodistas de habla española se presenta con tonos sombríos. Gracias a los grandes esfuerzos de la colonia española se mantienen todavía dos grandes periódicos: *El Debate* y *La Vanguardia*.

Con el precedente bosquejo podemos ya formar idea de lo que

significa el proyecto de ley de Azanza para el porvenir del español en Filipinas. A su discusión en la Asamblea Nacional fueron dedicadas tres grandes sesiones los días 8, 9 y 10 de mayo último, y con tal motivo se pronunciaron discursos que merecen ser conocidos en todos los confines de la Hispanidad, porque los oradores, hasta los que consumieron turnos en contra, rivalizaron en expresar su entusiasmo por el habla española, y porque con tal motivo exteriorizaron en forma elocuentísima su gratitud y cariño hacia la vieja Madre Patria.

Actuó como ponente el diputado D. Norberto Romuáldez, quien hizo gala de sus espléndidas dotes oratorias. Tras de ensalzar la hermosura de nuestra lengua, da, como principal argumento, la deuda de gratitud a España, y refuerza su argumentación con este bello párrafo de D. Quintín Paredes:

Nosotros los filipinos no nos olvidamos de aquella Madre Patria que nos trajo la civilización occidental, que ha hecho de este país el único cristiano del Oriente. Nuestra natural inclinación nos fuerza a conservar este sentimiento de simpatía, que es la base de nuestras relaciones espirituales con los pueblos de habla hispana y que desde hoy debemos desenvolver.

Aduce luego otra razón de orden sentimental: el apego a la tradición filipina, que expresa con frases de D. Vicente Lazo, diputado por Ilocos:

Nuestros principales libros, aquellos que están escritos por nuestros héroes y pensadores, lo están en castellano. La juventud filipina debe leer estos libros en el lenguaje en que fueron escritos, y, por lo tanto, deben saber el castellano. Las obras de Rizal y otros libros de gran importancia para los filipinos están escritos en español. Todos nuestros jóvenes tiene derecho a leer estos libros, y por eso se les debe dar oportunidad de saber leer ese idioma.

Finalmente, para que el razonamiento sea completo, muestra la utilidad del español con el siguiente párrafo, debido también a Quintín Paredes:

Sería una desgracia el dejar que desaparezca o muera el castellano en Filipinas. Digo esto por varias razones, aparte de que el castellano es un lenguaje de cultura mundial, por su creciente importancia en el mundo hoy día con el florecimiento del mercado de Suramérica, motivo por el cual hasta los Estados Unidos tratan de extender su conocimiento entre los ciudadanos norteamericanos; cerraríamos

los ojos a la realidad si, teniendo en nuestras manos la facilidad de aprender este lenguaje, y dado el conocimiento que de él se tiene en nuestro pueblo, dejáramos que un medio utilísimo que ya tenemos a nuestra disposición se malogre, cuando bien podríamos mejorarlo y perfeccionarlo para nuestra ventaja propia, para cubrir la necesidad que tendremos de trabar relaciones con el mundo exterior cuando seamos independientes en 1946.

Y resume así su largo discurso:

Digo, Señor Presidente y Señores Diputados, que el castellano es lengua bella, rica, flexible y sonora, conservada con cariño y gratitud por los filipinos, adaptada y asimilada a sus propios dialectos y de suma importancia y utilidad en el porvenir de nuestro amado país, que la desea y añora con ansia.

Planteadas la discusión en estos términos, el éxito estaba ya descontado. La oposición se redujo a poner reparos de orden secundario, tales como el temor de gravar excesivamente el Presupuesto o de que el aprendizaje simultáneo de tres idiomas, español, tagalo e inglés, fuera intolerable para las mentes infantiles. El Sr. Lavides, que habló en correcto español, fué quien dirigió la oposición, a pesar de lo cual son suyas las siguientes palabras:

Aunque me he criado y educado en inglés, desde la clase primaria en las escuelas públicas hasta el colegiado en la Universidad de Filipinas, profeso un amor intenso al idioma de los Quevedo y de los Pereda.

Y añade luego:

... después de cuatrocientos o quinientos años de convivencia con los españoles, nos hemos amoldado tanto a la espiritualidad española, que no solamente en nuestro modo de pensar, sino también hasta la parte anatómica de nuestro cuerpo que corresponde al lenguaje se ha adaptado al lenguaje castellano de tal forma, que con un poco de empeño los filipinos llegan a saber y usar el castellano, a poseer el castellano.

Otro de los diputados de la oposición, el Sr. Sanidad, objetó que la nueva ley era innecesaria, porque ya se prevé en la vigente que ha de enseñarse el español a todos los alumnos que lo soliciten, y se expresó en los siguientes términos, que traduzco literalmente del inglés:

Yo sería el último en oponerme a este proyecto, porque me considero desgraciadísimo, el más desgraciado de esta Asamblea, por no

haber tenido el privilegio de aprender el hermoso lenguaje de Castilla, y tengo que dirigirme en inglés al caballero diputado por Tayabas.

La discusión, pues, no podía ser más halagüeña para nosotros, y se dió el caso curioso de que uno de los más acérrimos partidarios del español, el Sr. Soliven, hizo su elocuentísima defensa en correcto inglés. Todo su discurso, en el que rebatió admirablemente las objeciones de sus adversarios, merecería ser traducido y divulgado, pero su gran extensión nos obliga a entresacar algunos períodos. Dice el Sr. Soliven:

Desde el punto de vista histórico, cultural y comercial, el conocimiento de la lengua española es de la mayor importancia y redundará indiscutiblemente en provecho nuestro.

El conocimiento del español, lengua que dominan no sólo nuestras clases directoras, sino la flor y nata del mundo intelectual filipino y gran número de nuestros compatriotas, nos abre un tesoro cultural inagotable. No sólo es la lengua de nuestra antigua metrópoli, sino la de veinte repúblicas hispano-americanas. El mundo comercial la usa con mayor extensión que cualquier otro idioma, si se exceptúa el inglés. Además, es la lengua en que se expresó y propagó el nacionalismo filipino, y gracias a ella fué posible la unificación y solidaridad de las Filipinas en las primeras centurias.

Al principio no éramos más que entidades políticas aisladas, independientes unas de otras y sin cohesión de ningún género. El español fué el medio práctico y eficaz que reunió los diferentes grupos de nuestro pueblo y les reveló la unidad de nuestro origen y raza y la comunidad de nuestro destino. En español escribieron Burgos, Rizal, Mabini, los Del Pilar, los Luna y todos los caudillos de las pasadas generaciones... El español está íntimamente vinculado con la epopeya de nuestras luchas por la libertad. Constituye parte esencial de la tradición y de la propia existencia de la nación filipina.

Desde el punto de vista cultural, Filipinas es la feliz combinación de tres grandes civilizaciones: la oriental, la latina y la anglosajona. La incomparable trilogía que constituye el patrimonio del pueblo filipino se completa con la civilización latino-española, que representa lo más encumbrado del pensamiento humano, en cuyo idioma encontraron la Filosofía y la Literatura clásicas su más exquisita y acabada forma de expresión y que trajo a nuestro país la inefable ventura del Cristianismo.

Relaciona luego la cuestión lingüística con los problemas que se

plantearán a Filipinas el día, ya muy próximo, en que, libre de la tutela de los Estados Unidos, tenga que organizar su comercio exterior, y dice:

Hemos de afrontar la situación con el convencimiento de que el medio más eficaz para resolver el problema de nuestras exportaciones es el desarrollo de relaciones comerciales con las repúblicas hermanas de América... En vista de esto, es importante que estudiemos, cultive-mos y usemos el idioma español como el medio de expresión en las relaciones comerciales con estos países.

A los bien concertados discursos de Romuáldez y de Soliven, llenos de doctrina, siguen las preguntas de la oposición, todas ellas en torno de si será o no soportable la carga financiera.

Todavía intervienen en pro los diputados Sres. Orense y Hernáez, y en contra, el diputado por Zamboanga, Sr. Alano. La discusión baja lamentablemente de tono, hasta que el diputado por Cebú, Sr. Cuento, la remonta a gran altura. Su discurso es una síntesis admirable de la Historia de España, y nadie podrá leer sin emoción los siguientes párrafos:

El castellano no es un idioma extranjero en Filipinas. Forma parte de nuestra propia civilización, de nuestras costumbres, de nuestra idiosincrasia, de nuestra manera de ser y de nuestros anhelos e ideales. Está vinculado con nuestras luchas libertarias, nuestra revolución y nuestras demandas de independencia y gobierno propio. Gran parte de lo granado, de lo más recio y luminoso de cuanto el genio de la raza produjo, está escrito en castellano. De él se valió Rizal para escribir sus novelas Noli Me Tangere y El Filibusterismo y para magnificar en El Ultimo Adiós su ideología patriótica y sublime con trágica y conmovedora ternura. Lo usaron Del Pilar, López Jaena, Mariano Ponce y otros que abogaron por reformas políticas durante el pasado régimen; Mabini, el filósofo de la era revolucionaria, y los redactores de la Constitución de Malolos. En castellano se expresaron Osmeña, el estadista que dirigió la Asamblea Filipina; Quezón, el prodigioso polemista y caudillo político dinámico; los preclaros tribunales Adrático, Dominador Gómez, Recto y Briones; los poderosos dialécticos Paredes, Sumulong y Filemón Sotto; los pensadores Ramón Torres y Pedro Aunario; el fácil y sugestivo cronista Francisco Varona; los galanos escritores Epifanio de los Santos, Manuel Ravago, Antonio M. Abad y Guillermo Gómez; los insignes juristas Arellano, Araullo, Mapa,

Del Pan, Araneta, Ortigas y Avanceña, y los escritores nacionalistas de la época post-revolucionaria Rafael Palma y Teodoro Kalaw. Igualmente están escritas en castellano las poesías conceptuosas de Cecilio Apóstol, las líricas de Fernando Guerrero, las sobriamente elegantes de Claro Mayo Recto, las inspiradas de José Palma y Jesús Balmori, las patrióticas de Manuel Bernabé y de Flavio Zaragoza Cano. Díjese que el filipino, de suyo artista y sentimental, encuentra el habla de Castilla singularmente plegable a las graciosas curvas de su pensamiento y adaptable a trazar las creaciones de su viva imaginación.

Sería un crimen de lesa patria suprimir el castellano en Filipinas. Suprimidlo, y de una plumada borráis el Congreso de Malolos, las leyes-decretos de la República Filipina, el diario de Sesiones de la Asamblea Filipina y casi todo cuanto en la tribuna y en la prensa, antes de 1922, se ha propugnado por nuestro progreso y emancipación. Sin el castellano, mutiláis la cultura filipina y la dejáis incoherente y sin sentido.

Enumera luego las ventajas que letrados, médicos, pensadores, sociólogos, arquitectos y artistas obtendrán del conocimiento del español, y luce su erudición en párrafos como éste:

El creyente satisface plenamente sus ansias místicas en las obras de Teresa Rodríguez de Cepeda y Ahumada (en religión, Santa Teresa de Jesús), San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, fray Luis de León y fray Luis de Granada, en que el alma, en un glorioso batir de alas, escala las cumbres de la oración y se extasía en la contemplación de la Suprema Hermosura del Dios Infinito. El que anhela formar su carácter y perfeccionarlo, lecciones halla en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, portentoso genio organizador y profundo conocedor de la naturaleza humana.

De la comparación entre nuestro modo de proceder y el de los colonizadores norteamericanos resulta a nuestro favor un complejo de virtudes que el orador expresa en los siguientes términos:

Una ráfaga de positivismo crudo sopla por las tierras nativas; el deseo de bienestar personal se antepone en nosotros a la dignidad; son comunes las claudicaciones y escasean los hombres de recia fibra moral, con independencia de criterio y coraje para criticar abusos y demasías. En medio de este naufragio de valores espirituales urge sustituir la personalidad del abogado Pasta por la del hidalgo español, cuyo concepto del honor es elevado, superior a mezquindades y

egoísmos. Y cuando veamos que nuestra fe nacionalista sufre vacilaciones y desmayos, inspirémonos en la gloriosa epopeya de la resistencia de más de seiscientos años de España contra los árabes y en el levantamiento de España contra Napoleón Bonaparte en 1808, el primer revés que sufrió el genio militar más grande del siglo pasado. En la patria de los santos e hidalgos es innato el sentimiento de rebeldía contra los déspotas y tiranos.

Los partidarios de la enseñanza obligatoria del español ganaron la batalla. El proyecto de ley fué aprobado por unanimidad, y estaría ya en vigor si el gobernador norteamericano no hubiese puesto el veto. Esto significa que el proyecto ha de volver al Parlamento, y si, como parece seguro, es ratificada su aprobación, pasará automáticamente a ser ley.

La nueva disposición, caso de ser aprobada, tendría una influencia enorme sobre el porvenir de nuestro idioma en Filipinas. Abandonado a sí mismo, estaba condenado a desaparecer, como ha ocurrido siempre a los idiomas faltos de arraigo popular. Si bien el español es lengua familiar todavía en muchos hogares filipinos, estaba condenado a convertirse en una lengua culta y de buen tono, como el latín entre los renacentistas o como el francés en la Corte inglesa medieval. Al ser declarado obligatorio en las ciento veinte escuelas secundarias, la cuestión cambia de aspecto, y podemos entrever perspectivas halagüeñas, sobre todo si desde aquí prestamos el debido apoyo a nuestros fervorosos amigos de Filipinas. El Consejo de la Hispanidad es el órgano indicado para trazar y realizar un plan para la propagación del español en Filipinas. Sin pretender ni siquiera bosquejarlo, me atrevo a señalar algunas posibles orientaciones.

Durante la discusión a que me refiero más arriba, se lamentaron muchos diputados de que en Filipinas no hay libros españoles. El Sr. Oppus dice que para adquirir libros españoles, que antes se vendían baratísimos, hay que pagar ahora precios prohibitivos. "... no encontramos obras de nuestros eminentes compatriotas escritas en castellano. Por ejemplo, las obras de Marcelo H. del Pilar no se encuentran en ninguna librería". "... Mis dos secretarios emplearon tres semanas en encontrarme un ejemplar del *Quijote*." Si continúa este estado de cosas, la nueva ley tiene que fracasar inevitablemente, porque ¿dónde encontrarán gramáticas, diccionarios y libros de lectura los millares de alumnos de las clases de español de Filipinas? Estoy

seguro de que en cuanto nuestro Consejo de la Hispanidad conozca la necesidad ha de poner eficaz y generoso remedio, y que los libros españoles, desde los modestos manuales escolares hasta las mejores obras de nuestra literatura, llegarán con profusión a las librerías filipinas y estarán al alcance de todos. Una cuidada selección de clásicos filipinos, aunque no fuese más que una antología, sería considerada en Filipinas como una delicada atención. También auguro gran éxito a nuestras revistas si logramos que lleguen en abundancia y a precios que compitan con los de las norteamericanas. Las películas españolas completarían la propaganda popular del español.

Evidentemente, es imposible que toda la masa estudiantil aprenda correctamente el español. Tal cosa no sucede ni en España. Pero podemos contribuir a la conservación e incremento del grupo selecto que posee nuestra lengua en toda su pureza, fomentando nuestras relaciones con la Academia Española de Filipinas, regalando libros a los hispanófilos más destacados, creando becas para que aprendan en España nuestra lengua y literatura los futuros profesores de español y, finalmente, creando en Manila, de acuerdo con el Colegio de San Juan de Letrán y con la Universidad de Santo Tomás, un Instituto Español por el que desfilasen nuestros mejores literatos y conferenciantes.

Nuestra línea de conducta ha de inspirarse en este párrafo del ya citado discurso académico del Sr. Abad:

El destino histórico del español en Filipinas no se ha cumplido aún. Impidió este cumplimiento la cesación de la soberanía española y el advenimiento de la americana. Si, en su lucha de liberación contra España, Filipinas hubiese logrado su independencia, aquel destino estaría a estas horas granando. Ha sufrido una interrupción con la implantación de la dominación americana. ¿Presenciamos, con nuestra futura independencia, una reanudación en la ejecución de este destino?

.....

Cuando sobrevenga nuestra independencia, el destino histórico del español se realizará, propulsado por los filipinos con la ayuda de los españoles. — JULIO PALACIOS (de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales).

CADA día trae su afán, y su antología también. Hoy aquí, mañana allí: llueven. Y habría, en rigor, que preguntarse, ante todo, el porqué de esa producción tan copiosa, ahora que el conjunto de publicaciones se halla dondequiera naturalmente reducido. ¿Por qué esa reiteración en un género? Es patente que la antología, género editorial, siquiera no lo sea quizás literario, alcanza hoy un auge que parecía reservado al biográfico, y que ese mero hecho incita a sospechar que pudieran estar en suspenso ciertas tareas de creación, cediendo —en detrimento suyo— la vez a otras de índole recreadora. Útiles, en todo caso; que la lenta reposición de tanta biblioteca expoliada llama, de momento, en su auxilio a este tipo de obra compendiosa, donde ha de hallarse, de urgencia, lo indispensable. Pero, aquí la cuestión: ¿cómo concretar en número aquello que estimamos necesario? La respuesta no es obvia. Surgen entonces las diferencias de criterio y la íntima razón o motivo de ser de tales “a este quiero y a este no quiero”.

Podemos prescindir en las antologías del intento polémico que animó acaso su elaboración. Si lo hubo, no es ello lo que importa. Y es justo añadir que en aquellas a que nos referimos no destacan tampoco las posiciones antagónicas. Al revés: en esta revista comentamos buen número de “Páginas escogidas inglesas” hechas en Alemania, y alemanas en Italia, y rumanas en España, etc. Es decir, que aun habiendo un principio de exclusión —¿y cómo no ha de haberlo en todo acto electivo?—, hay otro aún más hondo que aspira a trabar autores muy diversos, tiempo y espacio a traviesa. Viene implícito un propósito de no quebrar la continuidad histórica de clásicos y modernos, de propios y extraños, para mejor comprenderlos. De no perder el hilo, en suma, pese a la procela. Y ahora nos acercamos más al móvil de tal apetito. Interesa al hombre en trance crítico saber a qué atenerse. Hoy se advierte la historia como cosa inherente al vivir cotidiano de cada uno. No es maravilla que las reacciones sean en consecuencia. Ni es hora de reposo ni está ocioso quien se afane en tan ardua labor selectiva. Es hora ésta de recapitulación y de examen. Hora de ahincar criterio. Y de hacerlo con entera solvencia, a ojos abiertos. El juicio emitido a la ligera cae lento, pero cae por su leve peso. La interinidad se encarga de tomar para sí a cuanto no presente validez.

Si, tras las fuertes conmociones, queda el hombre desasido, no queda disponible como estuvo. Sirve o no sirve. Por eso todo ha de servirle y por modo inequívoco. Le urge ver trocada en convicción su fe difusa, caminar sobre suelo seguro, sentir cabal orientación y norte, certidumbre. Por eso vuelve su mirada atrás para—rápido y atento—afrontarse con el instante que llega; por eso intenta abarcar de un vistazo certero diestro y siniestro. Tenso, bajo la acción de esas presencias cardinales, buscará elementos de juicio. La antología vale por asidero. Si el libro o el lector no sirvieren, es que han perdido ya definitivamente el tiempo, ese insustituible tiempo crítico.

Pero una buena antología, por el hecho de serlo, trae dos objeciones consigo. Primera, esa vana pretensión aparente de improvisar, al modo enciclopédico, una cierta cultura. Esto, que le añade peligro, le merma a la vez simpatía. Segunda, que en toda relectura, tiempo atrás, de los clásicos puede haber un prurito romántico de evasión. En rigor, todo empeño absorbente clasicista está más próximo al academicismo yerto que a la viva actualización de los clásicos, hombres de su tiempo. Acecha siempre esa tentación de escamotear el presente, de ceder a la temporal "invitación al viaje" (para decirlo en términos rigurosamente poéticos). Uno y otro riesgo se esquivan con mantener un sentido actual—quiere decir histórico—. Sólo así el pasado vivifica el presente, como anima al hombre la sangre de sus mayores.

Quiero, entre muchas, designar dos antologías para, de una de ellas, destacar una voz poética en la que parece ir fijándose la predilección del criterio quizás mejor acendrado de su tierra. La más reciente antología española es hoy la titulada *Las Trescientas (Ocho siglos de lírica española)*. Está hecha por Juan Ramón Masoliver y recibirá en estas páginas especial comentario, La última publicada en Francia está ordenada por Marcel Arland, bisoño en lides poéticas, pues era conocido más bien como autor y crítico de novelas. Sigue la suya, en orden cronológico, no en gusto, a la de Thierry Maylnier, y antecede a la que prepara Kleber Haedens. El contenido de toda antología es materia propicia a la llamada discusión de los hombres, y la de Arland lo está siendo. Sorprende en ella el amplio lugar concedido a la poesía medieval. Sorprende asimismo, pero por defecto, la ausencia de un Reverdy, de un Audiberti, etc. Pero no paremos mientes. La antología se abre con el *Cantar de Roldán* y se cierra con un poema de Patricio de la Tour du Pin, el último de los poetas vivos. Pues

bien: éste es, entre los muchos llamados, uno de los elegidos. Este "último" es quizás el primero en la consideración de los mejores. Suma —como aquel otro poeta católico, Pedro Reverdy, en su día— el elogio de maestros y alumnos, de dos generaciones. Así, en tanto los jóvenes poetas de *Mirajes* le dedicaron en su albor un homenaje, ahora la revista *Cité Nouvelle* (hecha por aquellos redactores que editaban *Etudes*) le dedica un profundo estudio. Merece, pues, que digamos una palabra de él a título informativo.

Desde 1932 su nombre empezaba a sonar en revistas de Francia y del norte de Africa. Era un nombre que, como el de otros poetas franceses jóvenes, v. gr., Lanza del Vasto, se nos antojaba mosqueterial. Patricio (aquí reminiscencia de sangre irlandesa) pertenecía a una casta que ha sabido empuñar bien la pluma y la espada. Su primer libro lo imprimió Stols, artesano holandés de máximos prestigios. Al año siguiente (1934) aparece en París, bajo el signo de La Tortuga. Se llama *Quête de joie*. Está integrado por poesías que forman un poema. Entre las más notorias: "El alba", "Epifanía", "Ritmo", "Tríp-tico", "Lavanderas", "Tragedia interior". Pero un tema central que se vá concretando en *L'appel*, *Le Christ aux phares*, *Hulmaune*, *A perte d'âme* y, sobre todo, en *La chasse*, *Les anges sauvages*, *L'Épître de Lorenquin*, *La plaie* y las *Laurence* ("endormie", "printanière", etc.). Y el que ha logrado mayor difusión: *Les enfants de Septembre*.

Con posterioridad ha publicado poemas aisladamente. Así: *Le premier mort*, *D'un aventurier*, *L'Enfer...*; pero el acento de este gran poeta católico, en quien ya ven algunos sucesor a Claudel, se manifiesta enérgicamente desde su *Quête de joie*. En 1938, *La vie recluse en poésie*.

Su desazón arranca, como la de tantos otros comienzos literarios en Francia, de un paludismo inicial. El ámbito primero de La Tour du Pin presenta un paisaje de aguas verdinegras, febril y cenagoso, atolladero inmerso en pestilencias. Y sobre esas landas sumergidas, donde pasan en zancos los pastores, se cierne un cielo plomizo; un cielo lívido, arrebatado, turbio, batido por un viento apocalíptico. Muge el cierzo. Y en las desgarraduras de la niebla aparecen jirones de un cielo erizado de combates tremendos, como en Signorelli; pasan ángeles paladines con zumbido de aviones justicieros, y, tras ellos, los ángeles rebeldes en discordia y porfía. De pronto creemos haber visto a uno que cae en picado hasta hacer presa firme en un alma. Y

el vuelo sigue. La escuadrilla de ángeles migratorios se nos ha convertido en esos pajarracos metálicos que soñaron un día Leonardo o Goya. La tierra es desabrida, lacia por la misma monotonía de su esterilidad pantanosa. La musa de T. S. Elliot no parece lejana. Pero en La Tour du Pin el estancamiento es interino. Las aguas muertas pudren emanaciones otoñales. Ni dan sed ni podrían satisfacerla. El poeta pretende despertar esa sed que sólo un divino manantial logra satisfacer por entero. Y para ello nos encharca en esa inmensidad sin término del campo raso. La *Quête de joie* va en pos del gozo supremo más allá del limo humano. Telúrico, pero sin panteísmo, sin enterramiento en las ciénagas, La Tour du Pin consigue transmitir el tormento de sentirse enlodado. Y, a ras de la tierra fangosa, ese cielo sobrecolector, "le grand ciel hanté", en el que relampaguean destellos de luz y de sombra, como en aquellas láminas del *Milton* de Gustavo Doré que mirábamos, de rodillas en la silla, con los ojos atónitos de la niñez.

La tentación llega representada por la mujer, Laurence, y por el fiero Ullin. Ella es cantada con acentos que evocan a la *Dormeuse de Charmes*. Y Ullin, glacial, solo y fascinador, recuerda a M. Teste. Sorprende cómo no se cita a Valéry al hablar de La Tour du Pin. Este Ullin, con su alucinante fulgor, con su estrechez jansenista, se nos antoja pronto a la conversión. Este príncipe negro, jinete atosigado y nefasto, aporta la tentación del desasimiento glacial, primer estadio y salvafuegos contra toda otra asechanza. Nos acordamos de aquel Degas converso que se llamó Conventry Patmore y que también hubiera concebido el mundo, en sus días de error, como un "defecto en la perfección del no ser". El despego del mundo dice que la verdad no está lejos.

Por este camino el poeta se interna en la noche oscura del alma. A su propósito se ha citado reiteradamente el nombre de nuestro San Juan de la Cruz. El poeta francés no lo ignora. Se ha llegado a citar hasta al Greco. Y, muy concretamente, un libro nonnato de Rimbaud titulado *La caza espiritual*. En efecto, el acoso a la alegría que el poeta persigue desafortadamente tiene ese mismo ímpetu venatorio de aquél y de otros que expresaron el ansia mística en idéntica imagen. Viene inmediatamente a la memoria el magnífico *Lebrel celeste* de Francis Thompson. Y más adelante, el temblor cervical de Rilke. Pero, en lucha con la tentación, y en quisa luego de la divina presencia, el poeta, como el filósofo en su empeño, se ha visto denodado cazador.

Ha salido al acoso unas veces y otras ha sentido el anhelo supremo de irle ya a los alcances la salvación. Y toda vez ha recurrido, así, espontáneamente, a las mismas metáforas fragantes, que no perdieron su emoción con el uso. Se ha evocado a San Juan de la Cruz y es preciso continuar haciéndolo. ¿No está, desde él, estremecido el Parnaso por un atropellado pisar de ciervos vulnerados y gamos saltadores? El de La Tour du Pin lleva un relumbre en forma de cruz sobre los ojos medrosos.

Esperemos ahora la obra de plenitud. Que su impulso místico logre la cima codiciada. "Et parvienne, joyeux, jusqu'à l'amour divin...", según lo ha formulado su inspiración. — ANTONIO MARICHALÁR.

UN DRAMA POLITICO

NO es fácil que se entienda bien lo que quiero decir al empezar mi nota con una afirmación como esta: el libro que acaba de publicar el conde de Romanones es uno de los más interesantes que pueden leerse en los días que corren. No es fácil que se vea con claridad en un primer encuentro con afirmación tan categórica; pero bastará un poquito de atención para que todos los lectores, sin distinción de ideas ni creencias, encuentren por sí mismos lo que yo les digo de manera tan poco cautelosa. El libro que acaba de publicar el conde de Romanones es uno de los más sugestivos que pueden leerse en estos momentos.

Y no es que Romanones se haya propuesto descubrirnos grandes secretos de la vida política española del siglo pasado, cosa que tal vez no hubiera sido tan importante; lo que hace es bien sencillo; es lo que suele hacer todo historiador que escribe un libro para poner al alcance de todos los lectores cosas que nadie desconoce, aunque pueda iluminarlas ese peculiar modo con que el historiador las contempla.

Tampoco es en este sentido original la obra de Romanones, que se reduce a ofrecernos percances de la vida política española que todos conocemos con una visión que nada tiene de personal ni de afán innovador. Todo es, pues, sencillo y está narrado con sencillez irreprochable. Pero como en este libro se hace historia de un episo-

dio político que a nosotros, bien curtidos en las acedías de nuestro tiempo, se nos antoja desprovisto de interés, ya que Constituciones y Parlamentos, para bien o para mal, nos aparecen como instituciones de tiempos remotos, puede alguien preguntar con impaciencia dónde está el interés que yo encuentro; y como no quiero que esa impaciencia sea causa del desabrimiento, que hoy más que nunca impide la contemplación serena de las cosas, diré que el interés que tiene el libro que acaba de publicar el conde de Romanones está en los sucesos que narra, en las personas que van desfilando por sus páginas y en esa noble comprensión que el autor derrama sobre todas las cosas. ¿Qué quiere decir esto de encontrar interés en cosas que nadie desconoce?

Nuestro siglo XIX había perdido de tal manera importancia entre los recuerdos históricos, que necesitamos para orientarnos en el laberinto de peripecias e incertidumbres que nos asedian, que apenas lo veíamos como una de esas épocas de transición que no tienen otra finalidad tangible que la de impedir el vacío. Las figuras y los acontecimientos de ese siglo tan maltratado se nos antojaban creaciones imaginativas que, por añadidura, no tenían valor para nosotros. La polémica ardía con demasiada furia para que fuese posible mirar sin pasión las peripecias que dieron pábulo a sistemas políticos tan lejanos de los que pediría un hombre de nuestro tiempo a las hadas. Pedro Laín, que en estos momentos persigue la verdad más honda y más entrañable de la historia y del alma españolas, tiene sobrada razón al decir que el siglo pasado, entre nosotros, se ha desplegado fuera de las urgencias históricas que otros pueblos obedecían con penas y con glorias, con sobresaltos y con esperanzas.

Y he aquí el encanto del libro del conde de Romanones; he aquí su inefable seducción; enfrascado su autor en las intrigas del siglo pasado, en los sistemas de ideas y creencias que movían a aquellos hombres y en la maraña histórica que nos ha quedado como huella de todas aquellas cosas revueltas, no se percata de que está haciendo las delicias de lectores que, sobre no apasionarse en manera alguna por lo que va ocurriendo a lo largo de la narración, lo miran todo como si fuera hechura de un mundo quimérico que no pudiese decir ya nada a nuestros nervios. Al adentrarnos en las peripecias que nos recuerda el conde de Romanones, tenemos la impresión irremediable de asistir a juegos de niños, y tenemos la impresión de asistir desde una edad bien madura para entender el juego y sus contratiempos.

Y cuando hay fusilamientos y escenas patéticas parecidas no podemos por menos de recordar lo que leímos en novelas de aquel tiempo y compararlo después con sentido escrupulosamente artístico.

Liberales y contrarrevolucionarios respiran el mismo aire, tienen las mismas virtudes y los mismos defectos y, cuando gobernaban, que para todos había tiempo de prueba, hacían las mismas cosas, aunque algún bachiller nos venga exhumando detalles minúsculos para mostrar que había abismos entre unos y otros bandos. A nosotros, bien probados ya en contiendas y desengaños, nos parece lo más natural del mundo que las cosas que unen a los hombres de una misma época sean más hondas que las cosas que los separan; pero claro que esta convicción, que los contendientes de todos los tiempos combatirían hasta la muerte, es enemiga de la prosecución de la contienda; si los que en un tiempo determinado se hacen la guerra pensaran que están más cerca de sus adversarios que de los hombres que un siglo más tarde proclamen sus mismas creencias, es claro que no habría contiendas en el interior de los pueblos y se viviría más en armonía con las demandas irrenunciables de la historia. ¡Qué bien se ve todo esto en las páginas del conde!

Ni el liberalismo que se sentía por acá hace algunos años tenía mucho que ver con el que proclaman los personajes de Romanones, ni sus enemigos se parecen en nada a los que le han combatido de manera ininterrumpida. Porque de los que hoy no podríamos aceptar ninguna especie política de liberalismo no hay que hablar; nosotros no estamos en la polémica, y, caso de opción, cada cual, según sus creencias y su idea del Estado, se adscribiría a uno de los dos bandos en contra; pero no como si en cualquiera de ellos encontrara su justificación histórica, sino como algo que despierta más o menos simpatías. El choque de ideas que nos aparece a lo largo del libro de Romanones, los enconos y diatribas, las maquinaciones y los fusilamientos, nos hablan de un mundo lejano que, cualesquiera que sean nuestras convicciones, se haría irremediamente fuera de nuestra historia. ¿Y de la historia de España? Por lo pronto, repárese en el tremendo influjo que tuvieron las ideas políticas de Francia en nuestras luchas, y cuando pasen algunos años, quizá algún curioso investigador nos diga con hechos hasta qué punto se vivió en el siglo pasado fuera de la tradición española, que es, si no he entendido mal,

lo que insinuó en su espléndida conferencia sobre la polémica de la ciencia española Pedro Laín.

Lo cierto es que todos los de mi generación, cuando sintieron el desplome del mundo que hasta entonces les había servido de soporte, han tenido que habérselas con las ideas y las creencias que nos dejó la Ilustración; lo que nadie puede negar con razones de buena ley es que las cosas de nuestro siglo XIX, buenas o malas, nos sirvieron a la manera de anécdotas que en nada afectaban profundamente a nuestra vida y que, precisamente por eso, estábamos siempre dispuestos a trocar y, cuando lo requerían las ocupaciones, a olvidar sin remordimientos. Ahí está la figura de Ramiro Ledesma, que tuvo necesidad de afrontar a solas con su vocación la más tremenda guerra interior entre las ideas de la Ilustración y las que presentía en las honduras del porvenir. Y bien claro está que José Antonio, cuando definió en el histórico mitin de la Comedia la significación histórica de Falange, no acudió a ninguno de los teóricos del liberalismo que habían escrito en España en el siglo pasado; se refirió a Rousseau y polemizó con el liberalismo que se proclamaba en Europa, y que dió luego pábulo al esplendor del socialismo, que apareció como consecuencia de una industria en periodo de florecimiento que estaba muy lejos de parecerse a la española.

El libro del conde de Romanones es sumamente aleccionador, sobre todo, porque muestra con trazos bien luminosos hasta qué punto estamos alejados de aquellas polémicas, de aquellos conflictos, de aquellas ideas, de aquellas creencias y de aquellas esperanzas. Bien está un régimen anacrónico de vida para los que se la pasan en un sanatorio; pero los que estén resueltos a salir al mundo y a enfrentarse con las demandas del tiempo en que les ha cabido la suerte de vivir, tienen un primer imperativo de sinceridad y de comprensión como medida higiénica de su alma. Y he aquí que el encanto del libro del conde de Romanones nace precisamente de la distancia a que nos sentimos de las cosas que nos recuerda; de manera que no encontrará encanto quien sienta todavía hincada en su entraña la polémica y comparta la furia o el abatimiento de aquellos héroes nimbados de gestos románticos. No sentirán el encanto de este libro los que padezcan el anacronismo como enfermedad incurable; pero esos románticos rezagados tampoco verán en su hondura la tragedia y el quehacer de nuestro tiempo. Yo sospecho que tampoco sienten ni han

sentido jamás el romanticismo, que, como todo lo humano, fué cosa de moda y de comprensión, y es bien sabido que la historia es un gigantesco amasijo de modas, que son maneras en que lo eterno se revela. Bueno será percatarse de que frente a la moda que comparta cada siglo no hay más que una maraña de ideas vacías, que ni permiten entender lo que pasa en torno nuestro ni propician anchura y riqueza para que la insaciable aspiración de eternidad que nos anima despliegue su esplendor.—EMILIANO AGUADO.

SOBRE LEOPOLDO LUGONES

A CABA de publicar la “Colección Austral” una nutrida antología de la poesía de Leopoldo Lugones. La selección, realizada por el académico argentino D. Rafael Obligado, es suficientemente certera; copiosa, porque la obra de Lugones también lo es, y porque sería difícil dar en un breve florilegio, cabal trasunto de la rica y varia personalidad de este gran poeta de América. A través de diez libros y de cuarenta años de noble entusiasmo ha ido creciendo y madurando esta poesía, recreándose de continuo, esforzándose cada día en la busca de su perfección y de su plenitud. Cuando se contempla, de una sola mirada, el camino recorrido por la poesía de Lugones y se intenta descubrir la esencial armonía, la última e irreductible significación de libros tan varios, de poemas tan ajenos los unos a los otros, de tan lejanas intenciones estéticas como se encuentran insinuadas en su obra, nos sentimos ante la imposibilidad evidente de reducir a unidad el estilo diverso y el contenido espiritual de esta ambiciosa poesía, dúctil como el agua, siempre distinta de ella misma, siempre huyendo de su nacimiento y de su primera hermosura.

El desarrollo, espiritual y técnico, de la obra lugoniana da de continuo la impresión de un tanteo, de una búsqueda difícil y hermosa, por encontrar el tono más hondo, entrañable y verdadero de su voz. Su poesía es toda ella una serie sucesiva de experiencias artísticas, corrigiéndose y, en cierto modo, contradiciéndose la una a la otra, hasta llegar a la vigorosa exaltación verbal y al genuino acento heroico de las *Odas seculares*. No es un poeta—como nuestro A. Machado,

por ejemplo— que dé desde el umbral de su obra el tono esencial y único, el desnudo temblor de su íntima personalidad. La grandeza y la servidumbre de la poesía de Lugones son muy otras. Porque hay la poesía que se conserva fiel a sí misma, la poesía monótona, pobre, pero honda, trascendente, rezada, y aquella otra que se traiciona siempre, que se hace plural, que se dispersa para enriquecerse. Claro es que esta separación no es tan radical y que pueden conjugarse en un solo poeta los más apartados dones. Pero siempre será posible determinar hasta qué punto están armoniosamente equilibrados o predominan los unos sobre los otros.

La poesía de Leopoldo Lugones se acuesta a este segundo lado. Poesía recargada, barroca, siempre con más elementos de los precisos, su fuerza descansa íntegramente en el valor de la palabra. La mejor poesía, según nuestro sentir, se va desnudando, acendrando, ahondando, haciéndose cada vez más espiritual y profunda; le bastan pocos detalles, pero sustantivos, para transmitirnos la vivencia del poeta y establecer en nuestra soledad un vínculo entre la realidad y el misterio. Los mejores poemas de A. Machado —para no utilizar otro ejemplo— son así: escuetos, desnudos, supremamente sencillos, pero vibrando de emoción en su desnudez. La poesía de Lugones tiene otro signo. Su fuerza está en la exuberancia del lenguaje, en el arrebató verbal, en la acumulación de color y de sonido. Desde este punto de vista, su poesía apenas tiene par en la literatura contemporánea de habla española.

Se inicia la obra poética de Leopoldo Lugones allá por los fines del siglo. Su primera colección de poemas lleva por título *Las montañas de oro*, y por fecha, la de 1897. Habían muerto ya Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Asunción Silva. Hacía algún tiempo que Rubén Darío había publicado *Azul y Prosas profanas*. Era la época triunfal de la poesía americana y seguramente una de las más interesantes de la poesía hispánica de todos los tiempos. El libro de Lugones aparece, pues, rezagado. Se trata de una colección de poemas de estro romántico, a lo Víctor Hugo. El Sr. Obligado señala también la influencia de Poe, a mi juicio muy superficial. Es completamente imposible que la influencia de Poe pueda pesar sobre cualquier poeta que no tenga, en alguna medida, alma gemela de la suya, y es para mí evidente que el temple poético y humano de Lugones, con todas sus excelencias, anda lejos de asemejarse al misterioso y delicado es-

piritu de la poesía de Poe, toda ella bañada de gracia, de dolor y de melancolía. Pero todo esto, en definitiva, importa poco. *Las montañas de oro* es un libro juvenil. Cuando Lugones lo publica cuenta apenas veintidós años. Es bien natural, por lo tanto, que su expresión poética tenga antecedentes y se sienta hondamente influida por alguien; en este caso por Víctor Hugo; por el Hugo heroico y relampagueante de la *Leyenda*; por el Hugo épico, sonoro, patriarcal. Ya veremos cómo no se trata de una mera coincidencia, sino de una afinidad. El mejor Lugones será también el poeta heroico de las *Odas seculares*, de los *Poemas solariegos*, de los *Romances del Río Seco*. Y al decir el mejor, queremos decir el más auténtico, el que le diferencia de todos los demás, el que le hace ser él mismo.

El primero de sus libros líricos que nos da, en cierto modo, la medida de su personalidad se titula *Los crepúsculos del jardín*. Se trata ahora de una poesía suave, fina, transida de transparencias parnasianas. El poeta canta en tono menor, y algunos de sus poemas revelan la honda delicadeza técnica, la tersa maestría con que Lugones sabe recrear los temas que le brinda el post-romanticismo francés, tan maravillosamente fértil. Es probablemente este libro el que con más pureza y claridad nos descubre las posibilidades esencialmente líricas, desnudamente humanas, de esta poesía. Este será, a nuestro juicio, el ámbito y el vuelo de la poesía lírica de Leopoldo Lugones. Ambito más bien limitado, lleno de resonancias literarias, donde apenas si podemos distinguir el eco de la voz, donde todo o casi todo se deshace en nuestros oídos como los vagos sonos de una música lejana. Sus temas de sensibilidad son aproximadamente los mismos del resto de la poesía modernista o simbolista. Lugones imprime en ellos, como en todo, su propio cuño. Pero no logra nunca infundirnos el suave calor de la verdad, la humana temperatura de su alma. Son la mayor parte de sus poemas amorosos, vagas evocaciones sentimentales, puros fantasmas literarios, exquisitas fantasías verbales impregnadas de sensualidad y de tristeza. Pero si esto es verdad, no es menos cierto que pocos poetas le igualan en la variedad y en la riqueza de ornamentación, en la suavidad y elegancia de la palabra, en la docilidad con que el lenguaje se ofrece al juego de su imaginación. En la poesía lírica de Lugones es difícil, cuando no imposible, encontrar ese último tono de voz, ese trémolo misterioso de la palabra, esa desesperada hombría del espíritu que nos comunica su mensaje. No conviene enten-

der, sin embargo, que la personalidad poética de Lugones sea escasa. Es limitada. Carece de esa última dimensión espiritual. Pero, en cambio, cuán rica es en otras, si bien menos sustantivas, formas del espíritu. Aparte de Rubén Darío, hay pocas voces tan amplias, tan poderosas, tan robustas y delicadas a un tiempo como la suya.

Es cierto, como dice Federico de Onís en la lúcida y sucinta nota que dedica a este poeta en su Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana, que, a través de sus diversas imitaciones, la poesía de Lugones "suena siempre con timbre personal", y que, a pesar de ellas, "ha encontrado siempre su propia originalidad". También para *Lunario sentimental*, el tercero de sus libros, son válidas estas palabras, a pesar de ser aquí donde cobran más relieve las influencias, donde son más transparentes las semejanzas con la obra ajena. Entre los poemas de este libro recogidos en la presente antología, es el *Himno a la Luna* uno de los más significativos. Es patente desde los primeros versos la imitación de Jules Laforgue. El Sr. Obligado, generalmente tan metódico, y que al examinar la íntima textura de este libro alude con cierta vaga saña a un español egregio, no cita siquiera el nombre del gran poeta francés a quien Lugones sigue tan de cerca. Es, en nuestra estimación, este libro una de las más desgraciadas tentativas literarias de esta personalidad proteica. Recoge en él cuanto humanamente puede recogerse de otra poesía sin incurrir en el plagio. Pero es incapaz, como en el caso de Poe, de conservar el espíritu, el aliento misterioso, lo que no cabe en las palabras. La ironía de Laforgue es patética y trascendente; su escepticismo y su desesperanza brotan, como las lágrimas, del corazón e implican una intuición total del mundo y de las cosas. En el *Lunario sentimental* queda sólo la ironía, fría, desrealizada, funambulesca. No hay una expresión verdaderamente espiritual en estos poemas. Hay, en cambio, la siempre jugosa maestría verbal, la siempre viva lumbre de la palabra quemándose en los *Fuegos artificiales*, que con singular imaginación y espléndida habilidad técnica nos describe en otro de los poemas de este libro. Poema que, sin duda donosamente, el Sr. Obligado califica de despampanante. Sería tomar un camino demasiado largo y no exento de fatiga el ir siguiendo libro tras libro la evolución y el proceso de esta poesía. Es más sencillo y más claro agrupar sus obras por el tono en ellas prevalente, por la especial inflexión lírica o épica de su cántico.

En *El libro fiel*, lo mismo que en *Las horas doradas* y el *Romancero*, la poesía lírica de Leopoldo Lugones se sucede a sí misma. No hay nada en estos tres libros que los separe esencialmente entre sí, ni tampoco de los poemas amables y de la discreta hermosura de *Los crepúsculos*. Nos sorprende aquí y allá la persistencia de ese maravilloso don asimilativo que permite a este poeta acercarse a todas las obras, arriesgadamente, sin menoscabar su personalidad. Así, por ejemplo, en el *Canto de la angustia* es muy visible ahora el recuerdo de Poe, y el vuelo de su cuervo arroja su sombra fatídica en este poema mucho más hondamente que en cualquiera de las composiciones románticas de *Las montañas de oro*. Pero, a pesar de todo, seguimos pensando que entre una y otra poesía hay una distancia infranqueable y que los últimos valores sobre los que una y otra se apoyan son sustancialmente distintos. El poema inicial de *Las horas doradas*, titulado "El Dorador", tiene un estrecho parentesco espiritual con aquel de los *Cantos de vida y esperanza* que Rubén Darío dedica a Rodó. Nos descubre en este poema Lugones su actitud íntima ante la vida y nos revela también la total ausencia de emoción y de intuición religiosa que hay, no sólo aquí, donde expresamente plantea el problema del destino del hombre, sino en toda su poesía. El más allá no proyecta nunca sobre la creación artística de Lugones la sombra esperanzada y trágica de la más honda verdad humana. Así lo hace notar también, dolorosamente, el Sr. Obligado. Un poco al margen, tanto de su obra lírica como de su obra heroica, *El libro de los paisajes* tiene derecho, a nuestro parecer, a un lugar independiente y aparte.

En esta colección de poemas, dentro de un tono lírico refrenado, apagado, discreto, consigue la poesía de Lugones darnos una visión enteramente original y singularmente propia de las cosas que canta. Se trata de una poesía que pudiéramos llamar objetiva, por nombrarla de alguna manera. La vida personal del poeta interviene mínimamente, ocupa un lejano segundo término o desaparece íntegramente para dejar que las cosas adquieran toda la intensidad y misteriosa hermosura de lo individual, de lo concretamente divino. Es una poesía en que todo depende de la virtualidad del tema y de la capacidad expresiva de la palabra. Todos los poemas que bajo la grácil sombra de las *Alas* incluye Lugones en este libro poseen esa maravillosa virtud de las cosas vivas y de los seres que es despertar nuestra simpatía. La palabra del poeta acierta maravillosamente a expre-

sar la humilde y gozosa realidad de estos pajarillos perdidos en la inmensidad de la Pampa y que son el complemento tierno y casi humano del paisaje. En versos verdaderamente aleteantes, tibios todavía de "una honda suavidad de pluma fina", como del nido, dice Lugones; en imágenes sencillas, caprichosas, leves, nos hace esta poesía sentir y como palpitar entre nuestras manos los breves cuerpecillos de estos seres errantes y luminosos que vuelan y cantan dulcemente sobre la tierra a la mayor gloria de Dios.

En el año 1910, con motivo del aniversario de la Independencia argentina, compone Lugones sus *Odas seculares*, hito fundamental de su poesía. Forma este libro con los *Poemas solariegos* y con los póstumos *Romances del Río Seco* una sola unidad viva. Les une entre sí el aliento de una inspiración común y de un mismo amor. El amor de la tierra y de los hombres de la patria; de las flores y de las aguas; de los jóvenes días heroicos y las viejas hazañas coloniales. Dentro de esta honda comunidad de acento, posee cada libro una personalidad peculiar e individual estilo. En el primero canta Lugones con grandioso empeño creador y ambicioso ímpetu a la patria, a las cosas útiles y magníficas, a las ciudades, a los hombres, a las almas de los héroes que un día domaron las cimas de los Andes "a posesivo paso de batalla". Y canta todo esto sin relacionarlo directamente consigo mismo, épicamente, viéndolo como fuera de él y dominándolo en su vasta hermosura estremecida, como se descubre un paisaje desde la cumbre más alta. En los *Poemas solariegos* la perspectiva es distinta. El poeta empieza por evocar sus propios antepasados, los de su sangre, los Sandoval y Lugones, que fueron sus abuelos españoles. Hay en este libro, como en nuestros romances, una cierta línea lírica dentro de un sentido épico más general, un vago efluvio personal que empapa a veces de melancolía sus versos al brotar de la pluma. Y hay también la referencia concreta, solariega, a su provincia lejana, a los campos luminosos, a los ásperos montes cordobeses de su niñez.

Por excepción trata Lugones en este libro un tema español o, para decirlo más claramente, antiespañol. Es la "Salutación a Pedro de Enbeita", el vasco, un buen poema; artísticamente ofrece semejanzas con alguna composición de Rubén y, más notoriamente aún, con la poesía de Ramón de Bastera; su espíritu es esencialmente opuesto al de estos poetas. El Sr. Obligado cree, ingenuamente quizás, que

esta invitación al separatismo es una especie de homenaje a España. La verdad es, sin embargo, muy otra.

Los *Romances del Río Seco* continúan la tradición argentina, y tan española, del *Martín Fierro*. Son poemas en los que se relatan leyendas heroicas, gauchescas, como escuchadas de viva voz y contadas con rebuscado acento popular no exento de gracia y de primor. Pero volvamos a sus *Odas seculares* y más concretamente a la "Oda a los Ganados y las Mieses", donde alcanza, a nuestro juicio, la poesía de Leopoldo Lugones la plenitud de su ser. Su magnífica retórica sirve maravillosamente los designios de este género de poesía. Con un instrumento poético tan perfectamente trabajado, pulido y como brillante por el uso, enriquecido y tensado en la constante creación, consigue Lugones hacer vibrar en nuestros oídos, al nombrarlas, la exacta hermosura de las cosas: "Allá el buey de las sólidas tareas"; y el caballo: "el que huele en la paz a fuerza agrícola"; "y el chivo socarrón de ojo amarillo"; "y las yeguas pintadas y avizoras". Los aciertos de expresión son constantes; una adjetivación vívida y diáfana y un magistral señorio de la palabra comunican, ininterrumpidamente casi, a este gran poema geórgico la calidad de los seres y de las cosas que nombra. Se siente uno arrastrado por la música lenta y pacífica de las estrofas y por la transparencia fluvial de esta poesía ancha y sonora en que parece uno bañarse de suavidad y de fortaleza. En su versión original tiene, sin embargo, este largo poema algunas y no leves caídas, que el Sr. Obligado suprime diestramente al recogerlo en la antología; aunque, por otra parte, y con perjuicio de la verdad, no nos lo confiese así.

Es esta la primera vez que la obra, sustancialmente completa, de Leopoldo Lugones resulta directamente asequible al público español. Estamos lejos de creer, como el Sr. Obligado cree, que sea Lugones "en lo que va de siglo, el poeta mayor y más completo entre los de expresión castellana". Pero, así y todo, la personalidad poética de Leopoldo Lugones es suficientemente grande, rica y poderosa para que lo podamos incluir entre los mejores. Su poesía ha ejercido, a nuestro modo de ver, evidente influencia en determinados poetas de uno y otro lado del mar; y es, dentro de sus limitaciones, una de las más perfectas, vastas y hermosas de la literatura hispánica contemporánea. ¡Sea bien venido Lugones a la vieja patria que él nunca supo estimar! — LEOPOLDO PANERO.

PERIPECIA POÉTICA DE LO HEROICO ESPAÑOL

NO es esta peripecia poética del tema heroico español una serie de mutaciones bruscas; es línea que muestra un rumbo sereno, un venir preciso al encuentro de los tiempos. En cada ola del tiempo, el milagro de la creación estética que está unida con lo antecedente con rectitud de línea de un viejo portulano; esencial unidad en la sucesión persistida, y heroica también, de la cultura española.

El tema heroico es una veta que indomeñablemente sigue el curso de nuestra historia literaria. Hay que hablar, en realidad, de una doble veta; por un lado, la poesía heroico-tradicional, unida en los hontanares de la Edad Media, y por otro, la poesía heroica de autores de claro nombre. Esta surge con el Imperio y tiene su desarrollo en los siglos XVI y XVII.

El tema heroico no es más que el tratamiento literario, es decir, la expresión poética de la actitud heroica del hombre en el mundo; de una determinada manera de entender la vida. Es un tema, pues, hondamente humano, ya que la esencia del ser del hombre es su capacidad de trascendencia, y ser heroico es, ante todo, un anhelo de trascender.

Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco han recogido y estudiado la poesía heroica del Imperio. El primer volumen comprende la producción poética desde la época del Emperador hasta el advenimiento de la época barroca. El prólogo, escrito tensamente por el segundo de los poetas citados, contiene una jugosa exposición y análisis de los autores contenidos. Ante una obra de arte, ante una poesía, el crítico debe situarse con el mismo espíritu de comprensión cordial, de entrega y de voluntad que el intérprete de una obra musical. Conocimiento, técnica y, sobre todo, intuición estética son los elementos fundamentales de toda crítica.

Situado así, Luis Felipe Vivanco comienza por establecer la voluntad de estrofa como constante formal de la época. La creación poética es la intuición estremecidamente cordial de la palabra precisa para el afecto del poeta. En esta adivinación milagrosa las palabras reciben una ordenación sonora determinada por cierto sentimiento rítmico, hecho esencial en la concepción estética del escritor. Aparece el endecasílabo—en la forma italiana—como verso de intenso vigor construc-

tivo y aparecen diversas modalidades de estrofas. El análisis del valor estético de cada una de ellas realizado por Vivanco es de una valiosa luminosidad. Y el estudio de esta voluntad de estrofa conduce a plantear el problema del Renacimiento.

El Renacimiento español, cuya existencia ha sido tan discutida, se afirma como una cultura distinta de la de los demás países europeos. España supera la escisión entre lo antropocéntrico y lo teocéntrico, sin que ello suponga la esterilidad en la creación de nuevos valores humanos, como creía Klemperer. Hay una permanencia cultural desde la época del Emperador hasta los aciagos días del reinado de Carlos II. En esta permanencia, Vivanco distingue tres periodos: uno de exultante creación; el segundo de equilibrio activo, y el último el del acedo y amargo desengaño. La producción poética de los últimos constituye la materia de que se ha formado la *Antología*. Selva intrincada, en la cual Vivanco y Rosales han sido buenos batojadores.

Carlos de Gante es un doncel que llega balbuceando el castellano y que pronto va a hacer, en un cónclave universal, la más apasionada y heroica exaltación de la lengua española, afirmada como instrumento y arma. Este gallardo y determinado caballero, que es el César, va a imponer el modo español en la política y en la vida europeas, y va a recorrer ciudades y campañas con un resuelto impulso heroico. Amenazadores de él son una serie de capitanes que en su vida aprehenden y realizan cumplidamente la escala total de los valores del heroísmo.

Primero entre ellos, Garcilaso. Primero en el orden, y en el amor, que es una manera de orden. En el par de cualidades de lo estético —armonía-expresión— Garcilaso halla la fórmula henchida de fuerza expresiva y al mismo tiempo aserenada por una voz que no se alza estridente, sino que fluye dulce. Nuestro poeta es un genial creador que utiliza los tópicos de la poesía renacentista, los lugares comunes tomados de la tradición greco-latina con un sentido no de forma, sino de función; es decir, que cualquiera de sus versos a los que pudiera señalarse una determinada fuente no *está* solamente, sino que *intensifica*, *equilibra* o *elimina*, pero siempre justamente y siempre determinado y manejado diestramente por el poeta. Y, por otra parte, como dice Vivanco, en lo que puede ser imitado Garcilaso proporciona una serie de modelos y es perfecto en lo inimitable.

De los poetas que aparecen a continuación, pasando por Boscán

y Hurtado de Mendoza, llegamos a Hernando de Acuña. Su producción heroica es breve, pero tan característica, que su famoso soneto a Carlos I es repetido como ejemplo de espíritu de época. Un especial interés tiene la nueva aclaración que recibe la figura de Gutierre de Cetina. Tradicionalmente se le venía atribuyendo tan sólo una personalidad dulce y mínima, célebre, sobre todo, por su madrigal; en la *Antología* de Rosales y Vivanco se muestra—por primera vez, creo—cómo Cetina no es un poeta “sin espíritu ni vigor”, sino que intuye el tono heroico de la época, y en su decir lo expresa abundantemente. Dos modalidades incluye: la laudatoria en sus sonetos a encumbradas personalidades y la narrativa, de la que es muestra la Epístola a Hurtado de Mendoza, en la que relata un hecho de armas en el que el rey de Francia huye sin aceptar la lucha. Se describe vivamente el asalto a una plaza fuerte, las vicisitudes de la lucha y la terminación con el resultado dicho. El César no aparece en esta poesía con la rigidez arquetípica, casi simbólica, de las composiciones laudatorias; el autor muestra su faceta cotidiana de hombre en campaña; recuerda algunas relaciones de soldados en las que sencillos sucedidos en las jornadas castrenses dan una visión exacta de la personalidad del Emperador.

En la consideración de la poesía de este tipo de Cetina, Vivanco señala agudamente cómo al elogio típico humanístico añade la consideración crítica desde la posición católica española y, por otra parte, la insinuación anticipada del sentimiento del desengaño que va a tener su plena dolorida aparición en el barroco

Varón de letras y armas, el capitán Francisco de Aldana es todo él una apasionada vibración del espíritu de su tiempo. Durante mucho tiempo este poeta ha permanecido desdeñado; es conocida la lamentación de Menéndez Pelayo. El fino crítico que es José M.^a Cossío dió una edición cuidada de la epístola a Arias Montano, extremeño como Aldana y, como él, de permanente valencia universal. Lo heroico aparece en Aldana en esencialidad que unas veces se muestra en la viveza y en el ritmo cinematográfico de los cuadros de campamento y otras en el tratamiento poético de la tarea española en el mundo. La voz de Aldana es una trémula expresión de un amor al mundo y que quiere superarse a sí mismo en una asunción liberadora. Pero al mismo tiempo es robusto canto a la vida militar y al

recciones en el espacio. Señala Vivanco con acierto como culminantes las canciones dedicadas a llorar la rota de Alcazarquivir y a don Juan de Austria, además de otras dos. En versos de sonoridad retumbante, de fuerte rito yámbico, se llora o se exalta, utilizando todos los recursos literarios de la época y tradición en que está inmerso Herrera. El esquema de alusiones mitológicas o bíblicas se recubre con una intensa vibración afectiva, y la retención formal hace de todo un conjunto armónico y bien estructurado.

Herrera tiene, en fin, el valor de presentar una forma de vida intermedia entre el militar y el cortesano. Intelectual vocado vitalmente a su tarea, adopta esta postura, en la que va a ser continuado por poetas posteriores. De los que figuran en la *Antología* destaca Medrano por su nítida personalidad. Así lo apunta Vivanco. En su verso —dice— nos comunica la emoción más humana de aquellos días, ya difíciles, de activa presencia española en el mundo.

En la figura de Espinel volvemos a encontrar fundidos otra vez al militar y al poeta. Pero su obra literaria roza tan sólo tangencialmente lo heroico. Sigue Cristóbal de Mesa, cuyas características literarias son acertadamente resumidas. Este poeta, “excelente, aunque demasiado engreído”, tiene una superior estimación de lo literario sobre lo militar en sus composiciones laudatorias; sin embargo, como dice Vivanco, en alguna épistola lamenta la falta de versos heroicos.

El prologuista examina a continuación varios poetas de la escuela antequerano-granadina; destacan de ellos Espinosa y Barahona, por cuya obra Vivanco manifiesta una singular predilección. Los Argensola y Cervantes cierran este tomo. La figura de este último está tratada con una encandescida simpatía hacia su sufrida y entera personalidad, su fe, superadora de ironías, en el destino de España.

Esto es, resumido, lo que es el primer tomo de esta *Antología*. Si una selección temática es siempre interesante desde el punto de vista de la historia literaria, cuando el tema es raíz y sangre de España, entonces el interés supera lo estético y se clava en nuestra alma de españoles. Alguien ha dicho que un antologizador es siempre parcial; es decir, que su visión del mundo es el factor esencialmente normativo. Y Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco forman parte de un grupo que desde años anteriores a 1936 tenían una determinada doctrina poética, un modo de ver y crear desde lo católico y nacional,

servicio heroico en el cual rindió su vida aquel triste día de Alcazarquivir.

En el examen de los poetas que siguen, Vivanco plantea de nuevo interesantes problemas. Si respecto a fray Luis de León se observa cómo el heroísmo que canta no es el de su tiempo, sino el medieval —lucha de la cristiandad en el Islam—, la cualificación estética de las diversas composiciones se realiza acertadamente y con aciertos de expresión. Otros poetas son aludidos, y se llega a Virués. Virués, para Vivanco, es el poeta del Mediterráneo, mar surcado por quillas de todas las culturas, por proas de todas las empresas europeas. Don Juan de Austria, prototipo del héroe mediterráneo, con personalidad propia y ganada, recibe varias composiciones laudatorias de Virués. La poesía de éste es la primera en calidad y número de la *Antología* y cierra el segundo período de los considerados previamente.

Abre el segundo período Fernando de Herrera. Herrera es considerado a través de la crítica literaria como un poeta cuyo valor fundamental es la forma, la retórica. Vivanco, con intuición poética, examina la contención expresiva de Herrera en los límites de su verso y muestra de qué manera la intensidad creadora compensa esa detención en las lindes métricas. La manifestación sonora de la inspiración herreriana es una luciente crátera, pero que contiene un fuerte vino espirituoso. Este es el valor literario de Herrera; pero además se ve en él al poeta español cuya voz es la conversión a lo estético y literario de todo el sentido del obrar español en su época. Esta tiene dos aspectos: un entramado de sentimientos personales —el amor, sobre todo— y una vivencia de la política española y de su coyuntura del momento. Fernando de Herrera, en su actitud amorosa y en su actitud española, dice con un instrumento expresivo de perfección rigurosa todo su pensamiento más que su afecto.

El tema heroico es total en Herrera. Hay en lo heroico español, como insinuábamos antes, modalidades o, si se quiere, valores diferentes en su realidad. En la época del César el valor es el ímpetu; en la de Felipe II, la serenidad. Así como en la epístola de Cetina, a que nos referimos antes, la personalidad de Carlos adquiere una faceta de cotidianidad, en los sonetos herrerianos se eleva el todo de la elocución; de nuevo la figura de Carlos toma más proporciones majestuosas y la alusión mitológica tiene valor de paradigma y ejemplo. Al mismo tiempo las empresas españolas son cantadas en sus di-

que unas veces se ha derramado en obras de pura creación y que ahora da esta *Antología*, de la que esperamos ya impacientes el segundo tomo.—MANUEL MUÑOZ CORTÉS.

VIDA CULTURAL

RECORDEMOS, entre las conferencias más notables, una del señor Obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Eijo Garay; otra del general Aranda en la Real Sociedad Geográfica, y, en la Real Academia de Medicina, del Dr. Heinerich Voght. El Dr. Colin Ross inauguró el curso de la Asociación Hispanoalemana. El profesor Alberto Biggini, en el Instituto de Cultura Italiana. En el Instituto Francés, la Duquesa de La Rochefoucault y M. P. Varillon. En la Delegación de Educación Nacional, el académico Sr. Gascón y Marín; el P. Pujula, en la Real Academia de Ciencias; en la serie del Museo Naval, los señores general García Pruneda, Marqués de Valterra, Antonio Tovar, Novo, etc.

En la Revista ESCORIAL, el Director del Instituto de Cultura Italiana, profesor Ettore de Zuani, ha inaugurado una serie de conferencias sobre la literatura extranjera, tratando de la italiana.

LIBROS

LA POESIA DE GERARDO DIEGO

CON poca diferencia de días han aparecido dos libros de poesía de Gerardo Diego: *Primera antología de sus versos* y *Alondra de verdad*. Nos ofrece el primero la más cumplida noticia del itinerario poético de Diego. Es el segundo la estación, por ahora penúltima, de su jornada, que todos esperamos todavía dilatada, y digo penúltima, o, mejor aún, antepenúltima, porque parece inminente la publicación de dos nuevos libros: *Biografía incompleta* y *La suerte o la muerte*.

La antología recién publicada invita a un estudio de conjunto de la obra del poeta, que en ella se nos da representado copiosamente y sin ocultar faceta alguna. *Alondra de verdad* se nos ofrece para gozar la poesía de Diego en plena sazón de maestría. Y vaya por anticipado la declaración de que en Gerardo Diego importa menos que en otros poetas la precisión cronológica como exigencia metódica para su comprensión, pues si ha aumentado su destreza el oficio y ha serenado a su poesía la madurez, el primero se le rindió dócilmente desde sus primeros tanteos, y la segunda se aposentó precozmente entre sus entusiasmos juveniles, y como reverso, las reacciones jocundas y el hormiguillo del juego no le han abandonado en la hora de la grave maestría.

No sé si sabré decir algunas cosas precisas sobre la poesía de Diego; voy a intentarlo tomando como punto de arranque estos dos libros.

UN PENATE MONTAÑÉS

Gerardo Diego es un poeta del norte de España. "Del otro lado del Duero", para que se conmuevan los manes de D. Alberto Lista y Aragón. No hago notar esto porque haya que inscribir la poesía de

Diego entre la brumosa y melancólica del grupo de poetas nortteños que D. Gumersindo Laverde y D. Marcelino Menéndez y Pelayo caracterizaran y que era en su aspecto regional primer producto de la liberación de la sensibilidad, obra del romanticismo, sino porque, aun siendo ajeno a tal posición anacrónica, algunas amarras recias le adscriben a los gustos y maneras de nuestros poetas montañeses. Las preferencias retóricas, no pocos de sus temas, la fidelidad a normas formales avaladas por la tradición, no han sido ajenos a una parte de la producción poética de Diego y son trazo muy expresivo de su perfil literario. Así defiende la vuelta a la estrofa (él, que había de desatar todos los lazos de la simetría numérica y rítmica en una importante porción de su obra) e intenta la alianza de formas tan tradicionalmente retóricas como la sextina real, la lira o la décima con el contenido creacionista de una parte de su obra.

Esta urgencia por la norma formal, que tiene su lugar más propio e importante en el resto no creacionista de su producción, es rasgo que no puede dejar de notarse y a la que seguramente no es ajena su naturaleza de castellano de la Montaña.

En ella conocimos en nuestra juventud a una nobilísima figura de poeta al que ungián al par su sangre, de la mejor alcornia intelectual, y su conducta y estilo vital, de una elegancia y nobleza imparejas: la figura de dulcísimo recuerdo de Enrique Menéndez y Pelayo. Para quienes despuntaban sus aficiones literarias en aquellos años en la Montaña era ineludible la devoción a este poeta, que, finalmente ciego y abrumado, era capaz de las mejores y más nobles elegancias en sus versos y en su vida. Y esto no era preocupación de provincianos que situáramos al poeta en los cortos horizontes comarcales con las inevitables módicas referencias comparativas. Precisamente —y esa experiencia, como yo, hubo de hacerla Gerardo Diego— tras abandonarnos a las obligadas veneraciones y entregas a las grandes figuras literarias españolas, en los centros intelectuales de Madrid, al tomar de nuevo contacto con la vida y, en ciertos aspectos, con los versos del noble poeta montañés, crecían nuestra estimación y el estímulo de emularle, no en su menester literario, sino en su dignidad espiritual, que la bondad que le sugería sus temas poéticos tenía también su puesto en la creación, y la belleza moral es al fin y al cabo una jerarquía, y acaso la más elevada de la estética.

He querido señalar con el afecto debido este penate de nuestro

lar porque creo que a su ejemplo se debieron, al menos, los temas de dos libros de Gerardo Diego: el inicial de los impresos suyos, *Romancero de la novia* (1920), y el *Via Crucis*, publicado en 1931, pero escrito en 1924. Por su tema corresponden exactamente al libro, también inicial de Enrique Menéndez y Pelayo, *Romancero de una aldeana*, como el de Diego dado a la imprenta para una edición privada, y al *Via Crucis*, también en verso y de parejo fervor.

No más que estas coincidencias temáticas pueden encontrarse en estos libros. La vena poética, los posibles influjos, el arranque y la voz son totalmente distintos, y no es mi actual intención demorarme en paralelos. Pero al considerar las posibles amarras que adscriben a Gerardo Diego a la sensibilidad y a los modos de la poesía de nuestra tierra, me ha parecido imprescindible evocar la figura de Enrique Menéndez, cuya muerte había de plañir Diego en sentidísima elegía:

*¡Qué vergüenza vivir
cuando los buenos mueren!*

exclama Diego. La huella de la bondad y de la nobleza puede ser tan honda como las de cualquier influjo literario.

CREACIONISMO

Cuando Gerardo Diego llega a Madrid para terminar sus estudios literarios está en pleno auge la alharaca llamada ultraísta. Para medir válidamente este movimiento —casi terremoto— literario habría que hacer muy detallada sinopsis de las muchas intenciones poéticas, apoéticas y antipoéticas que coincidieron para provocarle. Nace en Sevilla, pero es eco insincero de París, donde tras la gran guerra podía tener explicación cualquier neurosis literaria; pero no en España, donde la terrible prueba no había acaecido y donde lo que literariamente parecía tan sólo urgente era la higiene y policía que desterrara los restos *modernistas* (empleemos por economía este término, con el que creo que nos entendemos), ya putrefactos, que pretendían cotización aún en el mercado de nuestra poesía. Para tal aventura destructora se embarcan muy buenas inteligencias y muy sensibles temperamentos, que, pasado el turbión, habían de dar muy buena cuenta de sí.

Pero entre todas aquellas tendencias asoladoras que el impresionable carácter andaluz hace preponderantes, surge una con ambición constructiva, y la nueva que predicara el chileno Vicente Huidobro prende en dos jóvenes poetas del Norte: el vasco Juan Larrea y el montañés Gerardo Diego.

He aquí otra característica que nuevamente sitúa la poesía de Gerardo Diego dentro de la tendencia literaria comarcal del Norte. Porque la creación a que se entrega solicita rigor, escrúpulo, peso y medida. La nueva manera aspiraba a crear auténticamente un poema con todo el ardor lírico, con toda la pasión y todo el temblor posibles, pero con elementos no conceptuales, ni de imitación de la Naturaleza, sino que ya que forzosamente hubiera de ser con palabras, que éstas buscaran nuevas relaciones y connubios incongruentes con sus tradicionales enlaces, pero rigurosamente lógicos, ya en la necesidad lírica de la emoción, ya en la representación de un nuevo mundo poético así creado. "Crear un poema como la Naturaleza crea un árbol", era la fórmula repetida de las aspiraciones creacionistas.

Según ellas, el sentido lógico expresado por un poeta en un verso podía sugerir una imagen creada al destruirle con variar tan sólo la puntuación. Cuando Góngora expresa que de su persona fué fiel espejo luciente la playa azul, un creacionista ase el último verso, y leído como una oración completa, sin relación con los antecedentes que le dan sentido conceptual, dará con una imagen creada:

la playa azul de la persona mía.

Cuando Fray Luis de León, con usada metáfora, nos dice que la nieve del cabello ha variado su oro, Gerardo Diego glosará creacionistamente el verso aislado:

La nieve ha variado,

y tomará pie para un poema que desarrollará el no imaginado sentido nuevo del verso de Fray Luis:

La nieve, antaño blanca, es hoy color violeta

y todo lo que sigue.

Los ejemplos de este sistema, tan denunciador de las intenciones

creacionistas, podrían aumentarse, y quedan aquí apuntados para volver sobre su recuerdo cuando trate de un soneto del último libro de Diego en que sin intención creacionista se repite este proceso.

Yo no sé si los poetas creacionistas dieron cumplimiento feliz a sus propósitos. Acaso exija la poesía de tal manera concebida una disposición espiritual en el oyente sintonizada rigurosamente con la del creador. Si es así, como creo, debe considerarse que, fuera de las rutas frecuentadas, es demasiado grande el mar para pretender encuentros frecuentes. Yo sé que he despedido con ansia y con temor a estos poetas cada vez que se engolfaban noblemente en lo desconocido, y sé que alguna vez se han cruzado con el oportuno gustador de sus creaciones. Yo confieso que me he visto algunas veces en la impensada ruta y he podido abrazarles conmovido. Pero la polémica del creacionismo habría que plantearla en la misma entraña de su intención, en sus principios y propósitos, en lo esencial de su dialéctica y no en los resultados cuya felicidad o infelicidad nada probarían en último término. Habría que discutir si la palabra humana puede tener más noble, más poético contenido que el milenario de su significación, ni más digna trabazón que la tradicional en la diatónica de la lógica conceptual. Pero esto aparte y para otra ocasión, es indudable que muchas veces el acierto ha sobrevenido no por cumplir su intención plenamente los poetas, sino por conquistar posiciones y territorios más interesantes que la propia ciudadela sitiada.

Los mejores hallazgos creacionistas dan la impresión de no ser sino relaciones de los dos términos extremos de una serie de metáforas en que se han escamoteado las intermedias. Hace tiempo sostuve esta opinión comentando unos versos de Polo de Medina, que, sin referirlos al álamo, a quien se dirigen, tendrían todo el aspecto de un hallazgo creacionista:

*Vanidad de esmeralda que en el viento
bate tornasolada argentería.*

Sé que estos resultados contradicen los propósitos creacionistas, pero dígame si ante estos dos maravillosos versos de Gerardo Diego, en su *Fábula de X y Z*,

*Ella llevaba por vestido combo
un proyecto de arcángel en relieve,*

no se siente la tentación de rellenar los intersticios metafóricos con muy buenos razonamientos conceptuales, que dejarían patente un sentido más bello y poético que la nueva realidad que pretende crear.

Versos como éstos menudean en la parte creacionista de la obra de Gerardo Diego, y para quien no se sienta en ánimo de penetrar denodadamente en la intención del poeta y así justificarle por sí mismo, puede sin escrúpulo canonizarle por ellos.

Parte del libro *Imagen* (1922), y sobre todo *Manual de espumas*, delicioso breviario de levedad y gracia, corresponden a esta intención creacionista, perfecta y decantada especialmente en este último libro. En ambos la forma responde a la libertad rítmica que parece reclamar tal tipo de poesía, pero posteriormente, en la *Fábula de X y Z* y en *Poemas adrede*, ha ensayado Diego la aplicación de formas retóricas tradicionales a su nueva intención poética, significativo intento que me ha parecido importante subrayar, y atribuirle un origen determinado, que no pienso sea el único, ni menos el pretendido o aceptado por su autor. El resultado del contraste entre lo que tales formas ineludiblemente evocan y su inesperado contenido, presta a tales poemas una gracia constante y una constante sorpresa que no son sus menores atractivos. Creo que tal ensayo rebasa la ortodoxia del creacionismo, pero la realidad es más fuerte que tales rigores y no puede menos el lector de felicitarse de la ingeniosa ocurrencia del poeta.

De otro libro de inminente aparición, *Biografía incompleta*, ha publicado muestras Diego en diversas épocas y revistas, y en esta su primera antología, y en ellas parece volver a las maneras primitivas de esta tendencia con una pasión y un temblor más graves y profundos. Pero lo más significativo es la continuidad de su vocación para un tipo de poesía singular que hace compatible con el ejercicio de las maneras más tradicionales.

Era indispensable la referencia a esta actividad que, júzguese como se quiera, ha sido decisiva en la poesía de Diego y beneficiosísima para sus auténticas virtudes poéticas. En el prólogo de su *Antología*, y antes en otros lugares, ha proclamado el poeta la sinceridad de sus intenciones al simultanear esa doble actividad de su poesía. Era innecesario, pero es ilustrativo reproducir las palabras con que las justifica. "Todas estas inquietudes—dice—se reducen en mí a dos únicas intenciones. La de una poesía relativa, esto es, directamente apoyada en la realidad, y la de una poesía absoluta o de tendencia a lo

absoluto; esto es, apoyada en sí misma, autónoma frente al universo real, del que sólo en segundo grado procede." En algún lugar ha dicho que simultanea ambas intenciones como pueden simultanearse la prosa y el verso. Ambas partes de su obra aparecerían así escindidas y podrían invitar a estudiarlas con absoluta independencia, pero hay entre ellas tal relación que sin la una sería difícil explicarse porción de aspectos de la otra, y así, si toda su obra no puede aspirar a la unidad evidente para cualquier lector, es innegable que internamente tal cantidad de lazos las unen que casi llegan a constituir un uno. Tal aspiración parece expresada en aquellos versos de su admirable romance del *Río Duero*, en Soria, que pienso que es sincera y que Diego la adoptaría como emblema de su poesía:

*Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso,
pero con distinta agua.*

VOCACIÓN MUSICAL

Otro elemento es preciso considerar que por estar en la entraña misma de la vocación artística de Diego explica un aspecto esencial de su poesía. Es éste su aptitud musical, tan resuelta que en el orden de sus preferencias ocupa lugar no inferior a su vocación poética.

Gerardo Diego es un excelente pianista y un versadísimo musicólogo, y esto desde edad muy temprana. Lector insaciable de música, tiene en tanto sus hallazgos musicales—una sonata de Clementi, un trozo de Fauré—como sus mismos hallazgos poéticos—una égloga de Medinilla o un soneto de Bocángel—. Ello ha intervenido en la conformación de su sensibilidad y ha determinado su visión subjetiva del arte y de la naturaleza, que ha de reflejar en su poesía bajo tal influjo.

Como en la música, huye en la poesía de efectismos sonoros, de ritmos o armonías fáciles, pero no de las obligaciones que el número musical impone, y ello hace que hasta en los momentos de mayor libertad, en los de abandono más absoluto a la creación más arbitraria, esté transida su poesía de un ritmo sutil, un como eco musical, una trascendencia sonora que pugna por elevar a plano rítmico, susceptible

de compás, lo voluntariamente entregado al arbitrio de su voluntad creadora. Los ejemplos podrían multiplicarse, y todo su *Manual de espumas* es patente prueba de ello. He aquí uno bien expresivo del poema *Nubes de ti*, de *Biografía incompleta*:

*Porque cuando tus venas navegables
se hayan cubierto de ánades viajeras
y mi aletargada cintura se desenrosque y hable.*

El ritmo con que tropiezan los dos primeros versos—no de manera distinta a como Don Quijote topó con la iglesia del Toboso—y el asonante no rehusado del tercero, no pueden estimarse accidentes casuales, sino más bien descanso de una sensibilidad habituada a conjugar lo inefable de la poesía con lo medido de la expresión, a buscar y expresar, como en un verso suyo

ritmos disciplinados en compases perfectos.

Temas esenciales en la poesía de Diego provienen de esta afición y de esta competencia. Unas veces son poemas de asunto estrictamente musical. Tales sus sonetos a Beethoven, Schumann, Schubert, Scriabin o Debussy, tan maravillosamente caracterizados o glosados. O los de los *Ángeles de Compostela*, interpretación musical de aquellas piedras románicas. O sus variaciones poéticas sobre los *Nocturnos*, de Chopin, que, a modo de gran poema, han de constituir un solo libro. Otras veces son interferencias de recuerdos musicales, como en su delicioso poema juvenil *La cometa*:

*Trepa por el cielo ligera
y las niñas cantan a una
girando en el corro: —“Quisiera
ser tan alta como la luna”.*

*Yo también quería volar
—ay, ay—, como la luna”, más alto...*

Pero sobre esto hay todo un estilo en la adjetivación que proviene de ese campo y que Diego prodiga, y siempre con una gracia y una nove-

dad personalísimas. Sólo quien está solicitado por el recuerdo musical podría ver a la rosa en su *Asunción*,

mecida entre compases ruseñores;

o prorrumper al evocar a Razías, el ángel del Pórtico de la Gloria,

*Ya tu clarín me disipó las brumas,
oh grave, agudo azul de coordenadas:*

o, finalmente, al evocar la España de Debussy, adjetivar así,

*Lentas Granadas, frágiles Sevilla,
Giraldas tres por ocho, altas Comares...*

ALONDRA DE VERDAD

Creacionismo y música. Acaso la aspiración del creacionismo fuera disponer de puros sonidos para sus poemas y expresar, como hace la música, lo irreductible a concepto. Y acaso ambas vocaciones, la imposible de la pura creación y la satisfecha de ansia musical tengan un secreto enlace en el espíritu de Gerardo Diego, no de otra suerte que en nuestro fray Luis de León la armonía musical era cifra e imagen de la intelectual y de la del mundo. En todo caso estas dos aspiraciones son imprescindibles para explicarse lo más distintivo y singular del arte de forma tradicional de Gerardo Diego.

Porque ahora, con *Alondra de verdad* bajo los ojos, ante el libro formalmente más riguroso y poéticamente más personal y expresivo de Diego, es preciso proclamar que sin el creacionismo, sin el esfuerzo para la pura creación que ha solicitado constantemente al poeta, sin la cinemática verbal, sin la gimnasia metafórica, sin la angustia poética que tal empresa exige, la poesía de Gerardo Diego no hubiera sido como es. No hubiera sido tan excelente como es.

La comprobación puede hacerse en su soneto *La asunción de la rosa*, quizá el más etéreo e incorpóreo de cuantos componen su último libro. El tema está sugerido por una lectura inexacta de un verso de fray Gerónimo de San José. Había dicho éste que tanto eleva el

espíritu la visión de una rosa, tanto la eleva el canto de un ruiseñor que hace pensar en cuál será su elevación ante los goces del cielo si se juzga por la que producen estos primores de la tierra.

Tanto una rosa, un ruiseñor eleva,

había escrito condensadamente el inspirado fraile. Gerardo Diego al leer el verso, suprimida la coma, crea un pensamiento poético totalmente distinto, y tomándole como tema construye su bellissimo soneto. Es en él la rosa elevada por el ruiseñor la imagen generadora. Encuéntrase ésta en tierra fronteriza entre una imagen creada y una imagen reproductora de una visión real. Las sugerencias que de ella brotan rebasan con mucho la concreta visión evocada; mas si esto debe suceder con toda imagen auténticamente poética, con la que considero y las que siguen nos sentimos transportados a un mundo poético todavía posiblemente imaginable, pero en el que las sugerencias inefables e indefinibles llegan al límite de una auténtica creación. Dificilmente admitiría una interpretación conceptual la expresión "éxtasis de encaje", pero tan incisivamente alude a la composición pictórica del tema que su inserción en el centro del soneto ha de saludarse como un acierto decisivo.

"La playa de mis duelos", "tus ojos conjugando aguas y fuegos", "licor tenue al difumino", "cristal de conjeturas", "música para el tacto perezosa" y tantas metáforas o imágenes injertas en estos sonetos no pueden negar su estirpe, el ansia de creaciones inéditas que al adscribirse a motivos rigurosamente conceptuales les prestan su esmalte sorprendente. He aquí patente la verdad de que sin la gimnasia creacionista la poesía de Diego no hubiera sido como es, tan excelente como es.

Pero no son solamente estas virtudes las que exaltan la poesía de Gerardo Diego, sino que otras tradicionalmente consagradas por todas las poéticas surgen a cada paso en sus versos. La *cállida mixtura* de palabras preconizada por Horacio, el deshacer asociaciones verbales tópicas y unir vocablos que acaso nunca se habían visto juntos es virtud sobresaliente de estos versos. Huelgan los ejemplos, que son tantos como sorpresas recibe el lector o el oyente, y éstas le acechan y le asaltan al recodo de cada verso. "Mellizos lirios", "sueños fríos", "hamaca de música", "avispa del sondeo", "las rocas auditivas", "sue-

ños acumulados”, “geología yacente”, etc., son expresiones que pueden encontrarse a cada paso y que corresponden plenamente a lo que las preceptivas más académicas llaman lenguaje poético.

El rigor constructivo de sus endecasílabos no es sólo consecuencia de su sensibilidad para el ritmo, sino deliberación y conciencia de las obligaciones que el verso exige. En las deliciosas notas que ilustran unas veces el sentido, otras veces la intención o las circunstancias de composición de cada soneto, que acompañan a los de este libro, se erige en la obligación de justificar el empleo de acentuaciones que pudieran parecer o arbitrarias o incorrectas. Como pudiera el más meticuloso academicista, tras justificar el empleo de un endecasílabo anapéstico advierte: “En el presente libro sólo le he usado dos veces”.

Pero en lo que verdaderamente se demuestra lo caudaloso de su poesía, su importancia y trascendencia única entre los poetas que hoy hacen versos en España, es en la riqueza de materiales que maneja, en su infinita variedad temática. Nadie manipula elementos más varios y dispares, desde el puro juego a flor de piel de temas intrascendentes, como el delicioso soneto *Cuarto de baño*, hasta la impresionante grandeza telúrica o mística de sus *Cumbre de Urbión* o *Teide y Revelación*. La gracia andaluza más clara y fina no acariciaría los limpios metales, platas, azulejos y espejos empañados “de un rubor de niebla fría”, de su cuarto de baño con más leve toque. En contraste, la visión de media España “a la redonda” desde la cumbre de Urbión, o el Teide inaugurando su nieve en los aires, “parto del cielo”, tienen la grandeza de imagen no desproporcionada a la ingente altura de dos de las cimas más elevadas de nuestra orografía geográfica y postulan con todo derecho su puesto entre las cumbres de nuestra orografía poética.

Mas estas visiones gigantes aun admiten un exponente espiritual que las eleve, y Gerardo Diego, impelido por lo que hay que volver a llamar con vocabulario genuinamente romántico *inspiración*, nos hace sentir el aletazo místico al adivinar desde Urbión, palpitante aún sobre la tierra española,

*una nostalgia trémula de aquellas
palmas de Dios palpando su relieve.*

Todavía ha sido capaz de recibir este favor místico más expresivamente caracterizado, y es en Numancia, la

*Numancia del silencio y de la ruina,
alma de libertad, trono del viento,*

donde al oír, como fray Gerónimo de San José al rui señor, cantar a un pájaro sin lira, delirar flotando en la cima de su aguda fiebre, sin rama y sin atril, siente su espíritu anonadado, ausente de la desolación de aquel campo, de los recuerdos que evoca, y una sugestión de divinidad le envuelve entre las ruinas e interpreta el trino del ave arrebatadamente;

*vivo latir de Dios nos goteaba,
risa y charla de Dios, libre y desnuda.*

Y en transición genial vuelve a la realidad de la escena para rematar su soneto,

y el pájaro, sabiéndolo, cantaba.

Hubiera deseado haber sugerido un inventario suficiente de temas, un esquema de lo que debiera ser un estudio de la poesía de Gerardo Diego. No renuncio a escribirlo alguna vez. En este *quasi un ensayo*, redactado con excesivo apresuramiento, faltan, de una parte, indicaciones sobre aspectos del poeta y se desarrollan otros con extensión desmesurada para la economía de una sinopsis. Cumple con todo, con la obligación de saludar a un alto poeta español y de dar la bienvenida a esos dos libros ejemplares que nos muestran el camino y la meta de una madurez fecunda. — JOSÉ M.^a DE COSSÍO.

El problema de la tierra en la España de los siglos XVI-XVII, por Carmelo Viñas y Mey. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Jerónimo Zurita.) Madrid, 1941.

El autor de este trabajo lo es de buen número de publicaciones. Da a luz en el prólogo su propósito de publicar una serie de monografías consagradas al estudio de la historia agraria de la España moderna.

Convencido de que no se puede segmentar la vida histórica de un pueblo, ya que los problemas económicos forman parte integrante del total proceso histórico, aspira a superar el "solipsismo" en que historiadores y economistas inciden, desde sus respectivos puntos de vista, y pretende no hacer historia económica aislada, "sino enraizada en la historia total". Son sus propias palabras.

Las fuentes de su trabajo son documentos editados e inéditos, con abundante literatura española del siglo XVII, principalmente. Colaciona más de un centenar de títulos de obras modernas, nacionales y extranjeras, cuyos temas no siempre tienen relación con el asunto. Aporta como apéndices tres documentos hasta ahora inéditos, los tres procedentes de la Biblioteca Nacional, uno de fines del siglo XVI y los otros dos de 1647 y 1624, respectivamente. El tercero está redactado en lengua portuguesa.

El autor revela singular predilección por el fenómeno de la gran concentración territorial y su enlace con dos procesos a todas luces interesantes: el endeudamiento de la tierra y el absentismo. En la primera parte de la obra enhebra otras cuestiones: juicios acerca del sistema tributario y del régimen de precios de los productos agrícolas. En la segunda refiere proyectos de colonización interior y explica algunos problemas demográficos. Es indudable que le atrae más lo social, propiamente dicho, que lo económico.

Las breves páginas que dedica a la "era de prosperidad" parten del reconocimiento de un gran progreso experimentado por la agricultura española durante el siglo XVI. No puntualiza el ciclo de su desarrollo. De sus afirmaciones, a menudo imprecisas y desbordantes, van naciendo y creciendo interrogaciones en el ánimo del lector curioso. Aquella "era de prosperidad" provocada por las remesas indianas, la abundancia de capitales y el incremento de las fortunas privadas, ¿en qué forma y por qué vía alcanza a la inmensa mayoría de los españoles? ¿Cómo y a expensas de quién se constituyen los grandes patrimonios territoriales de nuevos terratenientes? ¿Qué proporción de éstos se consagra a las faenas del campo y contribuye directamente al incremento de la producción agrícola? ¿Qué cultivos son los que, en realidad, se extienden y prosperan? ¿A qué se debe que el pequeño propietario y modesto labrador no puedan resistir la fiebre adquisitiva y acumuladora de los grandes propietarios? En es-

tas preguntas se respetan, dentro de lo posible, las expresiones que utiliza el autor.

Que merced a beneficios obtenidos en el comercio, en las operaciones de crédito público, en la contrata de abastecimientos y suministros de ejércitos y armadas, en el arriendo de rentas de la Corona y en las sinecuras de la Administración se formaron grandes capitales y, en gran parte, fueron invertidos en tierras de cultivo, aunque el autor no lo puntualice, es cosa conocida. No es tan conocida la proporción de los nuevos propietarios, que, retenidos en la ciudad por sus actividades, afrontaran directamente la explotación agrícola, a no ser en las zonas óptimas de la Bética. De éstas salieron cantidades enormes de vino y aceite hacia las Indias, sobre todo. Muchos de los nuevos propietarios especularon con frutos del campo andaluz, como era lógico, en tan propicia coyuntura. Que la nobleza, el clero y rentistas ociosos siguieron adquiriendo tierras, es también cuestión que no presenta dudas. Pero la agricultura española estaba integrada con otros muchos partícipes de distinta condición económica, modestos labradores, propietarios y arrendatarios, cuya situación hubiera sido interesante intentar puntualizar durante la "era de prosperidad". También lo hubiera sido aspirar a conocer qué suerte corrieron los trabajadores del campo. Cuando el autor menciona los diferentes cultivos, cereales, vid, olivo, no establece entre ellos las diferencias que reclama la distinta magnitud de su producción y rendimiento, dentro de la agricultura española. El hecho de que después de mencionados el trigo, el vino y el aceite diga que con estos tres España abastecía "al norte de Africa, a Génova, Venecia, Florencia, Francia, Flandes, Portugal, Inglaterra, Alemania y Polonia", nada menos, pudiera entenderse como si el abastecimiento se refiriese a todos estos productos, lo que daría una idea engañosa del volumen y naturaleza de nuestras exportaciones. Incluir entre ellas el trigo como artículo de exportación siquiera frecuente, no ya en tan múltiples direcciones, sino en más de un destino, estaría en contradicción con la realidad. Los testimonios fidedignos hasta ahora conocidos sólo permiten afirmar que no salió trigo de España más que en situaciones excepcionales y rarisimas. Es sensible que cuando Viñas aporta referencias documentales (pág. 22, nota 28) no calme la curiosidad que despierta. Es conocida la insuficiencia reiterada de las cosechas castellanas; lo son las importaciones de granos de distintas procedencias, y que con el trigo.

ya que no con los metales preciosos, fué efectivo el bloqueo declarado por las Cortes de Castilla para toda salida de granos, incluso cuando se trataba de suplir el déficit de Valencia, que fué crónico, y sólo remediaron las constantes importaciones sicilianas. Basta la lectura de documentos tan accesibles como la pragmática de la tasa de granos de 1539, así como también las anteriores, para recordar, por último, que una zona importante del litoral en el reino de Castilla quedó siempre fuera del régimen de tasa y a merced de importaciones extrañas.

Es singular que una producción agrícola que, si bien el autor no cifra, estima muy por lo alto, fuese compatible con el hecho de que el suministro en Sevilla de las naves de la carrera de Indias se hiciese a base de trigos exóticos, como resulta de los testimonios de Hamilton (*Wages and subsistances on Spanish treasure ships, 1503-1660, 1929*).

¿Cómo conciliar el hecho de que subiesen los precios de granos en Castilla con anterioridad a la acción revolucionaria de las remesas mientras la producción seguía creciendo y que, con posterioridad, el incremento del precio de los granos durante los tres primeros cuartos del siglo XVI operase con más prisa que los de productos industriales, si se cosechaban cereales en cantidades excedentes del consumo interno? Tan incongruente como esto resulta que si la coyuntura beneficiaba a "todas las clases sociales españolas" (pág. 20), de un lado, las pragmáticas y las actas de Cortes recojan testimonios de la penuria de los campesinos, y, de otro, que las copiosas y frecuentes levadas de soldados para las campañas del Emperador, la emigración a Indias y el desplazamiento de campesinos a las ciudades puedan coincidir con una prosperidad tan difundida entre las clases sociales.

Descuida el autor la crítica de las fuentes que utiliza. A las relaciones venecianas, preciosas en muchos sentidos, no se las puede pedir exactitud, ni medida, cuando hablan en términos generales de asuntos acerca de los que se dispone de testimonios directos y circunscritos. Más expuesto es aún aceptar a la letra afirmaciones de autores que han sido revisados. Después del trabajo de Bernay, el crédito de Haebler ha padecido. ¿Por qué citar a Laiglesia, por ejemplo, a la par que a Soetheer, Haring y Hamilton, cuando las cifras del primero distan de las del alemán lo que 17 millones de 1.000 millones, y los americanos llegan a cifras depuradas?

Una coyuntura que nace y crece en función de beneficios obtenidos merced a la elevación de precios y en proporción con la distan-

cia a que quedan los costos detrás de los precios, que fué en España muy considerable de 1530 a 1560 y sólo algo menor hasta 1590, pretende el autor que alcanzase a todas las clases sociales. Sabido es que la característica necesaria de todo período de inflación de beneficios es producirse a expensas del bienestar general y dentro de un nivel relativamente bajo de los salarios, lo que no pudo dejar de afectar, como una tenaza de hierro, a las economías campesinas de la época, a los cultivadores de granos sometidos a un régimen de tasa sin interrupción desde 1539; régimen que cuando se infringió, y datos hay de que fué con extraordinaria generalidad, no siempre recibieron provecho de la infracción los cultivadores, sino más bien los revendedores. Por eso se preguntaba antes: ¿A qué se debe que el pequeño propietario y modesto labrador no pudiesen resistir la fiebre adquisitiva y acumuladora de los grandes terratenientes? No se puede englobar bajo una misma rúbrica a productos agrícolas tan distintos como el trigo, vino y aceite, porque su cultivo y su mercado no corrieron durante el período la misma suerte. No tiene duda que el área de cultivo de los dos últimos creció con la demanda exterior y también para responder a un mayor consumo interno, durante algunos años con velocidad vertiginosa. No habrá pasado inadvertido para el autor cómo se realizó esta expansión de la zona del olivo en las tierras propicias y cómo tuvo expansión considerable el cultivo de la vid, a expensas éste, casi siempre, de la hoja de cereales. No puede haber pasado sordo ante el clamoreo que el proceso suscita y atestigua la documentación coetánea. Ni, lo que importa más, puede olvidarse que la calidad y localización de las tierras robadas al cultivo cereal imprime baja perceptible en la media de producción unitaria en virtud de la roturación continua de tierras más pobres, que sólo en los primeros años de su cultivo contribuyeron a reponer una pérdida, a la vez que acusaban estragos en las tierras comunales y en los montes. En este sentido no siempre fueron abusivas las reclamaciones de la Mesta. No conviene, por lo mismo, apoyar la creencia en el progreso agrícola de los cereales con el testimonio de las roturaciones. Otros conocerá, sin duda, el autor; pero de la lectura del documento del siglo XVI que publica como apéndice, y que ha de ser examinado después, documento redactado entre 1575 y 1580, dentro, por lo tanto, de uno de los últimos decenios de la coyuntura, hubiera podido extraer conclusiones del tipo de las que preceden. Cultivo de trigo fué, en muchos casos, cul-

tivo ruinoso en las altiplanicies castellanas, por culpa, en parte, de la técnica en uso, de la falta del más rudimentario capital de explotación y por los frenos del régimen de precios.

Tan insistente comentario a las páginas menos numerosas del libro de Viñas hay que atribuirlo al propósito de salvar lo que acaso estaría en su ánimo, pero la brevedad no le permitió insinuar en el ánimo del lector: que ya en la era de prosperidad está el germen de fenómenos de la fase de depresión de que después trata con más calma, pero no más a fondo. Igualmente pudiera sorprender que precisamente al cuerpo de la obra se dediquen aquí menos palabras. El secreto está, de una parte, en la falta de sustancia de algunos de los capítulos que siguen. De otra, en que la segunda parte de la obra enfoca tan sólo la vida social de la época.

Por no haberse planteado los problemas que lleva en su seno la "era de prosperidad", se enfrenta el autor, antes y después, en la demografía y en el régimen de propiedad de las tierras, con los mismos fenómenos: concentración de fundos y absentismo. Pero el autor se extravía en el análisis de las causas. Así, cuando aborda el endeudamiento de la tierra, tiene que contentarse con una mala explicación: la falta de mercados exteriores para los productos del campo español. Precisamente, a pesar de las alternativas de la hegemonía española, cuando iban adentrándose los tesoros indianos, rápidos y copiosos, en los mercados de Europa, la misma elevación que allí experimentan los precios abre nuevas vías de acceso a productos que, por encarecido antes y sólo en España, vieron frenada su expansión a países de precios más bajos. Si se recuerda, además, que los artículos de exportación española fueron en su mayoría primeras materias, se explicará que no hubieran tropezado con la barrera mercantilista que defendía y definía la política económica de otros pueblos. La crisis no era de mercado, sino de productos.

Peca, después, la interpretación del endeudamiento inmobiliario de extraordinario confusiónismo, no obstante ser elemental y sumaria. Hablar de los censos redimibles como único fenómeno que reclame atención, cuando tantas fueron las cargas crediticias que pesaron sobre los agricultores y que reflejan su penuria, es contentarse con poco. El lector se hubiera interesado con un extracto de material inédito a que el autor alude, más que con la incorporación al texto de pasajes de obras conocidas, y no muy selectas, que tanto abundan en las pá-

ginas del libro de Viñas. Dar por sentado que el censo es un brote del “espíritu de especulación” (pág. 35), sin referirse a la causa que impuso su fatal boga, equivale a truncar su sentido íntimo. Viñas malogra con ello el examen de un tema interesante.

Olvida el autor sus propósitos de hacer un estudio integral de la historia también cuando se refiere al régimen fiscal. La ocasión era la más propicia para desentrañar el engranaje de la política general con la economía de aquel tiempo. Por la historia de la hacienda, decididamente, no siente vocación. Tiene del tema y de la realidad circundante una representación tan borrosa, que en el capítulo titulado “Régimen fiscal”, escribe estas líneas:

“Que la formidable avalancha que tuvo que soportar el reino —diluída en gran parte por los abusos recaudatorios (6)— fué una de las principales causas de su hundimiento económico, es hecho inconcuso y conocido de todos.”

Para acercarse más al pensamiento del autor hay que reproducir también la nota 6:

“He aquí un hecho: Hacia 1689, el total de tributación ascendía a 80 millones de ducados anuales, de los cuales tan sólo ingresaban en las arcas del Tesoro público 17 millones. (Noriega. *Bibl. Nac.*, Ms. 4466.)”

Por lo pronto, sorprende el calificativo avalancha aplicado a la tributación del período. Cierto que no dice concretamente a qué año se refiere, ni cabe pensar que la avalancha durara dos siglos. Pero ¿cuándo tuvo lugar? El régimen de impuestos de la época sometida a estudio experimentó después de 1560 algunas modificaciones. Hasta entonces los impuestos vigentes en el reino de Castilla, una vez conquistada Granada, subsistieron durante todo el reinado de Carlos V; no puede decirse que se aumentara su número y su cuantía experimentó no más que retoques. De tal tipo fué la agravación de los derechos de almojarifazgo. Ni se corrigen incongruencias del régimen de Aduanas, ni prosperan proyectos de generalización de tributos que abordó, sin éxito, el Emperador, que todavía muchos años después lamentaba la actitud de los Grandes en las Cortes de Toledo de 1538. Felipe II, que desdobló las alcabalas, introduce los “millones”, que, por cierto, disfraza de donativo precisamente para que la carga im-

positiva alcance a los que estaban exentos, y de esta manera desgrava a los pecheros. Una gran reforma que tuvo en estudio al borde de la segunda bancarrota nunca llegó a implantarse, y tan insuficiente fué el alcance de las modificaciones introducidas en los impuestos, que en la era de bancarrotas posterior a 1575, en 1596, 1607, 1627, 1647, todo se redujo a consolidación de deuda, a base de juros y más juros, entre los que dejaron tanta lana los banqueros genoveses y alemanes, que algunas casas no lograron salir a flote. Por lo demás, que de los 80 millones sólo llegasen al Tesoro 17, nada tiene que ver con los abusos recaudatorios. Se trata de una hacienda absolutamente empeñada, cuyos ingresos están, en forma de consignaciones, en poder de los acreedores que desconoce la caja única, y tiene tantas rentas enajenadas, que la mayor parte de lo recaudado no llega a parar al Tesoro. Los abusos recaudatorios tenían otro efecto. Por último, la cifra de 80 millones no puede aceptarse sin reservas.

Denomina el autor "el hecho de más trascendencia en la historia económica de España durante la edad moderna" el que las tierras periféricas llegasen a tener, a la inversa de lo que había ocurrido durante algún tiempo, mayor densidad de población y más actividad económica que las altiplanicies centrales. No es posible detenerse aquí en la interpretación que da al hecho (págs. 83 a 102). Frente a ella cabe pensar que si la capacidad creadora de Castilla, su virtud política, pudo lograr que se dilatara e irradiase el solar de Fernán González sobre mares y continentes, no podía estar en sus manos el cambiar la acción de los agentes naturales. Que una costa ubérrima y un suelo de tan ponderado equilibrio económico como el catalán llegasen a tener más población y más actividad económica que la meseta del Duero, no parece requiera explicación por vía de privilegios políticos. Los sacrificios de Castilla fueron inmensos, su predominio en extensión territorial y en población—el 75 y el 85 por 100, respectivamente, del total—sobre los demás reinos es patente, como también que contó con ingresos específicamente suyos que hicieron posible, con estrago indudable, que soportase la carga.

Del régimen de tasas se ocupa Viñas con acierto y con detenimiento. No recuerda, sin embargo, que la desviación tradicional de tasas y costos fué la herencia de la política medieval de abastos recibida de las ciudades castellanas e imperante cuando los supuestos en que se inspirara habían prescrito.

La segunda parte del libro utiliza, con provecho, material manuscrito al referir la inspiración y la letra de proyectos que merecieron mejor suerte. Aquí se mueve el autor con más soltura. El propósito de que los Grandes volvieran al campo seguidos de la densa comitiva de sus serviciarios de toda índole, que del campo procedían en su gran parte, constituyó un objetivo tan sensato como, por desgracia, inasequible. En la Corte de los Austrias del siglo XVII los reyes dejaron el cetro a menudo en manos de sus validos. Estos dictaban la política, y su disfrute pasaba, alternando, de unas a otras familias, las que, a medida que se sucedían, dispensaban favor a los suyos y abrían las triunfantes a las depuestas camino franco para que se reintegraran a la vida rural. Aspirar a que todos los nobles ociosos dejaran la Corte fué vano empeño. Tiene interés la descripción que ofrece el autor de los variados tipos conocidos, desde luego, por la literatura de la época, de los que poco partido podría sacarse para la regeneración rural. Apunta, por último, Viñas algunos antecedentes de colonización interior y llega a establecer enlace con las reformas del siglo XVIII.

Por último, es preciso decir algo del apéndice documental. La copia del manuscrito 9372 de la B. N., cotejado con el original, presenta tan variadas innovaciones, que después de prescindir de más de un ciento, muchas de las cuales puede salvar el buen sentido del lector versado en Historia, quedan muchas, algunas de tanta gravedad, que no sería aconsejable prescindir de anotarlas, aunque la labor resulte enojosa.

Las faltas de fidelidad de la copia pueden clasificarse en tres grupos:

Primero. El copista no resuelve una sola abreviatura. En más de una ocasión, además, las altera. Escribe, desde luego, *fs.* donde debe decir *fanegas*; *rs.* en lugar de *reales*. Pero llega a más: escribe también *fs.* donde el original dice, con todas sus letras, *ojas*, refiriéndose a las de cultivo (epígrafe "Córdoba", pág. 219; "Jaén", pág. 220). Este sentido ambivalente que da a sus propias abreviaturas le lleva a excesos como este, así: *rs.* lo emplea indistintamente para traducir *reales* y *ducados*. (Pág. 222, bajo el epígrafe "Martos y su tierra", en el párrafo último, referido a Porcuna.) El error adquiere proporciones tremendas cuando se enlaza con una práctica que tampoco omite, la de suprimir la sigla que expresá mil. Ello le hace convertir 17.017 *fanegas*, de que habla el manuscrito, en 17 *fs.*, que figuran en la copia,

y a continuación, 8.272 *fanegas* quedan reducidas a ocho, ya que intercala después dos consonantes sin sentido y deja separadas las 772. (Pág. 215. "Burgos".) Poco más adelante: 180.000 *reales*, que volaron de unos Pósitos de Martos, se convierten en 18 rs. (Pág. 222.) Bajo el mismo epígrafe, en el párrafo último, referente a Porcuna, la cifra 12 rs., que reconoce el copista, son en el original nada menos que 12.000 *ducados*. (Pág. 222.) En la siguiente página, epígrafe dedicado a Loja, Lora (no Lorca) y Alhama, escribe 14 fs. en vez de 14.000 *fanegas*.

Segundo. Son frecuentes las omisiones de palabras o frases que comprometen el sentido del manuscrito, en más de una ocasión, hasta dejarlo desfigurado. He aquí algunos ejemplos. Se escribe en cursiva la omisión. Dice la copia: "para tomarlos como éstos por el tanto". Debería decir: "*para tornarlos a arrendar que se proiba esto por ser dañoso, o que los puedan tomar los concejos por el tanto*". (Pág. 218, epígrafe "Zamora".) En la página 219, bajo el epígrafe "Ciudad Rodrigo", dice la copia: "Ricos bayan a la Ciudad". Dice el manuscrito: "Ricos *no se bayan* a la ciudad". En la 221, bajo epígrafe "Jerez", dice la copia: "y no se va ni a sembrar". Debería decir: "y *si no se va no osa sembrar*". Dos ejemplos ahora de laguna y a la vez trueque de términos, alguno de ellos peregrino. En la página 221, bajo Martos y su tierra, escribe el copista: "y Tabancos que no sienbran las gentes porque de tierras del abor". Lo escrito en el manuscrito es lo siguiente: "y *están bacas, que no se siembra la quinta parte* de las tierras de *labor*". Bajo el mismo epígrafe, página 222, dice la copia: "censo o suma que lo traspaso en favor de los lugares que lo icieron ante testigos y pagan 11 salarios". Lo escrito en el original es esto: "censo *a su magestad* que lo traspaso en favor de los *Fúcares* que lo icieron *once partes* y pagan 11 salarios".

Tercero. Errores de lectura que introducen grave alteración en el sentido del texto. En algunos casos, para descargar su conciencia, hace seguir la palabra mal leída del preceptivo *sic*, en este caso impropcedente. Así, no dice "minismos" (pág. 218), ni "cosa" (pág. 220, "Ecija"), a pesar del *sic* que emplea el copista, sino, simplemente: "*ministros*" y "*cosecha*", respectivamente. En la página 217, bajo "Zamora", escribe el copista: "beintitres Sorianos". El manuscrito se refiere a veintitres "*scrivanos*", que pesan con exceso sobre la sufrida población con sus derechos y agravios, cuando en ella sobrarían doce. Cambios como los de "propósito" en vez de "*pósito*" (pág. 215, línea final);

“a flor” por “*lavor*”; “conseguirles” por “*realengas y concejiles*” (página 219, bajo Ciudad Rodrigo); “devido” por “*exido*” (ídem íd.); “Productores” en vez de “*Provedores*” (pág. 220, bajo Antequera); “mano” por “*llano*” (pág. 221, Jerez); “sobran” por “*solían*” (pág. 221, Lorca); “consuelo” en vez de “*con recelo*” (pág. 222, Martos); “eran” por “*no osan*” (ídem íd.); “ciudad” por “*caudal*” (ídem íd.); “ganaderos” por “*vecinos*” (pág. 222, Carmona); “se de porque” en lugar de “*se derogue*” (pág. 223); “confiscar” por “*conservar*” (pág. 223, Almadén); “se quien” por “*se quite*” (pág. 224, Cuenca); “anuladas” por “*validas*” (pág. 225, párrafo final), y otros, que abrumarían.

Sería interminable la relación. Hay que repetir que no se traen a ella más de un centenar de casos. Los caracteres del manuscrito puede leerlos de corrido persona nada versada en paleografía. No es posible que el lector haya sido Viñas. Es indudable; pero también lo es que él responde como editor de la copia. — RAMÓN CARANDE.

Eduardo VII, por Andrés Maurois. Juventud, Barcelona.

Los editores españoles han descubierto a Andrés Maurois. Descubrieron a Ludwig; comprendieron su error, y en un acto de contrición inundaron el mercado librero de Stephan Zweig. Hoy es quizá éste el autor de biografías más leído. Le va a la zaga Hilario Belloc —y más cerca aún, acaso— Andrés Maurois. No obstante, si se quieren leer “vidas” bien escritas será preciso ir a los que enseñaron, en nuestros días, el arte de hacerlas: Lytton Strachey (o Gundolf, entre los adiestrados por Stephan George). Hoy por hoy se ha dado ese paso —no ciertamente decisivo— que va de Ludwig a Stephan Zweig. No se lee lo mismo, en el caso de Zweig, su bien hecho *Fouché* que esos deficientes *Nietzsche*, *Tolstoi* o *Hoelderlin*. Otro tanto sucede con Andrés Maurois, aunque el nivel de discreción sea en él algo más sostenido. Mas, desde *Ariel*, ha bajado su esfuerzo. Ya el *Byron* era en exceso prolijo; su *Chateaubriand* ha quedado en un término medio entre el trabajo de investigación y la creación biográfica; esto es, una simple acumulación de los datos mejor elegidos que permitirían intentar una buena biografía. Maurois ha escrito biografías breves y ex-

tensas. De las primeras se ha traducido su *Voltaire*. (No era urgente.) De las grandes, el *Eduardo VII*. Esta sorprende por la voluntaria decisión del autor de prescindir de lo pintoresco. Maurois, al igual que Morand, alardea de desdeñar lo fácil. Y, en este caso, era la ocasión propicia. Maurois no ha querido ceder al *Eduardo, Príncipe de Gales*. Su anglofilia le ha hecho preferir el político al *dandy*, el aspecto más prestigioso. Para ello ha tratado de hacer labor seria. Más que una vida, el libro es la historia política de la Europa de aquellos días, en pugna con la política inglesa. Este rey —como uno de tantos vástagos de viejas familias británicas— hace política por tradición y por instinto. De aquí que, tras la máscara frívola del elegantón, aliente la tenacidad del estadista. Y eso empieza a dar también valor al aspecto vital que, sin apariencia, tiene esta biografía. La “vida” se hace más considerable; aparecen más inescrutables los designios de la “la pérfida Albión” detrás de un velo intrascendente. Pero, ¿y si se desliza cierta frivolidad en esa política tan seria de fondo y tan leve de apariencia? No hay política ardua en tiempos fáciles. Por aquel entonces, ¿no eran políticos de la talla del pequeño Delcassé los que daban la medida del momento?

La valoración del Greco por los románticos, por Xavier de Salas. (Separata de “Archivo Español de Arte”.)

El director del Museo de Barcelona prueba, con estas breves páginas, dos cosas: que el Greco no fué “descubierto” por los del noventa y ocho y que si los románticos apreciaron al Greco no perdieron por él la cabeza ciertamente. No es maravilla que en el siglo XVIII se llame a un hombre flaco “un Greco”. Cuanto se desviaba del cañon neoclásico era abominado como “churrigueresco”. No obstante, a un Cadalso la peluca blanca no le impedía ya los más luctuosos delirios, insuperados en pleno romanticismo. Llegado éste, viene también el auge del gótico; era, pues, el momento. Sin embargo, es preciso reconocer que, en los ejemplos aducidos por Salas, el Greco se presenta siempre como un término de referencia en el que se caracteriza la desproporción manifiesta. Dejando aparte el inteligente idilio de Baudelaire y la “Dama del ar-

miño", se acaba el siglo sin que, en realidad, anotemos otra cosa que no sea precedentes al entusiasmo. Se aplaude lo raro, pero como tal. Recordemos el libro de Rubén Darío sobre aquellos "malditos". Jacinto Octavio Picón, autor de un encomiástico "Velázquez", no admite en su predio estético al Greco. Y los que le aceptaban, por entonces, habría de ser considerándole "loco genial", al modo que ya lo hizo Bécquer. ¿Qué hemos de concluir? Un punto de meditación, y de partida quizá para ulteriores afirmaciones. Por lo pronto, no deja de sorprender que llegue una generación, después, para la cual el Greco tiene entera razón. Es para ella un clásico. Y no es, naturalmente, un loco. Observando esta su apasionada estimativa, ¿no habrá de juzgarla otra generación posterior como más romántica aún que la romántica propiamente dicha?

En cuanto al Greco, vínole muy a tiempo aquello de las "formas que vuelan". Lo malo fué oponerlas a otras formas que tampoco aportaban la gravedad ofrecida. Mas nada se ha perdido si, con todo, empezamos a ver al Greco como es y no como, desde ángulos opuestos de la sala, le han visto.

Los Muertos, por James Joyce. Colección "Grano de Arena".

Lo característico de la literatura irlandesa, como en general de la céltica, es el buen uso que sabe hacer de los fantasmas, de las almas en pena, de los aparecidos. Esta etérea sensación, esta comunicación casi voluptuosa con las sombras y con los espíritus, es algo así como la cuarta dimensión de la poesía y de la novela irlandesa. Tiene el peligro esta clase de literatura de perder demasiadamente el contacto con la realidad y de trasladarnos a un mundo que no es el nuestro y en el que no nos reconocemos. Cuando logra, en cambio, mantener un justo equilibrio entre el mundo visible y el invisible, son sus creaciones doblemente maravillosas. James Joyce consigue exactamente esto en *Los Muertos*. Toda la primera parte de la narración sirve al autor para describir minuciosa y claramente a los personajes de su historia. Después, la nieve que cae en espesos y silenciosos copos sobre las calles muertas de Dublin va llenándolo todo de soledad y de misterio. Y en

esa inmensa soledad y ese luminoso misterio van quedándose solas, aislándose con sus recuerdos, las almas de un hombre y una mujer. La añoranza de los muertos les separa trágicamente. Y mientras tanto, el mundo entero, los caminos, las aldeas, los bosques de la verde Irlanda, va disolviéndose, desvaneciéndose en el silencio de la nieve que cae.

Está extraída esta narración de un conjunto más amplio que lleva por título *Gentes de Dublin* y que es probablemente una de las obras más hermosas y sencillas de James Joyce. La versión española de *Los Muertos* es generalmente buena, aunque no esté exenta de descuidos.

Las Quintaesencias, por Chesterton. Ediciones de "La Gacela".

Chesterton es lo contrario de un escritor para minorías. Es, en el mejor sentido de la palabra, un escritor popular; un hombre que habla con su vecino; que tiene siempre en cuenta el nivel medio del alma inglesa. Se ve que para remover la capa de prejuicios anticatólicos de la sociedad británica, Chesterton ha tenido que hablar periódicamente a sus lectores. En cierta medida y paradójicamente puede decirse que los defectos de la literatura chestertoniana le son impuestos por la sociedad a quien se dirige. Fuera de su marco pierden intensidad y eficacia, aunque conserven siempre la gracia imaginativa y la originalidad de intención características de este escritor. La paradoja de Unamuno es el modo de expresión de un alma contradictoria que lucha consigo misma; Chesterton lucha, en cambio y principalmente, con los ingleses; con la mentalidad y el alma religiosa de la vieja y alegre Inglaterra.

El pensamiento de Chesterton, aun despegado de su obra y falto a veces del calor del diálogo, posee la fuerza bastante para interesarnos. Queda siempre el hálito, la sonrisa, la intuición intelectual y poética suficiente para vivificar nuestro espíritu y para salvar los peligros inherentes a este género literario, que no son pocos.

Estas quintaesencias del pensamiento de Chesterton están hábilmente entresacadas de la obra completa del gran católico inglés, y

aparecen muy pulcramente vertidas al castellano, precedidas de un estudio explicativo de la personalidad de Chesterton, escrito con claro conocimiento y estilo por D. Ramón Setanti.

Arte y Vida. Editorial Herder. Friburgo de Brisgovia.

Con este título publica en español la Editorial católica Herder, bien conocida por sus importantes tareas, una colección deliciosa de pequeños volúmenes. Contiene cada uno un par de docenas de reproducciones de obras de arte, en negro y en color, precedidas de un brevísimo texto. Estos primeros tomitos, aparecidos hasta hoy, responden al tema de "La Nochebuena", "La alegría de la vida", "El consuelo en la muerte", "Muchachitas", "Los Novios", y uno que, reiteradamente tratado, ofrece interés inagotable: "Las imágenes de Cristo". Nunca nos cansaremos de repasar la inmensa antología que pudiera reunirse de imágenes interpretativas del Divino Redentor. Y maravilla contemplar el esfuerzo hecho por cada artista en tan arduo empeño. Síguense el candor del uno, la maestría del otro, etc. Diríase que cada cual ha dado en esa representación cuanto pudo, y, sin embargo, hasta en los más geniales, ¡qué lejos han debido de quedar la ejecución del propósito! Con mejor o peor acierto, el hombre, desde su arte, se afana por mostrar a Aquél "que si en lo suyo (lo divino) es invisible, fué visible en lo nuestro (lo humano)", según las palabras de la encíclica del Papa León, en el Concilio de Calcedonia, cuando no hacía tantos años que algunos hombres habían visto al Divino Maestro sobre la tierra.

L'Eminence grise, por Mgr. Grente, de la Academia Francesa.

Su Emiencia gris fué, como es sabido, aquel célebre capuchino llamado el Padre José, y en el siglo François du Tremblay, que pasa por haber sido el verdadero conductor, desde la penumbra, de los destinos de la Francia de Luis XIII. Inspiraba a Richelieu, y los españoles po-

demos suponer la laya de aquellos consejos. A pesar de su eficiencia, la persona del P. José estaba desacreditada hasta en Francia. Los historiadores denunciaban en él un vividor intrigante que no quería renunciar al regalo de la corte. Ahora el obispo de Mans escribe un libro en que trata de rehabilitarle. Si no persuade, acaso logre desconcertar. En todo caso, la figura se hace borrosa. Escapa a una clara definición. No merece quizá mayor luz, pues lo que importa en todas estas eminencias ocultas no es la persona, sino el resultado de su labor. Pero, lo que sí es peregrino observar, en el caso del P. José, es cómo, en fin de cuentas, la eminencia gris se obstina en seguir siéndolo, en no dejar que, para bien o para mal, se le distinga jamás.